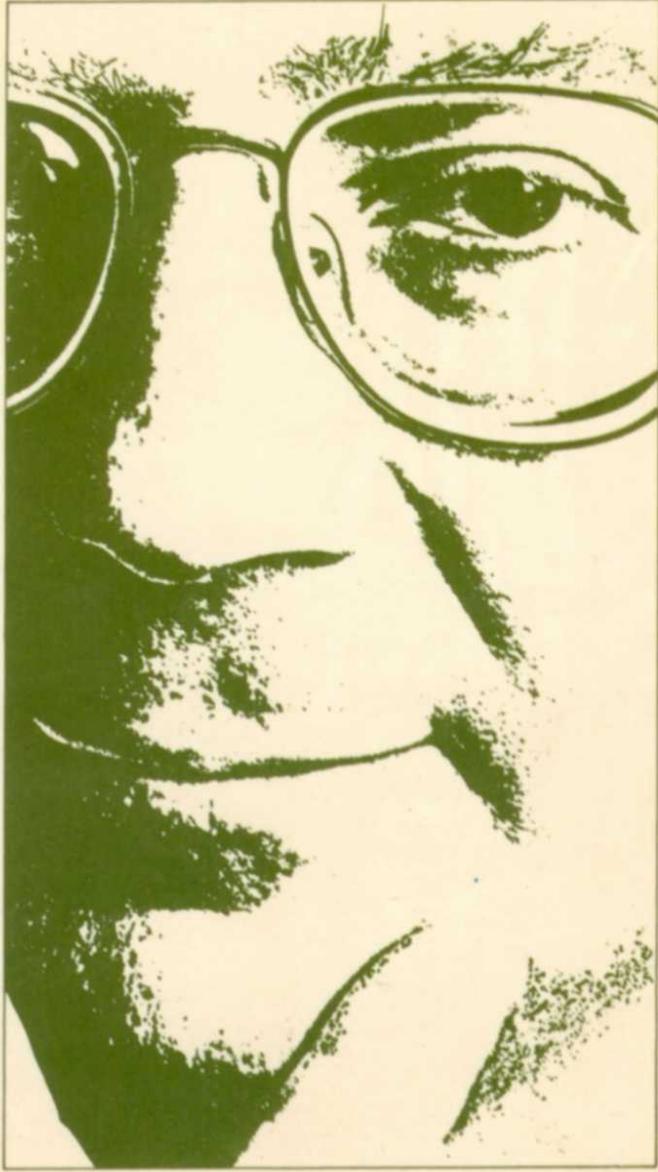


EL MINISTERIO

DE LA PREDICACION



MORGAN

*MI SEÑOR Y SALVADOR cuyo don de gracia ha sido todo mi equipo y preparación para el Ministerio de la Palabra; y cuyo tierno y paciente amor ha sobrellevado, y rectificado todos mis errores y deficiencias en el ejercicio del mismo. Si en el futuro ejercicio de esta gracia asombrosa, incomprensible, Él quiere usar esta mi exposición para ayudar a mis hermanos más jóvenes en el sagrado ministerio, esto llenará de gozo mi corazón.*

*Al sentir sobre mí el peso de la Palabra que he de entregar, de mis ojos se cae la ilusión, la venda, y veo la verdad: Desierto o multitud, pueblo o ciudad, todo se funde en un paraíso de aire...Y a todos veo sólo como almas atadas a las que hay que desatar, esclavos a los que hay que libertar...como enjambres pululando atontados...contentos con la sombra de las cosas...*

*Entonces siento hervir dentro de mí, como un torrente impetuoso, el deseo; y todo mi ser vibra al oír la llamada, la trompeta del ángel que emplaza a la tarea.*

*Es necesario que las salve, sin falta.*

*Aunque el intento me cueste a mí la vida.*

*Mi vida por su vida; ¡yo la ofrezco por todos!*

## PRÓLOGO

La frase que constituye el título general de esta serie de conferencias ha sido escogida a propósito, como una indicación bíblica del tema que tengo la intención de considerar. Ocurre en un pasaje familiar del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Un repaso al fondo histórico de este pasaje, y la comprensión de la historia particular contenida en él nos ayudará a crear la atmósfera adecuada, y nos guiará en la dirección a seguir.

El fondo histórico es el de la iniciación de una nueva Era del Espíritu. Tiene todo el encanto y frescor de la aurora. Hay pocas páginas en la literatura bíblica que tengan un interés más permanente. Todas las hemos leído innumerables veces desde la infancia, y, con todo, siempre que volvemos a ellas nos inspiran y nos estimulan la mente, el corazón y la voluntad. Nos parece al leerlas que sentimos el aliento de Dios, y arder con el entusiasmo que creó la maravilla que contemplaban los ojos de los hombres de Jerusalén cuando observaron las llamas de este Espíritu reflejadas en el grupo de discípulos de Cristo. Por medio del bautismo del Espíritu Santo, estos hombres, que hasta entonces habían sido seguidores devotos de Jesús de Nazaret, fueron transportados a una relación mística pero poderosa con Él, como Señor victorioso y ascendido; y quedaron con ello perfectamente equipados para dar testimonio. Por medio de este testimonio creció rápidamente el número de creyentes. Día tras día eran añadidos al Señor, y con ello a la gozosa compañía, todos los que recibían el Espíritu Santo. Éstos realizaban su comunión unos con otros, mediante la comunión mutua con su Señor.

Había, pues, amanecido un día que fue de poder extraordinario en que hubo señales abundantes. La curación del cojo junto a la puerta hermosa del Templo, que como los miembros del Concilio de los Judíos tuvieron que admitir, había sido un «milagro»; y tan impresionados quedaron por este hecho los miembros de este concilio que a pesar de que deseaban ardientemente poner fin a la propaganda cristiana, no se atrevieron, entonces, a dar un paso más contra los apóstoles; sólo les amenazaron, pero les dejaron volver a reunirse con los suyos.

El párrafo en el cual aparece la frase, empieza con las palabras «En aquellos días», y revela sus características especiales en la afirmación, «el número de discípulos se multiplicaba». Da cuenta entonces de los problemas que surgieron en la distribución de los fondos comunes. Esta dificultad resultó de la persistencia de una antigua tensión en la atmósfera cristiana, el de la sospecha mutua y desagrado entre los helenistas y los hebreos. Los primeros se quejaron, y con toda probabilidad tenían razón, de que los hebreos dentro de la comunidad descuidaban las viudas de los helenistas. La disputa en sí carece de interés para nosotros ahora, pero la forma en que fue resuelta nos lleva a nuestro tema, y proyecta bastante luz inicial sobre el mismo.

Cuando apareció la murmuración, los apóstoles «convocaron a la multitud de los discípulos». En otras palabras, la dificultad fue considerada por toda la Iglesia, en una asamblea solemne, bajo la guía de los apóstoles. No hubo pánico, no hubo disensiones. El asunto fue arreglado rápidamente y con orden. En medio de su pueblo se hallaba el mismo Señor, según su pacto; y Él, por medio del Espíritu Santo, dio a conocer su voluntad. La decisión que adoptaron fue notable en muchos aspectos, pero no afecta de modo inmediato a nuestro tema. Hay una cosa importante, sin embargo.

Esto dio oportunidad para hacer una división vital de las responsabilidades en beneficio de la vida y servicio de la Iglesia. A partir de entonces había de haber dentro de sus límites dos órdenes en el ministerio; los que tenían que ver con el servicio de las mesas, y los que estaban al servicio de la Palabra. Es en este contexto que aparece nuestra frase. Habiendo encargado a la Iglesia que eligieran «varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría» a quienes encargar el servicio de las mesas, los apóstoles dijeron: «Nosotros nos dedicaremos a la oración y el ministerio de la Palabra.»

Ésta es una frase de importancia permanente, por revelar la verdadera naturaleza y método de un aspecto del ministerio cristiano; un aspecto que exige la devoción de todo el tiempo y energía de aquellos que son llamados a ejercerlo, y que no puede ser ejercido de modo perfecto por aquellos cuyo tiempo y energía son absorbidos por otras cosas, por más que estas cosas sean en sí mismas rectas y propias. Dentro de la misma frase hay contenidas palabras que sugieren las concepciones fundamentales. A éstas vamos a prestar cuidadosa atención, antes de tratar del ideal primitivo, o intentar darles alguna aplicación moderna. En proporción a la precisión con que captemos el significado de los términos «el ministerio» y «la Palabra» estaremos preparados para considerar todo el tema del «ministerio de la Palabra» y el privilegio y responsabilidad de los que son llamados a ella.

Así, se puede ver que en estas conferencias, lo que deseo es considerar el tema del ministerio cristiano solamente desde el punto de vista de los ideales del Nuevo Testamento. Es, sin embargo, inevitable que entremos en la consideración del elemento de la matización y experiencia personal. En la obra de preparación he intentado evitar esto tanto como he podido. Por necesidad no podía estar ausente totalmente de mi modo de pensar, ni tampoco estará

ausente de la mente de los que me escuchan. Doy excusas, pues, por cuanto haya de elemento personal en mi perspectiva, que la experiencia ha creado, por lo cual, prefiero referirme a ello en unas pocas frases.

Mi padre era un predicador y un maestro de la Biblia de considerable valía. Era un hombre de un libro, en un sentido que su hijo nunca había de ser. Vivió ochenta años, y durante este período nunca leyó una novela. No tenía conocimiento de la literatura en general. Lo que él conocía era su Biblia. Bajo su influencia y guía empecé a predicar, dando mi primer mensaje público cuando era un muchacho de trece años. Desde entonces, un período de más de cuarenta años, he seguido predicando, excepto durante dos años en que, a causa de un eclipse de mi fe, tuve que enfrentarme con los fantasmas de la mente.

Durante el período anterior a esto, había sido preparado para la obra de la enseñanza y hacia esta obra. Durante este tiempo predicaba los domingos y dirigía misiones evangelísticas durante los días festivos en general.

En el año 1886 renuncié a mi trabajo como maestro, y me dediqué a partir de entonces totalmente a la obra evangelística. Durante el período ulterior, de esto hace treinta y tres años, he seguido predicando. Mi trabajo nunca ha sido apostólico, en el sentido en que entiendo esta frase del ministerio, y que luego intentaré explicar. Ha sido a veces profético, constantemente evangelístico, y de modo principal para la enseñanza y pastoral.

Éstos son, pues, los hechos que hacen referencia a las experiencias que afectan mi modo de pensar. Los he mencionado para ponerlos a un lado, una vez reconocidos. Espero que no se pondrán en evidencia, o lo harán muy poco, y que nuestra consideración será condicionada totalmente por la luz de la Biblia.

## Capítulo 1

### LAS CONCEPCIONES FUNDAMENTALES

Dentro de la frase «el ministerio de la Palabra» queda incluido todo el concepto de la obra de predicación en cuanto se distingue del de servir las mesas. Hay que reconocer, al instante, que ésta es una distinción necesaria en la práctica y también en la teoría; pero es igualmente importante que la distinción sea hecha de modo inteligente, esto es, con garantía espiritual, más bien que a base de prejuicios o costumbres. Hay que hacerla en interés de la obra de predicación, no en la de los predicadores. El decir esto, es simplemente interpretar a la vez lo que querían decir los Doce, cuando emprendieron la acción que había de ponerlos a ellos aparte de sus hermanos. No obraban por el deseo de crear un orden superior para ellos, sino exclusivamente por la pasión de obtener fruto en la obra particular a la cual habían sido designados. El trabajo de servir las mesas es sagrado también. Esto es evidente por la descripción apostólica del carácter y calificaciones de los hombres que han de ser designados para esta obra. Han de ser hombres de «buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría.» Las dos órdenes del ministerio no tienen por qué ser consideradas como superior e inferior. Son iguales en importancia y complementarias. La obra de cada uno dependía, para que tuviera éxito completo, de la del otro. Los diáconos pueden ser también predicadores, como pronto descubriremos en el caso de Felipe el evangelista. Lo más probable en un caso semejante es que se renuncie a la obra del diaconado. La historia de Felipe nos produce esta impresión. Pero, incluso si es así, no es porque la obra de servir las mesas no sea tan sagrada, sino porque no hay quien pueda cumplir perfectamente la obra del servicio de la Palabra si al mismo tiempo está ocupado en la otra. Todo esto lo veremos más claramente luego en nuestro estudio.

Nuestro primer deber es el de intentar conseguir conceptos fundamentales claros, porque en proporción a lo que lo consigamos, estaremos preparados para las consideraciones y aplicaciones más plenas que me propongo.

Los dos conceptos son sugeridos por las palabras «el ministerio» y «la Palabra». El segundo de éstos revela un tema supremo y central; en tanto que el primero indica el método por medio del cual ha de ser realizada la obra. Vamos a dedicar una conferencia a cada uno. El primero, el de la revelación del método sugerido por el término «el ministerio» es el que consideraremos hoy.

A fin de entender el concepto fundamental sugerido por el término «el ministerio», vamos a examinar el lugar que el término ocupa en nuestro párrafo, y luego veremos el desarrollo de la idea, tal como se halla en un pasaje destacado de los escritos apostólicos.

En nuestra versión encontramos tres palabras que serán básicas par nuestra discusión. En el versículo uno, «distribución», que en el original puede ser traducida también por «ministración», palabra que preferimos aquí; en el versículo dos, «servir», y en el versículo cuatro, «ministerio». Vamos a decir que estas tres palabras representan la misma idea. En el griego del Nuevo Testamento esto es aún más aparente, en el hecho que las palabras usadas respectivamente son *diakonia*, *diakonein* y *diakonia*, la primera y la última son idénticas. La palabra especial aquí, *diakonia*, es traducida como ministración en el versículo uno y ministerio en el cuatro. ¿Cuál es la idea que sugiere la palabra, al margen de las interpretaciones resultantes del contexto en que se encuentra en los versículos citados?

Indudablemente, es la idea de la obra de un siervo, llevar a cabo una responsabilidad bajo órdenes recibidas. La palabra griega se deriva de la palabra *diako-nos*, que simplemente significa la de un asistente, un criado; la cual, a su vez, procede de un verbo desusado, *diako*, llevar mensajes. La idea simple es la de hacer un servicio en el sentido más elemental, y hacerlo bajo un amo. Observemos, pues, cuidadosamente esta idea, la cual nunca es posible eliminar, ni cambiar en cualquier uso subsiguiente de la palabra. Ésta es la idea en el versículo primero. La distribución o ministración diaria era el entregar o distribuir del fondo común, las porciones destinadas a los miembros necesitados de la comunidad. Es evidente que es también la idea de la palabra servir en el versículo segundo. Cuando los apóstoles declararon que no era propio que ellos sirvieran las mesas, simplemente indicaban que lo urgente de la labor que ellos habían sido designados de modo específico para realizar era tal, que ni tenían tiempo ni fuerzas para dedicarlos a los detalles específicos de calcular y distribuir lo que era necesario para mantener los aspectos materiales de la comunidad.

He llamado la atención sobre los hechos simples y evidentes, a fin de dejar la impresión bien definida del verdadero valor de la palabra ministerio, porque es de capital importancia que no lo perdamos de vista. En cualquiera de los desarrollos en que lo podamos considerar, esta cualidad persiste. La idea de dignidad, de importancia oficial de prerrogativa, es totalmente ausente de la palabra en sí. Naturalmente, hay una cierta dignidad en todo servicio, hay prerrogativas que corresponden al servicio; pero éstas resultan de la naturaleza de la obra que hay que hacer, y sólo existen en tanto que la obra es hecha a conciencia. El ministerio implica subordinación, sumisión; y por ello, necesariamente, diligencia y fidelidad. Esto lo subraya la declaración de los apóstoles de que en «el ministerio de la

Palabra», ellos habían de «dedicarse asiduamente», lo cual indica una sincera devoción en la tarea entre manos, un seguir adelante con todas las fuerzas para realizarla.

Este concepto es válido con referencia a ambas líneas de servicio reconocido en el párrafo bajo consideración, el de las mesas y el de la Palabra. En cada caso el objetivo es la comunidad, la *koinonia*; la unidad sagrada de Cristo con su pueblo, y la unión consiguiente de unos con otros. Esta comunidad es mucho más que una idea abstracta. Es un hecho vivo, y ha de hallar expresión en el desarrollo espiritual y el servicio, y en el bienestar material. Las mesas sirven para realizar lo último; la Palabra es para la realización de lo primero. De ahí lo sagrado de las mesas para la práctica de la comunión. De ahí lo sagrado de la Palabra para la práctica de la comunión. De ahí lo sagrado del ministerio, sea en las mesas o en la Palabra.

De este modo vemos que el concepto fundamental es el de una devoción fiel y diligente a la obra asignada. Aparte de esto, no hay dignidad ni privilegios correspondientes a la obra del ministerio. Todo esto, repito, lo hemos de tener siempre presente en nuestra consideración del ministerio de la Palabra, y más aún durante el ejercicio del mismo.

Pasemos ahora a considerar un desarrollo de la idea que hallamos en un pasaje destacado de los escritos apostólicos. Antes de hacerlo, sin embargo, y aún a riesgo de ser acusados de repeticiones innecesarias, permitidme que insista en que el desarrollo no significa destrucción o cambio. Es más bien una evolución de lo que está implicado, la aplicación de un principio persistente para las necesidades supremas de la obra. En la idea central del ministerio de que estamos tratando no hay desarrollo, ni puede haberlo. Sea la que sea la frase del ministerio, siempre sigue siendo ministerio, en sus sentidos más simples o finales de la palabra. El desarrollo es en el método por medio del cual se rinde el servicio, y en su aplicación a ciertos aspectos de la obra.

El pasaje en que se trata más plenamente este desarrollo en el Nuevo Testamento se halla en la epístola a los Efesios (4:1-13). Demos primero una mirada amplia al pasaje, y luego observaremos su revelación particular sobre este tema del ministerio.

El pasaje abre la segunda parte de esta carta, en que el apóstol aplica las verdades antes enunciadas a la conducta de aquellos a quienes escribe. La nota clave del conjunto de esta segunda sección se halla en las palabras: «Os exhorto a que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.» A fin de poder hacerlo, y como su primera condición, les insta a «guardar la unidad del Espíritu. Esto lleva al pasaje en que se describe tan gráficamente esta unidad, y en medio de la cual hallamos la idea del ministerio tan plenamente desarrollada.

En los versículos cuatro, cinco y seis, tenemos la visión de la unidad misma. El organismo se describe primero como «un solo cuerpo, y un solo Espíritu, como también fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación». Esto es una descripción básica de la Iglesia. Es un Cuerpo, Cristo mismo siendo la Cabeza, y todos los que participan de su vida, los miembros. Su Cuerpo, pues, tienen una vida, la del Espíritu, que está en la Cabeza y en los miembros, y de este modo los unifica en la mente, el corazón, la voluntad y el poder. Este organismo tiene una función, que es cumplir la vocación que el apóstol ha descrito en la parte anterior de esta carta.

Sigue luego, y en frases breves pero llenas de significado, una descripción de la generación de este organismo: «Un Señor, una fe, un bautismo.» El Señor es Cristo, en la perfección de su Sacerdocio y su Realeza, Él es presentado en el Evangelio ante los ojos de los hombres. La fe es la sumisión arrepentida, y la confianza completa, por la cual los hombres se entregan a El como su Salvador y Señor. El bautismo es el del Espíritu Santo, que es la respuesta divina a la fe humana, y por la cual los que lo reciben quedan incluidos en el cuerpo cuya función es la de la vocación divina.

Finalmente, la relación última y resultante es descrita en las palabras: «Un Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, por todos, y en todos. El todos se refiere en cada caso a la Cabeza y los miembros del Cuerpo, esto es, a Cristo y todos los creyentes, en tanto que las preposiciones marcan las diferentes fases de la relación: el «de» incluye, el «sobre» marca la soberanía, el «por» indica operación y el «en» indica comunión.

Siguiendo esta visión de la unidad, viene la descripción del crecimiento del organismo, la cual ocupa los versículos del siete al trece. Para el propósito de nuestras presentes consideraciones sólo necesitamos notar la afirmación principal que vemos en los versículos siete y trece juntos: «Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de plenitud de Cristo.»

Un examen cuidadoso de este pasaje nos mostrará que el juntar estos versículos es perfectamente justificado. Todo lo que hay entre ellos sirve para explicar la frase «el don de Cristo». El método de crecimiento es el de desarrollar el don de gracia dado a cada miembro en su relación con los dones de gracia concedidos a los demás. Como todos éstos son recibidos y pasan a ser operantes, todo el cuerpo crece hacia su plenitud y perfección, hacia «el hombre maduro», hacia la medida de la estatura de la plenitud de Cristo». Ninguna de estas frases se aplica a un creyente individual,

sino a la Iglesia completa y perfeccionada, que es la única que puede realizar «la medida de la edad de la plenitud de Cristo».

Esto nos lleva de modo especialmente apropiado a nuestra consideración presente, a saber, el ministerio. Se trata del mismo en los versículos del ocho al doce, a los que nos hemos referido como explicativos de la frase del versículo siete, «el don de Cristo».

Después de declarar por la cita de los Salmos que cuando Cristo, «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres»; y en el paréntesis ha declarado que su ascensión había sido precedida por su descenso, y que fue una ascensión al lugar de autoridad suprema, con el propósito de dar cumplimiento a todo; el apóstol prosigue hablando de los dones que Él concede, y declarando su propósito. Notemos primero el propósito. Lo indica en el versículo doce: «A fin de equipar completamente a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.» De modo que estos dones concedidos son para perfeccionar a los santos, a fin de que ellos —los santos— puedan cumplir la obra del ministerio. En esto están incluidos tanto el ministerio de las mesas como el de la Palabra, en cuanto son necesarios para la edificación del cuerpo de Cristo; y necesariamente, también el ministerio más amplio que es la vocación especial de la Iglesia, tanto aquí como en las edades futuras.

Es de importancia vital que reconozcamos que el pleno ministerio de la Iglesia sólo puede ser cumplido por toda la Iglesia, ya que la Iglesia consiste en la unidad de Cristo con sus miembros. Sin embargo, a fin de que la Iglesia pueda cumplir este ministerio, tiene que haber un ministerio dentro de su vida orgánica, que es creado por los dones que la Cabeza concede por medio del Espíritu, para citar otra de las cartas de Pablo: «repartiendo a cada uno según su voluntad».

Estos dones son los de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Éstos son todos parte del ministerio de la Palabra.

Cuando hablemos más plenamente del ideal primitivo trataremos de ellos de modo particular. De momento, en nuestro estudio bastará con que demos sólo una mirada. Las mismas palabras son sugestivas y pueden ser examinadas de modo simple. La palabra «apóstol» se suele decir que significa uno enviado. En realidad, su significado principal es ser puesto aparte. Esto lo veremos también luego. La palabra, como se usó comúnmente, se refería a delegado, embajador. Lucas nos dice que nuestro Señor aplicó el nombre a los doce cuando los seleccionó. La palabra profeta significa el que predice, si bien hemos de tener en cuenta que el prefijo «pre» se refiere lo mismo a lugar que a tiempo. La palabra evangelista significa simplemente uno que da buenas nuevas. El don final es indicado por el uso de dos palabras, pastor y maestro, con lo cual se indica una función doble: la primera en el reino de la vida, de vigilancia, de sostenimiento; la segunda en el reino del conocimiento, el de dar a conocer.

Éstos son los dones y son concedidos por la Cabeza de la Iglesia según el agrado de su sabiduría. El ejercicio de estos dones puede ser descrito ahora con la misma brevedad, y reservar así el tema para un tratamiento más pleno ulterior.

El apóstol trata de todo el cuerpo de la verdad. Él es quien lo declara, lo sistematiza, lo pone a disposición de los santos, con miras a su guía y su sustento.

El profeta es el que hace que la luz de la Verdad brille ante los hombres. Él es un hombre de Luz y de Ley.

El evangelista ha de aplicar los aspectos de la verdad que inspiran esperanza. Declara los hechos del Evangelio. Es un hombre de vida y de amor.

El pastor y maestro recibe a los que obedecen, los guía y los instruye en todas las cosas de la vida y del servicio.

Es del todo evidente que éstos son dones separados, pero los que los reciben son llamados al ministerio, y una vez más, la palabra ha de ser interpretada en cada caso por los valores que discutimos al principio.

Se presenta una pregunta respecto a si estos dones se hallan armonizados alguna vez en la experiencia de un solo hombre. No tenemos por qué dogmatizar, pero creo, personalmente, que esto es raro. A veces son cambiados en el curso de la vida en la obra. Lo que incumbe a cada uno es definir su don, y luego dar prueba de su ministerio en el uso del mismo. Cuando se hace esto, los dones no están nunca en conflicto sino que cooperan de modo perfecto en el servicio.

De este modo se ve que el concepto fundamental del ministerio dentro de la iglesia cristiana es del servicio rendido en obediencia a la autoridad. Esto es verdad igualmente de todo el ministerio de la Iglesia, el ministerio de las mesas y el ministerio de la Palabra. El ministerio se hace posible por la concesión de dones por parte de Aquel bajo cuya autoridad es realizado.

Los ministros, pues, en cada caso, y también en el de la predicación de la Palabra, son siervos de Cristo. Es a Él que deben fidelidad y lealtad absoluta e incondicional. Por tanto, no son siervos de nadie más, en el sentido de sumisión a la autoridad. Pasan a ser siervos de todos en el sentido de hacer la obra en beneficio de otros. Esto se implica en el hecho de que son los siervos de Cristo, el cual dijo de sí mismo: «El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino

para servir, y dar su vida en rescate por muchos.» Los ministros de la Palabra reciben sus órdenes sólo de Él, pero estas órdenes son siempre tales que les obligan a servir los intereses más elevados de otros, en tanto que se vacían ellos mismos en la obra sagrada.

El concepto de ministro está, pues, lleno de dignidad celestial, pero es siempre la dignidad del vaciarse a uno mismo, nunca de engrandecerse. El ministerio de Cristo no se preocupa mucho de la opinión de otros, excepto de la de su Señor, pero procura con cuidado el bienestar de todos los que son amados por su Señor.

En el lugar secreto de su comunión con su Señor, siempre se someterá con toda humildad de mente, lealtad de corazón y sumisión de la voluntad, a fin de poder descubrir exactamente lo que ha de decir, dónde ha de ir, y lo que ha de hacer. Luego pasa a obedecer lo que su Maestro le ha dado a entender, lo ha de hacer sin temor o vacilación, siendo consciente de su plena autoridad, y con el mismo espíritu y conducta y de este amor de gracia insondable que es la inspiración de la autoridad bajo la que sirve.

## B

### LA PALABRA

Pasemos ahora a la consideración del segundo de los conceptos fundamentales, el que nos sugiere el término «la Palabra». Aquí vemos al instante la necesidad de prestar la máxima atención. Este término, «la Palabra de Dios», es de uso común hoy. Algunas veces se emplea con evidente discernimiento espiritual; a veces, me temo, con gran descuido; y en general, por almas devotas, con escaso conocimiento. Oímos constantemente que se habla de la Biblia como de la Palabra de Dios. Dejarme decir al instante que no estoy por un solo instante sugiriendo que ésta sea una designación impropia, sino sólo aclarar que estoy seguro que el término no es entendido en lo que significa por muchos que lo emplean. Preguntadles en qué sentido es la Biblia la Palabra de Dios, o cómo resulta ser la Palabra de Dios, o lo que quieren decir cuando la llaman la Palabra de Dios; y sus respuestas, aunque devotas en la intención, por desgracia, muestran lamentable ignorancia en la afirmación. Consideramos que la expresión «la Palabra» es una abreviación de «la Palabra de Dios», que es satisfactoria. Indudablemente, era así en el caso en que la hemos considerado. Cuando los apóstoles declararon que ellos se dedicarían asiduamente «al ministerio de la Palabra» se referían a la palabra de Dios. ¿Cuál es, pues, decimos, la interpretación bíblica de la frase? Como respuesta, demos una mirada general al uso del término, y luego examinaremos un pasaje destacado de interpretación.

En el Antiguo Testamento el término que es equivalente al *logos* es *Dabar*. Una mirada al léxico hebreo nos mostrará la persistencia de este término en las Escrituras del pueblo hebreo. La palabra significa simplemente «un asunto del cual se habla»; no la cosa o asunto solamente, no el hablar de ella, sino la verdad pronunciada. Veremos luego cuán cercana es la idea de la palabra al simple significado del griego *logos*. Esta palabra *Dabar* ocurre constantemente en conexión con el nombre de Dios, y por ello vemos constantemente la fórmula «la Palabra de Dios». La pretensión a autenticidad de los profetas se basaba persistentemente en la declaración: «Vino a mí Palabra del Señor.» Para estos pensadores hebreos lo que así describían era «sabiduría». Sus ideas filosóficas no empezaba haciendo preguntas sino en la afirmación de Dios, y su sabiduría esencial. La Palabra del Señor, para ellos, era esta sabiduría, tal como Él la declaraba, o la daba a conocer.

Cuando vamos al Nuevo Testamento encontramos que cada escritor usa el término *logos* de la misma forma. Fue especialmente el término usado por tres de ellos, a saber, Lucas, Pablo y Juan. Es interesante observar, de paso, que Lucas emplea la palabra setenta y cuatro veces, Pablo cincuenta y seis y Juan cuarenta y tres. Esto ya me hago cargo que es una afirmación de tipo mecánico, pero tiene su valor. Su uso nos muestra que la intención de la palabra es casi el equivalente exacto de la del hebreo *Dabar*; un asunto o verdad, que es expresada. El pasaje destacado de interpretación a que me refiero es naturalmente el del prólogo del Evangelio de Juan, y a él nos dirigimos inmediatamente.

Detengámonos por unos momentos en el término mismo. En este aspecto es interesante observar ciertos hechos sobre los tres escritores a los que nos hemos referido. Lucas era griego, e indudablemente estaba influido por los métodos del pensamiento griego. Pablo era hebreo, pero educado en el estilo helenista. Juan, a juicio mío, había sido influido profundamente, antes de escribir su evangelio, por Filón. Todos ellos estaban perfectamente familiarizados con el término que emplean.

En las filosofías griegas primitivas el término *logos* representaba el principio racional del universo, la palabra significa una expresión del pensamiento, y el pensamiento así expresado; nunca el uno sin el otro. Filón usa definitivamente el término con referencia a la revelación que hace Dios de sí mismo. La distinción entre Filón y Juan era que Filón nunca pensó en ella como «el hacerse carne». Juan lo usó exactamente en el mismo sentido que Filón,

incluyendo siempre este concepto más profundo de que la Palabra o Verbo no era sólo el método de revelación, sino también la cosa revelada; pero su declaración central fue que «la Palabra o Verbo se había hecho carne». Al afirmarlo, sin embargo, nunca quitó en modo alguno los valores del concepto eterno y espiritual. En otras palabras, no calificó a Cristo según Filón, sino que complementó a Filón con Cristo.

Procedamos ahora a considerar en cuanto podamos el pleno contenido de la frase «la Palabra», para el ministerio al cual estos hombres se entregaron. Esto lo haremos considerando el pasaje de Juan; y con una declaración basada sobre los conceptos bíblicos.

El objetivo de estas conferencias no requiere más que una mirada al prólogo de Juan. Es un asunto de suprema importancia, sin embargo, el que la mente tenga presente la persistencia de la idea de «la Palabra o Verbo» durante todo este prólogo. La idea asciende desde la idea abstracta a la de personalidad. Para nosotros, todos los valores residen en la Persona. Esta Persona la vemos en relaciones diferentes, pero su identidad no cambia. Se la llama «el Verbo», «el Unigénito del Padre», «Jesucristo», «el Unigénito del Hijo»; pero estas descripciones se aplican al mismo objeto supremo, o a la misma Persona. En el curso del prólogo, la Palabra es revelada en relaciones cósmicas; en relación a Dios; en relación a toda la creación; en relación a los procesos de redención; en relación a las almas individuales. Pero en todas ellas es el Verbo (o sea, la Palabra) una Persona; y la Persona es el Verbo (o sea, la Palabra). La Persona, que es la Palabra, se ve en dos relaciones principales, pueden ser descritas como eternas y temporales. Esto se muestra mejor poniendo los versículos uno y catorce en sus tres declaraciones, una al lado de la otra:

«En el principio era el Verbo.» «Y el Verbo se hizo carne.»  
«El Verbo estaba con Dios.» «Habitó entre nosotros.»  
«El Verbo era Dios.» «Lleno de gracia y de verdad.»

De modo que el Verbo, según Juan, es la Gracia y la Verdad eternas, para siempre con Dios y el mismo Dios; pero fue revelado en la naturaleza humana, y por ello habitó entre los hijos de los hombres, para iluminarlos y salvarlos.

Ésta es la afirmación exhaustiva de un hecho que no puede ser agotado, al servicio del cual, todos los que están en el «ministerio de la Palabra» están dedicados. Es necesario, sin embargo, que busquemos alguna explicación más detallada del concepto, si hemos de cumplir con este ministerio, y por tanto, intentaremos hacer una afirmación, que no nos llevará más allá, pero que nos ayudará a una comprensión operante de la verdad más gloriosa.

Cuando hablamos de la Palabra, pues, empleamos un término amplio, que tiene un valor cuádruple. Voy a afirmar los cuatro aspectos y a considerarlo brevemente por separado.

La Palabra es Gracia y Verdad, esencialmente, absolutamente, y en relación a todas las cosas.

La Palabra es la expresión de la Gracia y la Verdad que las hace comprensibles.

La Palabra es el registro o testimonio de la expresión de la Gracia y la Verdad; el testimonio que es a la vez el germen y norma de su interpretación.

La Palabra es la interpretación del testimonio de la expresión de la Gracia y la Verdad, cuando éstas, de modo progresivo despliegan sus significados y hacen énfasis en sus derechos.

Este breve sumario nos ayudará, al punto, a reconocer la amplia gloria de aquello a cuyo servicio somos llamados. Como sumario, es frío y escueto, y esto es casi inevitable. Todos los múltiples colores de la gloria infinita del Dios eterno se funden en la frase la Palabra de Dios. ¿Quién puede esperar conseguir una definición de esta idea? Sin embargo, el fundir estos colores da por resultado la Luz, y la Luz revela finalmente todas las cosas, excepto ella misma. En la luz puedo verlo todo excepto la luz misma. Si alguien duda de la exactitud de esta afirmación, que mire en el reino de la luz del sol, y se esfuerce por mirar al sol. La única manera de verlo es a través de un cristal ahumado. Nuestro sumario es de la naturaleza de este cristal ahumado. Si nos ayuda a obtener un concepto de la gloria de la Palabra de Dios, es útil para nuestro propósito.

La Palabra es Gracia y Verdad de modo esencial. Éste es el sentido en el cual se usa la expresión en las primeras cláusulas en el prólogo de Juan. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.» La referencia es al hecho en su totalidad; la Gracia y la Verdad es una unidad que se completa en sí misma. En este sentido, la Palabra es la suma total de la Sabiduría. En esta potencialidad inclusiva está toda la fuerza, esto es, la Verdad de la misma; y toda la belleza, que es la gracia de la misma. Esto, además, es la plena gloria del Padre. De la Persona dijo Juan: «Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» La referencia en la exposición que sigue es a la relación de este hecho eterno a los fenómenos externos. Los fenómenos son las cosas de la vista, las cosas que aparecen, contrapuestas a la realidad final, espiritual. Ésta era la idea del escritor de la carta a los Hebreos, en las palabras: «Lo que se ve no ha sido hecho de las cosas que se ven.» En otras

palabras, los fenómenos son el resultado y la demostración, no de otros fenómenos, sino de la realidad suprema, básica; no de otras cosas que aparecen, sino de las cosas que no se ven. «Las edades» que aparecen «han sido hechos por la Palabra o Verbo de Dios», que es esencialmente de la mente. El Verbo o Palabra de Dios, por tanto, es la razón y significado de las cosas. No hay nada que no esté relacionado a ellas. Todo se pone a prueba por ella; y se sabe si es verdadero o falso, bueno o malo, hermoso o feo, sabio o ignorante, según este estándar permanente e inmutable. Ésta es la definición definitiva de la Palabra de Dios, y toda otra frase de significado se refiere a ella, y al hacerlo adquiere la fuerza y el valor de ella.

En segundo lugar, la Palabra de Dios es la expresión de la Gracia y la Verdad. Éste es el sentido en el cual es usado el término en la segunda afirmación capital del prólogo de Juan: «El Verbo se hizo carne... y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad»; y también en la frase empleada por Lucas en su prólogo, «testigos y ministros de la Palabra». Esto es, el sentido de las declaraciones con que se abre la carta a los hebreos, donde el término no aparece, pero donde está presente la idea: «Dios... habiendo hablado en el Hijo.» La idea es la de dar tal forma a los hechos eternos que pueda ser puesta dentro del alcance de la inteligencia limitada. En Dios son infinitos, y por ello sólo pueden ser conocidos por Dios. Si han de ser conocidos por los hombres han de ser expresados. Conforme a los conceptos bíblicos, esta obra de hallar forma de expresión es siempre hecha por el Espíritu Santo. Uno de los pasajes más notables que más luz dan en la Biblia sobre el tema se halla en la primera carta de Pablo a los Corintios (2:10, 11): «Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios... nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.» Siempre que se expresa la Palabra, pues, ha de ser por medio de la actividad del Espíritu.

En las frases que encabezan la carta a los Hebreos a que nos hemos referido se manifiestan los dos métodos por los cuales la Palabra ha hallado expresión por medio del Espíritu que la declara. En el pasado, Dios habló a los padres por medio de los profetas muchas veces y de formas diversas. Esto es una referencia muy completa. Todo aspecto de la verdad que se ha dado a conocer, todo rayo de gracia que resplandece, toda porción de la verdad eterna y esencial de la Palabra, la ha pronunciado Dios. Esto lo hizo de maneras distintas; unas veces por medio de la comunicación directa y mística al alma, otras por medio de la interpretación clara e indiscutible de los sucesos en medio de los cuales vivimos; otras al elevar el alma a una región de exaltación en la que, al parecer, de su propia actividad interna, son pronunciados cantos de asombrosa y reveladora hermosura. Por medio de estos diversos métodos, y otros aún, el Espíritu dio forma y expresión a la Palabra eterna a los hombres que eran capaces de recibirla.

Hay que tener en cuenta que este método no estaba confinado al pueblo hebreo, aunque fue en ellos que tuvo su centro y su gloria más directa. Hay muchos rayos de luz de gracia y de verdad en la literatura pagana. No necesitamos hablar de ellos, sin embargo, por que no hay nada que podamos hallar en ellos que no se encuentre en la literatura que, como veremos pronto, Dios creó en una forma peculiar, no sólo para el pueblo hebreo, sino para toda la humanidad.

La segunda parte del pasaje que empieza la carta a los Hebreos nos habla del método central y final por medio del cual esta Palabra es expresada: «Dios, habiendo hablado... en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo.» Ésta es otra forma de expresar el hecho que Juan expresa con las palabras «el Verbo se hizo carne». Por la encarnación, la Palabra o Verbo halló su expresión perfecta y completa para el hombre. En el Ser de Jesús, por medio de su Persona, por medio de su palabra, y finalmente por medio de su cruz, resurrección y ascensión, se realizó todo lo que de la gracia y la verdad el hombre necesita saber, o puede saber y halló su expresión plena y final.

En relación con ello, es apropiado decir inmediatamente que la expresión era mucho más maravillosa que todo lo que el hombre ha descubierto todavía. La comprensión de la misma es gradual y progresiva; y de ahí surge la necesidad de otras frases de la Palabra a las cuales nos referiremos luego. Baste por ahora reconocer el hecho que la Palabra de Dios encarnado incluye todas las diversas expresiones del pasado; todo lo añadido que ya hemos captado, y todavía, mucho más, que aún no hemos aprehendido. En realidad, es un misterio que trasciende con mucho nuestro poder de explicación, tan completa es la expresión de la Palabra eterna en el Hijo de Dios, que Pablo sólo pudo expresar su sentido diciendo: «En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente.»

En tercer lugar, la Palabra es el registro o testimonio de la expresión de la gracia y la verdad. A fin de que los hombres pudieran conocer y beneficiarse de la Palabra de Dios, fuera en sus porciones y maneras mostradas en el pasado, o en el Hijo, fue necesario que las expresiones fueran preservadas de tal forma que pudieran estar a disposición de todos los hombres en todo tiempo. Esto fue realizado en las Sagradas Escrituras.

En la segunda epístola de Pedro, tenemos una declaración que revela, en tanto como es posible, el método por el cual fueron producidos estos escritos (1:21): «Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.» En esta afirmación descubrimos los elementos naturales y los sobrenaturales. Los hombres hablaron de Dios. Es natural en su sentido más alto. Cuando hablaron, en su propio lenguaje, en conformidad con sus potencias

mentales, influidos por su propio ambiente. Pero estaban inspirados en todo ello por el Espíritu Santo. La figura es la de un barco con todas las velas desplegadas al viento, que es llevado más allá de las limitaciones que le retendrían, si no fuera por la acción del viento, en el punto en que se encuentra. Estos hombres, hablando y escribiendo con toda simplicidad y naturalidad perfecta, fueron guiados de modo sobrenatural para adentrarse en el profundo mar; siendo así inspirados a decir y escribir lo que había que decir y escribir, así como a omitir las cosas que debían ser omitidas. El resultado de este método, a la vez humano y divino, nos ha dado la Biblia. El Antiguo Testamento es la literatura inspirada de la necesidad, la búsqueda, la esperanza, en tanto que el Nuevo Testamento es la del aprovisionamiento, la respuesta, la posesión. Para tratar de las necesidades humanas es necesario el Antiguo Testamento. Para tratar de la respuesta de Dios es esencial el Nuevo.

El valor de esta frase de la Palabra es que en estos testimonios de las expresiones de la Palabra eterna de Gracia y Verdad, tenemos a la vez el germen y la norma de toda revelación. Tenemos el germen, que espera ser interpretado, desarrollado, y recibir una aplicación persistente y progresiva. Pero tenemos la norma también, por la cual ponemos a prueba nuestras especulaciones, teorías, investigaciones. Esto es de importancia central en el asunto del material de nuestra cristología. Es siempre peligroso intentar una explicación de Él distinta de la que se adhiere de cerca a lo escribo. Al hacerlo más tarde o más temprano, de modo inevitable la destruimos, y procedemos a proclamar una criatura que es el fruto de nuestras especulaciones fútiles en vez de ser el Cristo de Dios.

Pero hay todavía otra frase del significado del término «la Palabra de Dios». Es el de una interpretación persistente y siempre creciente de los testimonios a los que ya nos hemos referido antes incidentalmente. Esto es también del Espíritu de Dios, y divino con tanta seguridad y realidad como todo lo que ya hemos considerado. El Espíritu Santo está siempre disponible a todos los que son llamados al ministerio de la Palabra, a fin de explicar y aplicarlo. Las leyes del Espíritu han de ser observadas, y entonces Él explicará e interpretará lo escrito de modo inmediato y preciso. De este modo la Palabra de Dios sigue todavía viva y poderosa.

Pero hay más. Como la Palabra de Dios siempre tiene que estar encarnada a fin de iluminar y salvar a los hombres, y como los santos son llamados a ser testigos, epístolas vivas, el Espíritu vigoriza la voluntad y capacita la vida, y de esta manera todos los que obedecen pasan a ser revelaciones de gracia y verdad.

Ésta es, pues, la Palabra, a cuyo ministerio somos llamados. Para resumirlo brevemente. La Palabra es la verdad y la gracia eternas; la gracia y la verdad expresadas; los testimonios de la expresión de la gracia y la verdad; y la interpretación viva de los testimonios de la expresión de la gracia y la verdad.

Si este examen del concepto incluido en la frase «la Palabra», es deficiente en muchos puntos, y sin duda lo es, por lo menos, creo, nos va a ayudar a comprender algo de la vastedad y gloria del servicio al cual son llamados los que entran en «el ministerio de la Palabra».

Como la Palabra de Dios es la sabiduría plena y final, no puede haber nada fuera de su esfera. La suma total de las cosas en Dios y en su creación, están condicionadas dentro de su infinita sabiduría. Como la Palabra de Dios es la expresión de esta sabiduría para que los hombres puedan conocerla, tiene algo que decir sobre cada tema.

El ministerio de la Palabra, pues, está sólo limitado por el instrumento y por la voluntad de Dios. Lo final nunca puede ser expresado por ningún hombre. El total de la verdad nunca puede ser expresado por ningún sistema humano de filosofía o de teología. Es, verdaderamente,

*«Una profundidad en la que se ahogan todos nuestros pensamientos.»*

Sin embargo, por el hecho que la Palabra de Dios es una expresión de esta sabiduría última, los que están en su ministerio tienen algo inteligente que decir. Son intérpretes, y las cosas que son llamados a decir serán siempre tales que aquellos a quienes hablen van a captar su significado y al hacerlo, recibirán mucho más de lo que en aquel momento saben, y de esta manera serán preparados propiamente para aquel crecimiento en el conocimiento que han de experimentar los que escuchan las cosas de Dios.

De modo que quisiera dejar en la mente la impresión de la estupenda y abrumadora grandeza de la obra del «ministerio de la Palabra». En esta Palabra hay una simplicidad llena de gracia, tal que los niños van a recibir su enseñanza con alegría; y una plenitud tan profunda que los sabios van siempre a darse cuenta de su necedad al contemplarla. Para nosotros, la Palabra se encuentra en Jesús. Miramos a Él. Le escuchamos a Él. Todo es perfectamente fácil. Él es nuestra humanidad. Pero en todos los procesos, y creciendo, las luces y glorias de las cosas eternas se dejan ver, y somos conducidos hacia adelante, a revelaciones más y más maravillosas.

El servir la Palabra es cumplir la función más elevada de que el hombre es capaz. Que los que han sido llamados a este santo privilegio se detengan con asombro, adoren con reverencia, y sigan adelante con alegre confianza.

## Capítulo 2 EL IDEAL PRIMITIVO

### A

#### LA PALABRA COMO LA VERDAD DEL APÓSTOL

Haremos ahora una consideración más detallada de la obra del ministerio de la Palabra tal como la hallamos revelada en el Nuevo Testamento, a fin de poder aprehender el ideal primitivo. De momento ponemos de lado resueltamente todas las condiciones modernas. Volveremos a ellas más adelante; y podremos considerarlas de modo más inteligente en proporción a lo claramente que hayamos visto las primeras cosas en la historia de este ministerio.

Desde este punto en adelante en nuestra consideración, el término «la Palabra» ha de ser entendido conforme a la interpretación que ya hemos dado. De modo específico se refiere siempre a una u otra de las frases, y por tanto las implica todas. Siguiendo la línea sugerida por la división apostólica de la obra en cuatro fases, comenzamos con la del apóstol.

En una conferencia previa hemos definido las funciones apostólicas de modo amplio con estas palabras: «El apóstol trata del cuerpo entero de la verdad. Lo expresa, lo sistematiza, lo pone a disposición de los santos, a fin de ser su guía y sustento.»

En esta definición hemos empleado el tiempo presente, porque la necesidad de verdadera obra apostólica de esta clase es perpetua; y, como veremos más adelante, el don apostólico es concedido dentro de la iglesia cristiana todavía. Para que podamos ver claramente la naturaleza y valor de este don, vamos a considerar la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el tema, tratando de: el don apostólico, la función apostólica y el mensaje o verdad apostólica. Nos esforzaremos a mirar el Nuevo Testamento sin prejuicios, a fin de descubrir su enseñanza. Por tanto, el método usado será elemental.

Empezando con la afirmación de Pablo, «dio a algunos apóstoles», hemos de descubrir la naturaleza de este don. Empezaremos con la palabra misma; y luego trataremos de su lugar en el Nuevo Testamento.

La palabra *apóstolos* es un nombre derivado del verbo *apostello*. Apartando de nuestra mente todas las ideas que generalmente asociamos con la palabra —que pueden ser falsas o verdaderas— hemos de reconocer que el concepto fundamental no es el de enviar, sino el de separar. Esto es así, de modo claro; y esto da una fuerza y significado a la idea de enviar. La acción que hace a uno un apóstol es la de separarlo de todas las otras cosas, a fin de dedicarlo a un asunto particular; y esto invariablemente es la tarea de aquel que ha sido puesto aparte. El embajador que va en nombre del rey, representa al rey, y lleva a cabo los negocios del rey, es separado para la obra. Este poner aparte es la idea fundamental sugerida por la palabra misma.

En la práctica, sin embargo, la palabra se refiere siempre al hecho de realizar el propósito para el cual ha tenido lugar la separación. La acción es siempre la de un enviar definido de aquel que ha sido separado; de modo que el apóstol es siempre el mensajero, separado a fin de realizar una misión, y el que ejecuta esta misión. En el sentido más simple de la palabra, pues, un apóstol es el que ha sido puesto aparte rigurosamente, a fin de ir como embajador en nombre de Aquel que le ha separado. El don apostólico en la iglesia cristiana es una concesión divina, la cual a la vez separa al que la recibe para hacer una obra claramente definida; y le equipa perfectamente con todo lo necesario para hacerla.

El uso de la palabra en el Nuevo Testamento está en perfecto acuerdo con estas intenciones simples y fundamentales. El verbo con su sentido ordinario de «enviar» es siempre usado con la idea de una autoridad muy definida en el que envía y también en el que va; Es por lo menos un hecho interesante que la primera vez que encontramos el verbo en el Nuevo Testamento es en la afirmación que Herodes «envió» y mandó matar a todos los niños varones que había en Belén. Aquí el hecho de la autoridad se ve claramente. El nombre se emplea casi de modo invariable de los doce apóstoles a quienes seleccionó, separó y envió el Señor. Las excepciones son tan pocas que podemos nombrarlas. Hay cinco en conjunto, de las cuales tres son definidas y dos dudosas. Las excepciones claras son: primero, cuando se usa la palabra del mismo Señor (Hebreos 3:1); segundo, cuando al escribir a los Filipenses Pablo habla de Epafrodito como vuestro apóstol (Filipenses 2:25), y finalmente, cuando en el Apocalipsis leemos de los falsos apóstoles (Apocalipsis 2:2). Las excepciones dudosas son: primero, cuando nuestro Señor usa la palabra de modo general, pero donde posiblemente se está refiriendo todavía a los doce (Juan 23:16), y cuando Pablo se refiere a «nuestros hermanos los apóstoles de las iglesias», en cuyo caso puede estar pensando todavía en los doce (2.\* Corintios 8:23). En todo otro caso el nombre es usado de los doce.

Consideremos ahora el uso de la palabra en conexión con los doce. Marcos y Lucas dan un relato cuidadoso de cómo el Señor selecciona de modo claro doce de entre sus discípulos para hacer obra específica. Refiriéndose a esto, Lucas nos dice que los nombró apóstoles. Esto es de gran valor, ya que revela el hecho que este nombre no fue escogido por ellos mismos; ni les fue dado por otro. No puede haber duda que nuestro Señor lo seleccionó con un sentido pleno de su profundo significado, y a fin de definir claramente la naturaleza del don que les concedía a cada uno, y la obra que serían llamados a hacer.

En la historia que da Marcos de la selección de los doce, indica la doble naturaleza del nombramiento. Fueron nombrados: primero, para estar con Él. Ésta es la idea fundamental de separación. Hay muchos sentidos en que el resto de los discípulos continuaban con Él, pero en el caso de los doce había una separación especial de todas las otras personas y negocios, a fin de que estuvieran íntimamente asociados con Él, para poder estar preparados para la obra específica para la cual habían sido destinadas. Fueron nombrados también «para poder ser enviados a predicar». Aquí hallamos el verbo *apostello* que implica la separación e indica la obra que tenían que hacer.

Marcos y Lucas dan los nombres de los doce en sus relatos de la elección que hizo el Señor. Mateo no da el relato, pero registra los nombres cuando nos dice que fueron enviados a cumplir su primera misión. Los tres, Mateo, Marcos y Lucas, al darnos la historia de su misión, hacen uso del verbo *apostello*. En cada caso es evidente que su obra específica y central era la de predicar. Fueron enviados por el Señor para proclamar su palabra, entregar su mensaje, dar a conocer la verdad sobre Él mismo. Les fueron conferidos ciertos poderes, el ejercicio de los cuales serviría como signos, dando énfasis a su mensaje. Estos poderes eran, sin embargo, algo secundario en su importancia, y la responsabilidad principal era proclamar la Palabra, que ellos habían comprendido por haber estado con El.

Después de su resurrección, fue a estos doce que Él se apareció en el aposento alto. Había otros que estaban con ellos, en algunas ocasiones, y una vez, por lo menos, apareció a quinientos hermanos. Lucas, en su segundo tratado, los Hechos de los Apóstoles, hace especial énfasis sobre el hecho que dio un mandamiento a los apóstoles. También nos dice que ellos le preguntaron cuándo restauraría el Reino a Israel; y que Él replicó con una definición simple pero completa de su responsabilidad. Habían de serle testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y en todo el resto de la tierra. Este encargo fue dado en un sentido particular y peculiar a los apóstoles. Si bien todos los creyentes han de ser sus testigos, el deber del grupo apostólico era el de declarar la verdad con autoridad. De ahí que ahora vemos la compañía creciente de los discípulos manteniéndose firmemente en la enseñanza de los apóstoles; y cuando Pablo escribió su carta a los Efesios, vemos que se refiere a ellos diciendo que constituyen, con los profetas, el fundamento del cual Jesucristo mismo es la piedra de ángulo. Es por eso que la Iglesia de Cristo es, no sólo católica, sino también apostólica. Cuando estos apóstoles formularon la doctrina cristiana bajo la guía del Espíritu Santo, cumplieron la verdadera función de su apostolado. En este sentido estos hombres no han tenido sucesores oficiales. Realmente no tenían poder ni autoridad para designar a nadie para el cargo. Una de las primeras equivocaciones hechas, después que el Señor partió de ellos en su presencia corporal, fue la de elegir a Matías, cuando el Señor ya había separado a un hombre llamado Saulo par que complementara el número de los doce. En otro sentido, los apóstoles siempre han tenido sucesores, pero esto lo veremos luego.

Hasta ahora sólo tenemos la idea que nos presenta la historia del Nuevo Testamento. Podemos pasar ahora a la declaración de la verdadera función apostólica. Cual era esta función en el caso de los doce se ve claramente al hacer el examen. Fueron llamados para la enunciación clara de la verdad, respecto al mismo Señor, y para hacer esta obra estaban preparados especialmente por su asociación íntima con Él. El principio sobre el cual procedieron a la elección de un sucesor muestra que apreciaban la importancia de esto, aunque limitaron el concepto de la forma en que era posible esta asociación. Pedro dijo: «Es necesario, pues, que los hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue llevado arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección.» La idea de que un apóstol ha de tener un conocimiento definido, de primera mano del Señor Jesús a fin de dar testimonio respecto a El, era perfectamente correcto. La equivocación consistió en estrechar el concepto a la forma en que había de cumplirse la condición. Era perfectamente realizado en el caso de Saulo de Tarso, por revelación especial, a pesar del hecho que probablemente nunca había visto a su Señor en los días de su carne. Todos los llamados al apostolado eran hombres que tenían un conocimiento directo, de primera mano del Señor, y que estaban así preparados para la obra de afirmar la verdad con respecto a Él.

Esta función apostólica particular es sugerida por una declaración que se halla al principio de los Hechos de los Apóstoles. Bajo la predicación de Pedro en el día de Pentecostés, unas tres mil almas fueron añadidas al Señor. De éstas dice Lucas que «continuaban firmes en la enseñanza de los apóstoles, y en la comunión unos con otros, y en el partimiento del pan, y en las oraciones». En estas palabras tenemos un relato de la cuádruple salvaguarda de la iglesia

primitiva. Esta salvaguarda es descrita por el uso de cuatro frases: «En la enseñanza de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.»

De éstas, el primer grupo en orden de afirmación era también el más importante porque era fundamental. Era la enseñanza de los apóstoles. La palabra *di-dache* aquí traducida como enseñanza se deriva de *didasko*, enseñar, y era usada para instrucción, tanto el acto como el objeto. Era en este respecto afín a la palabra *logos*, que ya hemos dicho antes significaba no sólo la expresión, sino también la verdad expresada. No puede haber dudas de que, en este pasaje particular, la palabra tiene los dos significados. Estas personas continuaban firmes (se ocupaban asiduamente) en la enseñanza de los apóstoles, y su obediencia a lo que éstos les habían enseñado. La palabra ocurre después en el Libro de los Hechos. El sanedrín saduceo acusó a los apóstoles de haber llenado Jerusalén de su doctrina a pesar del hecho de que les habían mandado estrictamente que se callaran (Hechos 5:28). En Pafos, el procónsul Sergio Paulo, «creyó, impresionado por la doctrina del Señor» (Hechos 13:12). Los hombres de Atenas llevaron a Pablo al Areópago, y le pidieron que les hablara de la nueva enseñanza que él estaba predicando (Hechos 17:19). Todas estas referencias indican el mismo concepto de un cuerpo de doctrina, una afirmación de la verdad, con respecto al Señor mismo, y la obra de los apóstoles era declararla.

Podemos resumir nuestra consideración de la función del apóstol diciendo que es el hombre escogido por Cristo mismo; puesto aparte para Cristo, para estar con Él, para tener conocimiento de Él; enviado por Cristo, para entregar el mismo mensaje sobre Él, que ha adquirido mediante su separación y la compañía y comunión que ha tenido con Él. Esto nos lleva a la última fase de esta consideración, a saber, lo que se refiere al mensaje apostólico, o verdad. Escribiendo a los Efesios, y en relación con su discusión de este tema del ministerio, Pablo hace uso de una frase sugestiva: «la verdad está en Jesús». En esta frase hay una descripción completa de toda la enseñanza apostólica. Recordemos la afirmación en que ocurre la frase: «Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad habéis oído de él, y habéis sido enseñados conforme a la verdad que está en Jesús.» Ésta había sido la naturaleza de la enseñanza apostólica, y creyéndola, estas personas habían entrado a la vida. Consideremos la frase y descubriremos su plenitud y valor. La verdad significa aquí lo que es esencial y eterno; la verdad real y absoluta. Es la palabra que nuestro Señor empleó cuando dijo de Sí mismo: «Yo soy la verdad»; y esto nos ayuda a comprender la frase «conforme a la verdad que está en Cristo Jesús». Esta frase describe exactamente la convicción apostólica y revela el alcance de su enseñanza. La verdad está en Jesús. Ellos habían hallado la verdad esencial y eterna que tiene su expresión final en Jesús. Sus enseñanzas eran la exposición de la verdad así expresada. A ellos se les había dado el don de estar capacitados para afirmar la verdad de esta forma, de modo que guiara a todos los creyentes en su crecimiento «hacia aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien ajustado y trabado entre sí, por todas las junturas que se ayudan mutuamente, según la actividad adecuada de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor».

Obtendremos más luz sobre este tema cuando consideremos la forma en que hicieron su obra estos primeros apóstoles. Primero predicaban a Jesús; esto es, contaban la historia referente a Él, tal como la sabían, según su propia experiencia. Comprendiendo que esta verdad esencial y eterna estaba expresada en Él, presentaban a Cristo a otros como Él se había presentado a ellos. Todo el método de la declaración apostólica se puede colegir de un examen del primer discurso apostólico, el de Pedro en el día de Pentecostés, tal como se registra en el Libro de los Hechos (cap. 2). Dijo a las multitudes que escuchaban la historia simple y básica de Jesús; que era un Hombre por medio del cual Dios había obrado señales en su vida que mostraban que era aprobado por Dios; que había sido entregado a la muerte, por el determinado designio y previo conocimiento de Dios, y muerto por los hombres de Israel, por manos de hombres sin ley, esto es, gentiles; que había sido resucitado por Dios; y había sido exaltado por Dios; que había deramado el Espíritu Santo sobre toda carne. Esto es decir que Pedro predicaba o proclamaba a Jesús, y al hacerlo proclamaba la verdad, y con ello cumplía su ministerio apostólico.

De modo que la verdad de los apóstoles era la de la Palabra de Dios, como era en el principio, como había sido dicha por Jesús a los hombres. Éste era el primer método y mensaje de todos los apóstoles. En este primer mensaje, como en todos los subsiguientes que nos han sido preservados, hay que observar que estos hombres empleaban los escritos del Antiguo Testamento en su predicación de la verdad, según se halla en Jesús. No le interpretaban por estos escritos, sino más bien interpretaban estos escritos por Él; mostrando al punto su verdadero valor y sus limitaciones.

Cuando fue pasando el tiempo, añadieron escritos a sus predicaciones, y así, bajo la guía del Espíritu, proporcionaron los nuevos escritos que completaban el Antiguo Testamento cuando dieron a los hombres, para todos los tiempos, la verdad con respecto a Jesús, y así encarnaron la verdad «como la verdad que está en Jesús». No todos ellos escribieron. Además, otros escribieron que no eran del número de los doce. Todos los escritos, sin embargo, estuvieron bajo influencia apostólica, y fueron producidos en la comunión de los apóstoles. Esto lo veremos luego.

La verdad apostólica se halla, pues, en el Nuevo Testamento. Es la literatura de Cristo. Allí le escuchamos a Él, y somos enseñados por Él, ya que la verdad está en Jesús. El tema desde el principio al fin es Jesucristo, la Palabra de Dios. Por tanto, esta literatura es verdaderamente la Palabra de Dios para nosotros; y es la verdad apostólica, que fue entregada una vez por todas por estos apóstoles de la Iglesia.

No es el propósito de esta conferencia entrar en estos escritos en detalle, pero será de valor resumir su contenido. En los primeros cuatro el tema es el de la Palabra de Dios, tal como aparece en la historia humana. Dos de éstos, los que tratan de los aspectos real y divino de su Persona, fueron escritos por apóstoles, Mateo y Juan. Los otros dos, los que le presentan en sus aspectos salvador y humano, fueron escritos por hombres bajo la influencia de los apóstoles, y en comunión con ellos: Marcos con Pedro y Lucas con Pablo. Así que la presentación de la Persona es apostólica. Luego siguen veintidós escritos en los cuales se nos presenta la Palabra de Dios, tal como es comprendida y proclamada por medio de su cuerpo místico, la Iglesia. De estos, el primero es un cuadro lleno de vida y de color de la pluma de un artista, Lucas, el cual viajó y trabajó en compañía del gran apóstol Pablo. En él, Cristo el Verbo se ve, saliendo hacia los confines más remotos de la tierra, por medio de testigos llenos de su Espíritu. Luego siguen veintiuna cartas, que constituyen el cuerpo de instrucción para la Iglesia. En su redacción "figuran tres apóstoles, Pablo, Pedro y Juan; y dos, Santiago y Judas, que eran asociados íntimos del grupo apostólico. Hay una carta anónima, a saber, la de los hebreos, pero es ciertamente apostólica en su enseñanza, y probablemente reproduce, bajo la pluma de Lucas, las enseñanzas de Pablo. No es cierto, indubitadamente, pero es muy probable. Así que la presentación de la Iglesia es apostólica. El tema del último escrito es el de la Palabra de Dios, en su gloria personal, en su relación con la Iglesia, y en su procedimiento político o gubernamental, por el cual establece el Reino de Dios en la tierra. Éste fue escrito por el apóstol Juan. Así que el último escrito es también apostólico.

Así pues, está revelado el mensaje apostólico. Era y es esencialmente el de la Palabra; esto es, toda la verdad, tal como estaba personificada y expresada en el Hijo de Dios como Hijo del Hombre. En los escritos apostólicos tenemos la verdad afirmada, sistematizada y aplicada. Estos escritos, pues, constituyen el germen y norma de toda la predicación apostólica. Son el germen que necesita desarrollo y progresiva aplicación. Son la norma por la cual hay que poner a prueba todos los desarrollos y aplicaciones, para que no se aparten de la verdad.

Aunque el número de los apóstoles fundacionales está completo, y en estos escritos tenemos el pleno cuerpo de la doctrina apostólica, es, no obstante, verdad que el don apostólico es aún necesario y concedido. Es necesario doquiera que la Palabra es dada a un pueblo en una nueva lengua, o haciendo frente a condiciones nuevas. La obra de traducción, que se mira con frecuencia como meramente académica, es estrictamente apostólica. Cuando recordamos a los grandes traductores, habrá que conceder esto. La obra del verdadero teólogo es también de modo claro apostólica. Es la de afirmar la verdad eterna en términos nuevos para la nueva edad; y esto sin destruir su carácter esencial. Para hacer esta obra también, no basta con un equipo meramente académico. Es necesario el don de los apóstoles.

De esta interpretación se puede ver que lo apostólico es una fase solamente del ministerio de la Palabra.

Hay un sentido en que todo ministerio cristiano es apostólico, en tanto que no todo ministerio cristiano es por necesidad apostólico, ni evangelístico, ni pastoral, ni didáctico. Todo ministerio de la Palabra es apostólico, porque se refiere a la verdad, que ha recibido interpretación apostólica bajo la guía del Espíritu, y tiene que ser puesta a prueba por esta interpretación. En este sentido el ministerio apostólico es fundamental y continuo. Hay profetas, evangelistas, pastores y maestros, que no tienen el don apostólico, pero todos ellos tienen que ver con la enseñanza apostólica. Es un lazo de unión entre ellos. Si se comprende bien esto, se minimizan los intereses conflictivos de órdenes diferentes del ministerio o resultan inexistentes. Cada uno en su propio orden reconocerá la naturaleza complementaria de todos los órdenes, y habrá una cooperación perfecta.

En conexión con esto quisiera decir que la palabra sucesión está desplazada, con referencia al ministerio cristiano. No hay tal cosa como sucesión apostólica, o evangelística, o pastoral. La llamada al ministerio es personal y directa; y para equipar a los que son llamados, los dones y la gracia son suplidos no de modo mediato, sino inmediato, por la Cabeza de la Iglesia, por medio del Espíritu Santo.

La continuidad y unidad histórica del ministerio cristiano es mantenida por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre. Los dones varían, los medios secundarios por los cuales son recibidos son quizá más de lo que hemos reconocido. Fueron concedidos en tiempos del Nuevo Testamento, por la imposición de manos, a veces por los obispos o presbíteros, a veces por los miembros de la Iglesia; y todavía lo son, cuando los obispos o los creyentes obran bajo el señorío del Cristo. En aquellos días eran recibidos también sin imposición de manos, y siguen siéndolo toda la vida, sin duda.

Lo que cuenta, entonces y ahora, es la verdad de la cual los apóstoles eran, y son, los intérpretes. La prueba del ministerio apostólico es, pues, la de la verdad misma. Si uno dice tener dones apostólicos y funciones, y niega la fe que fue entregada una vez a los santos, esta pretensión es desmentida por su negación. Así que se revela lo sagrado de la obra del ministerio apostólico de la Palabra.

## B

### LA PALABRA COMO LA CARGA DEL PROFETA

Vamos a ver ahora la segunda fase del ministerio de la Palabra referida por el apóstol, a saber, el profeta. Ya hemos definido de modo amplio el término profeta, al referirnos a que su cargo es «Hacer que la luz de la verdad brille ante los hombres; es un hombre de luz y de ley.

La obra del profeta en la economía cristiana siempre depende de la del apóstol. En su primera carta a los Corintios, Pablo afirma explícitamente esto, cuando escribe: «Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, después profetas, lo tercero maestros.» (1.ª Corintios 12:28.) Esto no significa que el apóstol ocupe un rango más alto que el profeta o el maestro. La idea de rango es del todo de este mundo y no tiene lugar en la organización cristiana.

Al considerar este tema del don profético hemos de prestar atención especial a la idea tal como se halla en el Nuevo Testamento. Es, por lo menos, un hecho interesante y sugestivo que la palabra profeta es mucho más común que la palabra apóstol. Confieso que este hecho me sorprendió cuando lo noté, pero es así.

En los escritos del Nuevo Testamento hallamos un grupo de palabras, todas basadas en una idea central.

Para entender la verdadera naturaleza del ministerio profético hemos de descubrir esta idea. A fin de hacerlo, hemos de ver estos escritos con la mente abierta, esforzándonos para hallar el concepto, aparte de conclusiones previas. Vamos a seguir el mismo método, considerando: el don profético, la función profética y la carga o misión profética.

La palabra central del grupo referido es la palabra profeta, empleada por el apóstol en su afirmación: «Puso Dios... profetas.» Nuestra palabra profeta es realmente una transliteración del griego *prifetes*, que aparece también en la forma femenina *profetis*, traducido profetisa. Ésta es una palabra compuesta, hecha con el prefijo *pro*, que significa delante, en el sentido de delante de» o de «antes»; y del verbo *femi*, hablar. Este verbo, que literalmente significa mostrar, o dar a conocer, se deriva de *faino*, brillar.

Este método elemental de consideración nos da el valor más simple y verdadero de la palabra misma. Según él, el profeta es el que da a conocer la verdad a los hombres, de tal forma que les llama la atención. Es aquel a través de cuyo ministerio la verdad brilla ante los hombres, de modo que se puedan hallar a sí mismos en su luz. En tanto que el apóstol se refiere principalmente a la verdad en sí, el profeta se refiere a presentarla a los hombres en términos tales que resulte atractiva para ellos. Todo el énfasis es sobre la verdad, como dada a conocer, brillando, aplicada. En tanto que el apóstol es llamado a afirmar la verdad eterna y esencial, tal como halló expresión en Jesús, el profeta es llamado sobre todo para mostrar la relación de la verdad con las cosas temporales. En el ministerio profético hallamos, pues, lo que puede describirse, por falta de un término mejor, los tiempos de la verdad. Trata del pasado, cuando hace de la historia el vehículo a través del cual son revelados los principios eternos. Trata del presente, cuando mide las cosas de hoy por estándares eternos. Trata del futuro, cuando declara las cosas que han de venir, a fin de que su relación pueda producir un efecto inmediato sobre los conceptos y la conducta de los hombres.

Como hemos dicho, esta fase del ministerio es mencionada constantemente en el Nuevo Testamento. Además de las palabras ya citadas, hallamos estas formas relacionadas: *proféteuo*, profetizar; *prifeteia*, una profecía, y *profetikos*, profético. Un estudio de todos en los pasajes en los cuales se hallan estas palabras hace evidente que la idea fue tomada de la antigua economía, y de los escritos del Antiguo Testamento. A ellos, pues, hemos de dirigirnos para una interpretación de la idea.

La palabra hebrea para profeta se deriva de un verbo que significa hablar o cantar por inspiración. Por inspiración, aquí, quiero decir de modo sobrenatural; el habla o cántico resulta de alguna influencia divina que opera a través del que habla o canta. No hay nada en la palabra que sugiera el método de inspiración, pero significa habla, sea en relación con el pasado, presente, o futuro, que resulta de la actividad divina, por la que el que habla expresa, no sus propias interpretaciones privadas de sucesos o problemas sino la Palabra de Dios respecto a los mismos. Todo el concepto de profetizar era el de proclamar los pensamientos de Dios; y por tanto el profeta era siempre el instrumento por medio del cual Dios daba a conocer su voluntad a los hombres.

El concepto del Antiguo Testamento, además, era siempre el de un valor práctico y ético en la profecía. Los profetas del Antiguo Testamento nunca hablaron o escribieron meramente para satisfacer la curiosidad, o bien en sus relatos

históricos, o en sus mensajes directos, o en su predicción de las cosas futuras. El propósito de su ministerio era siempre el de producir resultados inmediatos en las vidas de aquellos a quienes dirigían sus palabras.

Me detengo para hacer énfasis sobre este punto, porque el uso común de la palabra muestra hasta qué punto hemos perdido esto de vista. La palabra profeta es usada constantemente como refiriéndose a la capacidad de predecir sucesos futuros, y la profecía, como concebida totalmente de estas predicciones. Además, con demasiada frecuencia, el estudio de los elementos predictivos en la profecía bíblica genera en una curiosidad que es mórbida, y a veces irreverente, un deseo de conocer «los tiempos y las sazones», simplemente por la satisfacción que produce este conocimiento.

No hay nada más equivocado. Nadie niega que existía el elemento predictivo en el ministerio profético en la economía hebrea. En realidad, era el elemento que más claramente ponía el sello de lo sobrenatural sobre este ministerio. Esto se ve claramente en el libro de Isaías, donde el profeta hace del hecho de la predicción la prueba de la autoridad divina, cuando desafía a los falsos dioses y profetas: «Declaradnos lo que ha de ocurrir después, para que sepamos que vosotros sois dioses... ¿Quién lo anunció desde el principio, para que lo sepamos, o de tiempo atrás, y diremos es justo? Ciertamente, no hay quien lo declare...» (Isaías 41:23, 26). Con todo, incluso aquí, y siempre, el propósito de la predicción era el de producir resultados morales inmediatos y no el de proporcionar satisfacción intelectual. Este elemento era sólo uno, y si podemos medir su valor por la cantidad, no era el más importante. La profecía era también la interpretación de la historia. Es por esto que todos los libros históricos del Antiguo Testamento fueron incluidos en la división que llamaron «los profetas». Sus historiadores eran profetas, porque siempre pusieron la historia en relación con el gobierno de Dios, mostrando con ello que todo desastre había resultado de la desobediencia de la Ley de Dios, y todos los triunfos en su conformidad con ella. La profecía era también la interpretación de la voluntad de Dios a los hombres de modo inmediato, la expresión inspirada que daba a conocer a los hombres lo que era en aquel momento el propósito y camino divino.

Este concepto completo del cargo profético fue tomado por los hombres de la nueva época. Este hecho y recordarlo en todo intento de entender el don Profético. La profecía es la verdad hablada, como resultado de la inspiración divina, con miras a producir resultados divinos en los asuntos humanos. La obra del profeta es la de dar a conocer la verdad a los hombres, en formas que se imponga a su atención.

Observemos la idea tal como se halla en el Nuevo Testamento, dividiendo nuestro examen en dos partes: primero, las referencias a antes de Pentecostés, y luego, después. En ambos casos hallamos que se hacen referencias constantemente a los profetas del Antiguo Testamento. En cierto sentido, naturalmente, los escritos que registran las cosas antes de Pentecostés, son post-pentecostales. Es decir, que probablemente ninguno de ellos fue escrito antes de la venida del Espíritu Santo. De ahí que hallamos la afirmación constante que las predicciones de los profetas de la antigua economía fueron cumplidas en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Todas estas referencias son de gran valor, no sólo porque revelan nuestra relación entre las economías hebrea y cristiana, sino porque sirven para mostrar la verdadera naturaleza de la profecía hebrea. En nuestro examen pienso limitarme a aquellas referencias que tratan del don profético dentro de la era cristiana.

Las referencias al ministerio del profeta dentro de la era cristiana en los evangelios son pocas, pero son muy sugestivas. Mateo nos da un relato más pleno que cualquier otro de los evangelistas de la ordenación de los doce cuando fueron enviados en su primera misión (Mateo 9:35 — 10:42). Aquí encontramos la misión que les encomendó el Señor. Es evidente que cuando les habló estaba pensando en todos los procesos de la edad que Él estaba inaugurando. La primera parte del encargo tiene que ver con su misión inmediata (Mateo 10: 5-15). La segunda parte cubre el período desde su ascensión a la destrucción de Jerusalén (10:16-23). La parte final trata de todo el período a partir de entonces, hasta la consumación de la edad (10:24-42). En las frases finales de esta sección dice: «El que reciba a un profeta en el nombre de profeta, recibirá la recompensa de profeta» (v. 41).

El único valor de estas palabras para el propósito de nuestro estudio aquí es mostrar que nuestro Señor de modo expreso indicaba su adopción del método profético del ministerio en conexión con el ministerio completo del testigo, y para este testimonio los suyos iban a ser enviados. Al final de su ministerio, pronunció la sentencia sobre Jerusalén. Ésta fue precedida por los ¡Ayes! y vituperios contra los gobernantes, al final de los cuales dijo: «Por tanto, he aquí os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis, y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad.» (Mateo 23:34.) Aquí hace sin duda referencia al ministerio de sus testigos que iba a seguir a su partida, y de nuevo tenemos evidencia de su reconocimiento del método profético. Empleó el término con referencia a su propio ministerio cuando dijo: «No hay profeta sin honra, excepto en su propia tierra y en su casa (Mateo 13:57); y el pueblo hablaba de Él como profeta. Éstas son las referencias al ministerio cristiano de profecía en los evangelios. Son pocas, pero bastan para mostrarnos que estaba dentro de la intención del mismo Señor el que

hubiera esta fase del ministerio. Cuando hablemos de modo estricto de los tiempos post-pentecostales, hallaremos que la idea ocurre con mucha mayor frecuencia.

En los Hechos el carácter profético de la predicación pentecostal aparece en la primera declaración apostólica. Cuando Pedro interpretó los signos del Espíritu para las multitudes que inquirían, citó las palabras de Joel, declarando que habían hallado su cumplimiento en aquel día. Según la profecía del profeta hebreo, uno de los grandes resultados del derramamiento del Espíritu sería el comienzo de una nueva edad de profecía (Hechos 2:17, 18, 19). Cuando siglos antes le llevaron a Moisés las noticias que Eldad y Medad estaban profetizando, exclamó: «Ojalá que todo el pueblo de Jehova fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu so-ore ellos.» (Números 11:29.) Desde el momento en que este gran legislador pronunció este deseo, pasamos a los días en que Joel declaró que sería realizado, y luego a Pentecostés, en que fue cumplido.

Aunque es verdad que el Espíritu equipa a los creyentes para el testimonio profético, también es verdad que hay algunos que tienen un don especial, y esto se ve en los Hechos. Cuando estaba para empezar el nuevo movimiento desde Antioquía, fueron profetas allí desde Jerusalén, y uno de ellos, Agabo, pronuncien la predicción respecto a una gran hambre (Hechos 11: 27, 28). Este hombre aparece de nuevo en el relato de la estancia de Pablo en Cesárea, y su mensaje fue predictivo otra vez (Hechos 21:10, 11). En la Iglesia, en Antioquía, se hallaban profetas (Hechos 13:1). Judas y Silas son nombrados como profetas (Hechos 15:32). En Efeso el don del Espíritu Santo se desató por el ministerio profético (Hechos 19:6). Las cuatro hijas de Felipe el evangelista profetizaban (Hechos 21:9).

En su carta primera a los Corintios, Pablo da instrucciones explícitas respecto al ejercicio del don profético.

Todo esto es de valor para mostrar que el método particular del profeta en el ministerio de la palabra existía en los primeros días de la economía cristiana, y que era uno de los dones concedidos dentro de la Iglesia, por la Cabeza de la Iglesia, por medio del Espíritu.

La función profética aparece claramente a la vista al considerar el don en sí. En la segunda carta de Pedro, sin embargo, tenemos una afirmación que es del máximo valor para tener una idea precisa de la naturaleza peculiar del profetizar. Pedro está tratando de la experiencia en el Monte Santo (la transfiguración) y especialmente de la influencia que la voz, que los presentes oyeron entonces tuvo sobre ecos en cuanto a las profecías del pasado. El pasaje es tan importante que lo citaremos todo: «Y tenemos como más segura la palabra profética, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una lámpara que alumbra en un lugar oscuro, hasta que despunte el día y el lucero de la mañana alboree en vuestros corazones; conociendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura procede de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.» (2.<sup>a</sup> Pedro 1:19-21.)

Por medio del testimonio de la voz oída en el Santo Monte, dirigida al Hijo de Dios, estos hombres llegaron a una nueva comprensión de la naturaleza de los escritos proféticos, con los cuales habían estado familiarizados desde la infancia. Estos escritos eran, por esta experiencia, más seguros para ellos. Con este aspecto del mensaje de Pedro no estamos interesados ahora, excepto en cuanto proyecta luz sobre la función profética. Ya hemos visto que la idea en el Nuevo Testamento es idéntica a la del Antiguo. Todo lo que se dice aquí con respecto a las profecías del pasado, es válido con respecto al ministerio de hoy.

La función de la profecía es, pues, la de decir la Palabra de Dios, Palabra que es recibida de Dios por medio del ministerio del Espíritu Santo. El profeta no es el que observa su época y da sus propias interpretaciones. Es el que es llevado por el Espíritu a un lugar de visión y comprensión más allá de su época, desde donde lo ve como lo ve Dios, y en el que recibe de Dios el mismo mensaje que su época necesita oír. Estos mensajes constituyen luz en lugares oscuros, y los hombres hacen bien si los escuchan.

Los profetas son, pues, hombres que están seguros porque son enseñados por el Espíritu; y hablan por ello con la nota de autoridad absoluta. El efecto de sus palabras puede ser el de condenación, o de dirección, o de inspiración. Es siempre práctico, ético, espiritual. Todo esto lo veremos más claro aun cuando consideremos la carga o misión del profeta.

La palabra carga, o misión, en relación con el ministerio del profeta es estrictamente una palabra del Antiguo Testamento, y no tiene equivalente exacto en el Nuevo. Sin embargo, la empleamos y es justificado hacerlo, porque, como hemos visto, todo el concepto del ministerio profético es llevado desde el Antiguo Testamento al Nuevo. Volveremos, pues, al Antiguo a fin de descubrir el significado y uso de la palabra allí. La palabra hebrea (*massá*), significa literalmente una carga en el sentido corriente. Es usada para los pesos llevados por los animales, y las responsabilidades que caen sobre los hombres. Los mismos profetas se apropiaron la palabra, e hicieron de ella el vehículo peculiar con el cual expresaron su concepto de la naturaleza de sus mensajes. En el uso que hicieron del mismo, hallamos que representaba la verdad hecha conocida a ellos por Dios; o bien el deseo que ellos experimenta-

ban de proclamar la verdad; y los mensajes, tal como ellos los entregaban. Ahora empleamos la palabra en este sentido estricto.

La carga del profeta del Nuevo Testamento, como la del Antiguo, es primero la verdad dada a conocer por Dios, para que sea declarada a los hombres. Esta verdad, dada a conocer al profeta, pasa a ser una carga de deseo, que le impele a pronunciarla. El mensaje, pues, que bajo esta impulsión es proclamado a los hombres es la Palabra del Señor.

¿Qué es, pues, la carga del profeta del Nuevo Testamento? Podemos hallar una respuesta completa prácticamente a la pregunta en las palabras de Pedro en la casa de Cornelio. Al final del mensaje que dio allí cuando percibió que el Evangelio era también para los gentiles, lo mismo que para los judíos, dice: «De Él dan testimonio todos los profetas.» Aunque estas palabras son generalmente usadas como si se refirieran a las profecías del pasado; y aunque esta interpretación es indudablemente correcta, también es cierto que describen, y aun con más exactitud, la carga de la profecía cristiana. Si leemos el conjunto de esta alocución breve pero llena de significado, esto se ve inmediatamente. Después de contar la historia de Jesús en muy pocas palabras, declara que Dios «nos encargó que predicásemos al pueblo, y testificásemos solemnemente que Él es el designado por Dios como Juez de vivos y muertos». De éste, pues, es que dan testimonio todos los profetas. Declaran su soberanía absoluta sobre todas las almas, sean de muertos o de vivos. Esta declaración siempre implica la ilustración de la soberanía; la interpretación de sus razones, sus métodos, sus propósitos; y la aplicación del hecho central a las circunstancias en medio de las cuales el profeta es llamado a ejercer su ministerio.

En el pasaje de la segunda carta de Pedro a que nos hemos referido, se obtiene más luz todavía. Refiriéndose a la experiencia en el Santo Monte dice: «Porque no hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.» (2.<sup>a</sup> Pedro 1:16.) La nota positiva de esta afirmación está llena de luz. Toda la carga del ministerio profético está expresado en estas palabras: «El poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo.» (2.<sup>a</sup> Pedro 1:16.) Cubren todo el hecho de su relación con el mundo. En las próximas dos secciones de esta carta trata de los peligros que amenazan estas verdades. Primero los peligros que amenazan la verdad del Poder (cap. 2). Obsérvese cuidadosamente que este peligro consiste en falsos profetas y maestros que niegan al Señor. Luego el peligro que amenaza la verdad de su venida (cap. 3). Otra vez observamos que este peligro consiste en la burla que hacen los que no creen en las predicciones de los santos profetas y la enseñanza de los apóstoles. La verdadera profecía es, pues, la que proclama su poder y su venida; y esta profecía es siempre de la naturaleza de una lámpara que brilla en un lugar oscuro.

Volviendo por un momento a un asunto algo más abstracto, es interesante ir a un pasaje de Jeremías, en el cual se escriben cosas terribles contra los falsos profetas (23:9-40). Hacia el fin del pasaje, se discute el asunto del uso y abuso de la palabra «carga». En el curso de la discusión se hacen las preguntas humanas a las cuales la respuesta verdadera es la carga profética. Son éstas: «¿Qué te respondió Jehová?», y «¿qué habló Jehová?» Una carga profética verdadera es, pues, la respuesta a estas preguntas; y el profeta mismo las contesta. A la luz de esta afirmación volvemos a la carta a los hebreos: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los Profetas, en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo, a quien designó heredero de todo.» (Hebreos 1:1, 2 ) El Hijo, pues, es el verdadero Profeta de Dios, y todos los profetas de la Era cristiana dan la respuesta a la humanidad cuando ésta inquiere: «¿Qué ha dicho Jehová?»

Esto, pues, se revela claramente en la carga del profeta cristiano. Es la de la Palabra de Dios, personificada en el Verbo encarnado, el Hijo de Dios, en el cual Dios ha hablado a todos los hombres, y a todas las edades todo lo que es necesario que sepan para la realización del propósito de Dios, que es también el destino verdadero y glorioso de la humanidad.

Esta Palabra del Profeta es declarar, aplicar, insistir. Su ministerio no es el del apóstol, ni el del evangelista, ni el del pastor ni el del maestro. Como hemos visto, la obra del apóstol es siempre la de prestar atención a la verdad misma. La del profeta es recibir la verdad del apóstol. Su profetizar en este sentido ha de ser apostólico. Como veremos, la obra del evangelista es la de proclamar perpetuamente las primeras cosas de la verdad; en tanto que la del pastor y maestro es la de instruir a los miembros de la iglesia en la verdad, para que puedan crecer por medio de ella. El profeta es más bien el hombre que se dirige a su época, declarando los derechos reales del Señor, y mostrando cómo afectan a los asuntos de los hombres. Es un gran ministerio, lleno de variedad infinita, cargado de responsabilidades solemnes y que rinde resultados que no se pueden expresar por medio de estadísticas humanas. La voz del profeta será acallada con frecuencia por el clamor de la oposición, pero su palabra permanecerá y será la Palabra de Dios, que no volverá a Él vacía.

El don ha persistido a lo largo de la Era cristiana, y es necesario todavía. Tanto si quieren oír como si no hay que proclamar a los hombres la verdad sobre ellos mismos, y sobre la vida, que la verdad está contenida toda en la Palabra de Dios, que halló su proclamación completa en su Hijo.

Ha habido y aún hay personas a las que se ha concedido este don específico. Su predicación se caracteriza siempre por aplicaciones nacionales y sociales, más bien que por la apelación de carácter individual. Esto no quiere decir que no tenga valor personal. Ciertamente, lo tiene, porque el verdadero profeta nunca olvida que la nación consiste en personas, y que sólo puede ser fuerte en proporción a la calidad de los individuos que la forman. Pero esto significa que el profeta es un hombre que ve claramente todo el movimiento de la vida humana, y su mensaje tiene que ver con todas las relaciones y responsabilidades humanas, y éstas como condicionadas dentro de la voluntad de Dios. El profeta, pues, no es llamado a detenerse con individuos. Ésta es la obra específica de los evangelistas, pastores y maestros. Ni tampoco está llamado a sistematizar la verdad. Ésta es la obra de los apóstoles. Él, conociendo esta verdad, y comprendiendo el hecho que los hombres sólo son perfeccionados cuando cumplen el ideal divino de la sociedad, les habla como un conjunto. Les habla de la historia, prescindiendo de los incidentes accidentales, cuando interpreta lo fundamental y esencial de la regla y ley divina. Hablará de la situación presente, sin discutirla desde ningún punto de observación humano, sino declarando el propósito y pensamiento divino. Predecirá el camino de Dios con los hombres en los días futuros, en tanto que está revelado en las Escrituras, evitando cuidadosamente toda especulación en cuanto a detalles no revelados.

El ministerio de los profetas es siempre necesario, pero lo es especialmente en días de tumulto y crisis en los asuntos humanos. Luego, cuando los hombres ya no saben dónde recurrir, él es llamado para proclamarles la Palabra del Señor tal como se halla en el Hijo de Dios. Al hacerlo, da dirección al hombre, con la cual, si la sigue, puede edificar de nuevo los lugares desolados y realizar todas las posibilidades de la sociedad humana como son conocidas sólo por Dios.

## C

### LA PALABRA COMO EL EVANGELIO DEL EVANGELISTA

La tercera fase del ministerio de la Palabra a que se refiere el apóstol es el de evangelista. Al tratar del tema del ministerio, generalmente definimos así su obra: El evangelista tiene que aplicar los aspectos de la verdad que inspiran esperanza. Declara los hechos del Evangelio. Es un hombre de vida y de amor.

Al volver a considerar este tema, nos detenemos ante todo en la palabra misma. Como en el caso de la palabra «profeta», la palabra evangelista viene a nuestro lenguaje por transliteración. Esto es verdad, también, de la palabra apóstol. El griego *vaggelísies* ha pasado a ser evangelista. El hecho interesante es, sin embargo, que ésta es una palabra nueva en la lengua griega, desconocida aparte del hecho cristiano. Es bíblica y eclesiástica, una palabra de la Biblia y de la Iglesia. Derivada de palabras conocidas, todas las cuales adquieren nuevo significado en su uso cristiano, esta palabra particular, describe a un hombre llamado a la tarea especial de proclamar el Evangelio, y fue creada para este uso sagrado. Seguiremos el mismo método para considerarla, tratando por orden, del don evangelístico, la función evangelística y el Evangelio evangelístico.

Al tratar del don referido por el apóstol, en su afirmación «a unos puso... como evangelistas», una vez más nos fijaremos en las sugerencias del grupo de palabras del Nuevo Testamento relacionadas con la idea. Hay tres: primero, *evaggelizo*, que es evangelizar, o predicar el Evangelio; segundo, *evvangelion*, que es el Evangelio, y tercero, *evaggelistes*, que es el evangelista. De éstas, las dos últimas son derivadas de la primera; en tanto que ésta está compuesta de dos palabras, *eu*, bueno, y *aggello*, dar nuevas, o anunciar. Así que evangelizar es proclamar buenas nuevas; el Evangelio es el mensaje de las buenas nuevas; en tanto que el evangelista es el que proclama las buenas nuevas. El concepto central de las palabras es el de un mensaje enviado por una persona a otra. Este concepto es llamado *eu*, que significa «bueno» o «alegre», y da carácter a la idea, ya que significa que es un mensaje que el que lo envía está contento de enviarlo y el que lo recibe, de recibirlo.

Cuando pasamos de las palabras en sí al uso que se hace de ellas en el Nuevo Testamento, hallamos que todos estos conceptos están presentes, y son intensificados y hechos superlativos por la naturaleza del mensaje que ha de ser proclamado. La fuerza de la idea es doble por todas partes. El primer elemento es el de la bondad de las nuevas. Son nuevas que dan gozo al corazón del que las escucha. Son nuevas de gran gozo para el pueblo. La grandeza de ellas, y el placer emocional de referirse a ellas, constituyen el primer elemento de su fuerza. El segundo elemento es el hecho de que son enviadas. Son noticias recibidas de Dios, que es quien las envía a los hombres. Es una revelación de su actitud hacia los hombres en su necesidad, en su pecado y en su aflicción. Su propósito para ellos es bueno, y tiene noticias para ellos de cómo se ha propuesto cumplirlo. Estas buenas nuevas Él las ha enviado. Estos hechos

constituyen el Evangelio, el mensaje de Dios, de capital importancia, de gran urgencia, de supremo deleite. Es importante porque es el mensaje de Dios; urgente debido a la necesidad humana; y deleitoso porque son buenas noticias, noticias que nos anuncian una liberación de males y penas.

El Evangelio es descrito de varias formas en los escritos del Nuevo Testamento, y las frases mismas son interesantes e iluminativas. En los Evangelios leemos de «el Evangelio del reino de Dios»; en los Hechos de «el Evangelio de la gracia de Dios», y de «el Evangelio de Cristo»; en el Apocalipsis de «un Evangelio eterno». Es posible que estas frases tengan valores dispensacionales, esto es, que sugieran las varias aplicaciones del Evangelio a las diferentes épocas o períodos. No tengo interés en seguir ahora este significado. Lo que me impresiona es la revelación que hallo en los diferentes aspectos de un Evangelio, porque finalmente sólo hay uno: el Evangelio. En la frase «el Evangelio del Reino de Dios» oigo la nota de autoridad. Las buenas nuevas son indudables, porque son una proclamación real, que viene con toda la majestad del trono detrás de ella. La frase «el Evangelio de la gracia de Dios», al instante me recuerda que el Rey es misericordioso y lleno de compasión, y que conoce que las buenas nuevas son un mensaje de amor insondable e infinito. La frase «el Evangelio de Dios» me hace recordar el hecho que el Rey es Dios, el que ama a Dios, y por tanto hace el sentido de autoridad de las buenas nuevas absoluto, y el darse cuenta de que es un amor que expulsa toda duda. La frase «el Evangelio de Cristo» habla de que está al alcance del hombre toda la gracia prometida en el mensaje, porque Él es Ungido del Padre, tanto como Rey como Sacerdote, de modo que por medio de Él los hombres pueden hallar su camino al Reino por medio del Salvador. Éstas son las impresiones generales que hacen los escritos del Nuevo Testamento al mencionar la idea. Consideremos un poco más en detalle el lugar de la idea allí.

Aquí empiezo con algunas notas incidentales, pero no menos interesantes e iluminativas. La idea no es frecuente en Mateo; el verbo se halla allí una vez, y el nombre cuatro. En Marcos el nombre sólo es mencionado una vez; es, sin embargo, la misma nota clave de su historia, como lo atestigua la primera frase: «Principio del Evangelio de Jesucristo». En Lucas el verbo es lo único que se encuentra; ya que está interesado de modo supremo con la proclamación del mismo. Juan no emplea el término una sola vez, excepto en el Apocalipsis, donde lo usa dos veces. En los Hechos se encuentra con frecuencia, y el verbo predomina, el nombre es usado dos veces y la palabra evangelista una. En las cartas de Pablo la idea es constante, y el uso del nombre y del verbo son comunes; la palabra evangelista se encuentra dos veces.

En la historia de la misión de nuestro Señor hallamos la palabra Evangelio usada por primera vez por Gabriel, en su mensaje a Zacarías, respecto al nacimiento del precursor: «He sido enviado a hablar contigo y anunciarte estas buenas noticias.» Fue usada otra vez por el ángel del Señor que dijo a los profetas: «He aquí os doy nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo.» Describiendo la predicación del heraldo Juan, Lucas la emplea al decir: «Con muchas otras exhortaciones anunciaba al pueblo la buena nueva.» Y en los Hechos, la primera referencia en orden a este aspecto del ministerio se halla en las palabras: «Y cada día, en el templo y en casa, no cesaban de enseñar y evangelizar (proclamar a Jesús como el Cristo.)»

Éstas son unas pocas ilustraciones, y se dan para mostrar este concepto de evangelización caracterizado por el ministerio de Juan, del mismo Señor y de sus primeros mensajeros. Todos ellos daban a los hombres la seguridad gozosa de que había buenas nuevas para ellos.

Cuando seguimos cuidadosamente la revelación en la historia, y en los escritos, no podemos por menos de observar la creciente aprehensión del contenido y valor del Evangelio de estos hombres. Llegaron a pensar y hablar de él como un glorioso evangelio, un evangelio procedente de Dios: «sus palabras son del siempre bendito Dios». Hallaron que sólo había un evangelio, porque si los hombres predicaban otros evangelios no eran evangelios. Demostraron, al predicarlo, que era poderoso, y no se avergonzaban de él, incluso en Roma. Comprendieron más y más que era un evangelio que ponía a prueba a los hombres, porque los dividía cuando lo oían en dos clases distintas: los creyentes y los incrédulos, es decir, los que eran elegidos para la vida y la gloria y los que eran sentenciados a la muerte y la vergüenza; la división y la elección resultaba de su respuesta al Evangelio.

El don del evangelista es la calificación especial que capacita al hombre para proclamar estas buenas nuevas a los hombres poderosamente y de modo que prevalezcan. Él da —como daba— evangelistas.

La función evangelística es, pues, de modo patente la proclamación del Evangelio. Su énfasis especial en la comisión de nuestro Señor se halla en Marcos: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura.» (Marcos 16:15.) En esta frase, «predicad el Evangelio», el verbo *evaggelizzo* no se emplea. El nombre *evagelion* va precedido por el verbo *kerusso*, que significa proclamar como un heraldo. La orden es la de proclamar las buenas nuevas. Así que la frase es rica en su revelación de la función del evangelista. La orden de proclamar el Evangelio da la nota de autoridad a la predicación evangelística. Habla de un Rey que la autoriza; considera el mensaje como autorizado; y

con ello crea la autoridad del mensajero. Este aspecto de la obra del evangelista implica el derecho de Dios sobre el hombre, y el consecuente deber del hombre hacia el mensaje que Dios le envía. Siendo el mensaje de gracia infinita, son buenas nuevas verdaderamente; viene del Rey, y por tanto no es algo que el hombre pueda tratar con ligereza. Del hecho de recibirlas dependen resultados de tremenda importancia. Si el profeta va al hombre con la fórmula de autoridad: «Así dice el Señor», lo mismo hace el evangelista, y esto no ha de olvidarlo. Ofrece un mensaje de gracia incomparable, pero es la proclamación de un gobierno eterno, con el cual el hombre no puede jugar. En realidad, el pecado que no tiene perdón es el de rehusar creer el mensaje, y con ello renunciar definitivamente al medio de liberación designado por Dios.

Pero volvamos a la otra palabra de la frase. Es el Evangelio que es anunciado de esta manera. El Rey envía un mensaje, pero es un mensaje de amor. El gobierno eterno hace una proclamación, pero es una proclamación de gracia, un ofrecimiento de perdón, liberación, restauración de todos los derechos perdidos. Este aspecto de la obra del evangelista implica la necesidad del hombre y la gracia de Dios. Y esto es un asunto supremo. La función del evangelista no es denunciar el pecado, ni es discutir el juicio en el sentido de castigo. Estas dos cosas tienen que ver con el curso de su predicación, pero ésta no puede terminar con ellas. Éstas no son las cosas que él ha sido llamado específicamente a hacer. Él es enviado a los pecadores, hombres bajo sentencia de castigo, para decirles que Dios ha hecho provisión para su perdón, purificación, liberación. El evangelista, pues, siempre va con gozo y alegría. Es un hombre que vibra con el tremendo hecho que Dios ha hallado una manera para que puedan regresar los exilados; y su predicación tiene que ser siempre exuberante de gozo como lo ha de estar su alma. Un evangelista sombrío, pesimista, es una contradicción en sí mismo. Un evangelista animoso, alegre, optimista, a pesar de que el hombre por sí sólo sea del todo impotente es lo natural; El evangelista sale con fe, amor y esperanza. Hablemos primero del amor. Sale en amor porque es el mensajero del Rey de amor y el mensaje que lleva es el mensaje del amor de Dios. El amor de Dios ha sido derramado en su corazón. El amor de Cristo le constriñe. Por tanto, ama a aquellos a quienes ha sido enviado, y esto a pesar de que son indignos en su contaminación y en su locura; por esto es el amor de Dios, el amor de Cristo. Sale en fe; que es fe en Dios, en su mensaje y por tanto en todos a quienes ha sido enviado. Como en los días de su carne la fe que el Hijo de Dios tenía en los hijos de los hombres era la misma inspiración de la fe de ellos en Él, lo mismo es todavía en todos los que son heraldos de su Evangelio. Y lo mismo vale en cuanto a la esperanza. El evangelista no conoce casos desesperados desde el punto de vista del poder de su Evangelio, y por tanto su tarea es inspirar; esperanza a los abatidos y deprimidos.

El evangelista va al mundo, esto es, a toda la creación que gime con dolores de parto; hace frente a la aflicción, los suspiros y el pecado; allí donde todos se originan, en el hombre; y su mensaje es la proclamación real de gracia. Publica las buenas nuevas de que lo que el hombre no puede hacer por sí mismo. Dios en Cristo lo ha hecho; y que por tanto hay esperanza Para el hombre, y por medio de él, cuando él pasa a ser en un sentido un nuevo hijo de Dios, para toda la creación bajo él.

Podemos considerar ahora este Evangelio que es Proclamado de esta forma. Este Evangelio está contenido en los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento. No deja de tener significado que la Iglesia los haya llamado los evangelistas. Dos de ellos eran apóstoles, y dos estaban íntimamente asociados con los apóstoles en su servicio. Con todo, la naturaleza de sus escritos apostólicos los hace evangelistas en el mismo escrito, pues la historia que ellos cuentan es la de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Esta historia es el Evangelio.

En el sumario de instrucciones final de Pablo a Timoteo, hallamos un párrafo limitado en sus extremos por dos mandatos: «Predica la Palabra», y «haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio (2.<sup>a</sup> Timoteo 4: 2-5). De nuevo, la Palabra es el Evangelio. El evangelista está haciendo su obra, no cuando está contando anécdotas, aunque éstas pueden ser de gran valor cuando son verdaderas y subordinadas; está haciendo la obra cuando están contando la historia de Jesús. Esto marca el límite de su mensaje. El límite no quiere decir que el mensaje haya de ser estrecho o superficial. Es tan amplio como el amor de Dios, y tan profundo como las necesidades espirituales más profundas de la humanidad. En la predicación de la Palabra por parte del evangelista, el énfasis es en el mensaje de Dios a los hombres, ya que ha de cubrir sus primeras necesidades, que son fundamentales. El Evangelio es el mensaje del amor de Dios a los hombres. El conjunto de ello está perfectamente resumido en las familiares pero sublimes palabras: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.» Esto es el Evangelio. Si esto es un resumen perfecto, podemos quizá hallar el análisis más perfecto de su contenido en las palabras de nuestro Señor referentes a la misión del Espíritu en el mundo, que pronunció ante sus discípulos en el curso de los discursos pascuales (Juan 16:8-11). Nos limitaremos, pues, a este pasaje, procurando entender su enseñanza principal.

Observemos primero los temas con los que el Espíritu trata en su ministerio en el mundo: «El Espíritu... redarguirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.»

Éstas son las cosas fundamentales para la conciencia humana, cuando el alma es despertada espiritualmente. Este despertamiento puede venir de mil maneras; puede venir una y otra vez, sin producir ningún efecto sobre la vida. Pero cuando viene, éstas son las cosas de las que es consciente el alma: pecado, justicia, juicio.

El pecado es primero un acto espiritual voluntario; y luego hay una experiencia que resulta del acto. El acto espiritual es de desobediencia. La experiencia que resulta es de ruina. El decir que el pecado es desobediencia implica dos cosas. De éstas, la primera se refiere a la relación de Dios al hombre; Él es soberano, y su ley es el verdadero estándar de la vida humana. La segunda es la de la relación del hombre a Dios; que el hombre es capaz de obedecer la ley de Dios, y en consecuencia que es responsable. El pecado, fundamentalmente, es, pues, el acto voluntario de desobediencia por parte del hombre a la ley del Señor Soberano al cual el hombre debe lealtad.

La experiencia de ruina resultante es la de separación del alma respecto a Dios. El resultado de ella es sufrimiento, y la parálisis, individual y social. El hombre está fuera de contacto con Dios, ha perdido el secreto del gozo y del poder; y por tanto es incapaz de realizar su vida personal y de relaciones. El alma del hombre despertada espiritualmente viene a darse cuenta de esto.

La justicia es primero una actitud voluntaria y luego es una experiencia resultante de esta actitud. La actitud espiritual es la de obediencia. La experiencia resultante es la de realización. El decir que la justicia es obediencia implica exactamente las mismas cosas que decir que el pecado es desobediencia; a saber, primero de la Soberanía de Dios, y segundo de la capacidad y responsabilidad del hombre. La justicia, pues, es fundamentalmente la actitud voluntaria de obediencia por parte del hombre a la perfecta, aceptable y buena voluntad de Dios.

La experiencia resultante de comprensión es la de comunión del alma con Dios. Esto da lugar a paz y gozo, por medio de la capacitación del Espíritu Santo, tanto individual como socialmente. El hombre en comunión con Dios posee el secreto del gozo y del poder; y así es capaz de realizar su vida de modo personal y en sus relaciones. El alma del hombre, despertada espiritualmente, llega a este estado de conciencia. Se da cuenta del pecado. El pecado es ser consciente de fracaso. La justicia le hace consciente del ideal.

El juicio es gobierno, acción ejecutiva, administración por parte de Dios. Es la actividad por la que realiza sus propósitos, establece y mantiene el orden. Marca, pues, el centro de la responsabilidad humana. La justicia en la vida humana es la relación recta con el juicio. El pecado es rebelión contra él, el cual, no obstante, no puede escapar de su actividad. El juicio, pues, en el caso del hombre, es la actividad de Dios, por la que Él premia al justo y castiga al malvado. El alma del hombre despertada espiritualmente llega a este estado de conciencia. Sabe que el juicio es activo.

Éstas son, pues, las cosas fundamentales de la conciencia humana espiritualmente despierta, son las cosas referentes a las cuales el Espíritu de Dios tiene un mensaje, un mensaje que Él entrega por medio de los evangelistas. Este mensaje es el Evangelio. El Evangelio es la palabra de la Cruz. La palabra de la Cruz es infinitamente más que la historia de la crucifixión. Es primero la historia del Verbo hecho carne; la presentación de la Persona de Cristo. Es, luego, la historia de la obra de Cristo, que incluye la cruz, la resurrección y la ascensión. Es finalmente la historia de lo que Cristo reclama: la declaración de su apelación que la Palabra de la Cruz hace a los que la oyen.

El Evangelio presenta primero la Persona de Cristo. Es Dios manifiesto, en su carácter, su ley, su actividad. Es también el Hombre revelado, en su capacidad, su obediencia, su realización. Es, por tanto, Aquel cuya presencia en la historia humana ha desmascarado el mal presentándolo como opuesto a todo lo que es Dios, y el secreto de la ruina humana. Todo esto es la primera parte del Evangelio, la luz en la cual el hombre descubre la verdad.

El corazón del Evangelio es la historia de la obra de Cristo, y de cómo Él pone al pecado, la justicia y el juicio en relación con Él. Volviendo a nuestro pasaje, hallamos su declaración a la cual hemos de prestar mucha atención.

«De pecado, porque no creen en mí.» En estas palabras nuestro Señor presenta su superlativo derecho a ser un perfecto Salvador. Al usarlas, dice que ha provisto una salvación perfecta para los hombres. Todo el hecho del pecado queda resuelto con ello. Él es capaz de perdonar, limpiar, restaurar. El pecado ahora tiene un nuevo significado. Es el rechazo del Salvador. Este Salvador es Dios, el Señor Soberano. El rechazar su gracia es, pues, el pecado final e irremediable contra su gobierno. El ceder a su gracia es el acto central de entrega a su gobierno. Es el acto que pone al alma en su actitud debida y recta. Ésta es la primera nota de las buenas nuevas, que declara que «Él murió por nuestros pecados».

«De justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más.» En estas palabras nuestro Señor presenta su superlativo derecho a la autoridad absoluta y al poder espiritual. No sólo murió por nuestros pecados, se levantó por nuestra justificación, y ascendió a la diestra del Padre, para recibir dones para los hombres. El hombre ya no le contempla con

los ojos de la carne, y puede ser llevado a una comunión viva con tal que en él se pueda realizar el ideal de justicia. Ésta es la segunda nota del Evangelio.

«De juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.» En estas palabras Jesús presenta su derecho superlativo a la victoria completa. El Fuerte más fuerte que el fuerte ha arrancado de la mano del enemigo el cetro; y a partir de entonces ejerce su autoridad ejecutiva, librando a aquellos que están atados, y avanzando siempre adelante hacia la consumación, cuando Él va a entregar su reino perfeccionado a su Padre. Éste es el fin de la nota final y triunfante del Evangelio.

El evangelista es llamado a declarar este mensaje, <sup>a</sup> ser heraldo de buenas nuevas, y además, a hacer valer los derechos de Cristo. Estos derechos son triples. Pide confianza, lealtad, cooperación. Fe en Él es la condición de la salvación; la lealtad a Él es la ley de la vida; y la cooperación con Él es la actividad de los suyos.

Con esto, pues, se revela el Evangelio del evangelista. Es la palabra de Dios que proclama su perfecta provisión en Cristo para las necesidades de toda la humanidad. El don es concedido todavía y es necesitado.

Una y otra vez la Cabeza de la Iglesia ha enviado a algunos evangelistas cuyos mensajes han captado la atención de las multitudes hasta el punto que naciones enteras han sido conmovidas hasta sus cimientos. Estas ocasiones han sido maravillosas. Es natural que suspiremos y anhelemos que estas ocasiones se repitan. Hemos de ser cuidadosos, sin embargo, para que estos anhelos y estas oraciones no nos hagan descuidar la obra de perpetua evangelización, para cuya ejecución se nos conceden los dones constantemente. Cuando Dios envía a Francisco de Asís, a Wesley, a Whitefield, a Jo-nathan Edwards, a Finney, a Moody y Sankey, gocé-monos y cooperemos con ellos; pero en estos días, cuando no hay ninguna personalidad destacada y conspicua con nosotros, reconozcamos y ayudemos con gozo a aquellos que muchas veces son almas oscuras y simples, que conocen el gozo del Evangelio y están calificadas especialmente par proclamarlo en los caminos ordinarios de una vida quieta y más regular. Y además, que todo hombre o mujer que posea este gozo y poder para el evangelismo, ejerza sus dones constantemente y sin descanso.

Si puedo permitírmelo, citaré una ilustración moderna de un éxito real en la obra evangelística. Me refiero a un hombre a quien he conocido íntimamente durante los años de toda una generación. Este hombre es el gitano Smith. Es uno de los grandes dones de Dios a su Iglesia. Me refiero a él sólo para decir que bajo Dios, sus éxitos son debido en gran parte al hecho que se ha dado totalmente al evangelismo. Nunca ha intentado hacer la obra de apóstol, de profeta, de pastor o maestro. Pero se ha entregado con devoción de mente, corazón y voluntad, tanto a la obra de entender el Evangelio, como de proclamarlo. Su popularidad amplia es algo accidental. Él nunca la ha buscado. Si hubiera sido así no hubiera conseguido un éxito tan conspicuo.

No todo evangelista es llamado a seguir sendas de servicio que resultan en popularidad. Todo evangelista es llamado a dedicarse a su mensaje y a su proclamación. Que el evangelista engrandezca su misión, al gloriarse en su Evangelio.

## D

### LA PALABRA COMO LA SABIDURÍA DEL PASTOR Y MAESTRO

En nuestro capítulo preliminar sobre el ministerio describimos a los pastores y maestros como «aquellos que reciben a los que son obedientes, y los pastorean e instruyen».

Esta definición se enlaza propiamente con la obra de los apóstoles, profetas y evangelistas. La enseñanza apostólica es la que el pastor y maestro interpreta y aplica a aquellos que han sido llevados a la comunión de la Iglesia. La obra del profeta resultará de modo inevitable en el paso de aquellos que la escuchan y son influidos por el mensaje a la Iglesia para su instrucción. A éstos va a ministrar el pastor y maestro, cuando presenta el camino de vida de modo más perfecto. Esta afirmación implica la verdad de que toda iglesia viva debe estar organizada de modo que se haga provisión Para aquellos que inquieren. Aquí la sabiduría de John Wesley se puso de manifiesto en que sus clases del tipo de sociedades fueron formadas para aquellos que inquirían, así como para aquellos que tienen una relación definida y consciente con Cristo. La obra del evangelista, que es específicamente la de proclamar el Evangelio y de traer a los hombres a una relación definida con Cristo exige muy especialmente la obra del Pastor y Maestro. Aquellos que son recién nacidos necesitan cuidado; y la obra de pastorear y enseñarlos es la del Pastor y Maestro. Así vemos que no hay conflicto en la naturaleza de los casos entre las diferentes fases del ministerio de la Palabra. Son complementarios. Nadie es completo sin los demás. Cada uno es completo en la obra de todos.

Esta frase particular del ministerio de la Palabra se define por medio de dos palabras: pastores y maestros. Estos términos son mutuamente interpretativos, como veremos. Hablemos de «pastor». La misma palabra puede referirse en el sentido espiritual: pastor de la iglesia; o es usada en sentido figurativo: del rebaño espiritual: «Yo soy el buen

Pastor.» Seguiremos el método de los estudios previos y consideraremos a su vez: el don pastoral, la función y la sabiduría.

Al considerar el don veremos primero las palabras mismas, para poder sacar sus sugerencias primeras y más simples. La palabra pastor procede del latín *pastorem*, que significa pastor, y se deriva del verbo apacentar, alimentar ganado. La palabra griega del texto, que se traduce por pastor, es la palabra *poimen*, que se traduce por pastor de rebaños, pero la afinidad de la misma es incierta. Se ha sugerido que viene de *poia*, hierba, y otros dicen que viene de una raíz que significa proteger. Nosotros podemos simplemente usarla como referida a apacentar y proteger a la vez la obra del pastor.

La palabra maestro es la traducción de la griega *didaskalos*, la cual deriva de *didasko*, que es la forma causativa del verbo *dao*, aprender. De ahí la palabra maestro que da el sentido exacto.

El uso de las dos palabras para describir un cargo, como hemos dicho, es debido a la naturaleza de la interpretación. En el nivel puramente natural, la palabra pastor tiene que ver con ovejas, y las ideas de apacentar y proteger son suficientes. Pero si se usa del rebaño de almas, hay que explicar la palabra maestro, que a la vez revela un modo especial de apacentar y de proteger.

Nuestro Salvador usa la expresión de la figura del Pastor aplicándosela a sí mismo, en Juan 10, y la idea procede de allí. El pastor conoce sus ovejas, y éstas le conocen a él. El pastor las vigila, esto es, las rige, y las guía para entrar y salir. El pastor busca pastos para sus ovejas. El pastor las defiende; si es necesario, pone su vida por ellas, para que puedan ser preservadas del lobo voraz.

En la obra de nuestro Señor como maestro tenemos la interpretación final del método. Él es el que imparte conocimiento, con cuidado, paciencia, de modo progresivo e intencional.

Así que la idea sugerida por la doble descripción es la de pastorear por medio de la enseñanza y de enseñar, en calidad de pastor. La obra del pastor se hace por medio de la enseñanza. Las ovejas han de aprender a conocer al Pastor principal, someterse a su guía, ampararse bajo su defensa, valerse de sus pastos, por medio de instrucción cuidadosa, paciente, progresiva e intencional. La medida en que esto se hace es la medida en que el Pastor es un maestro, el mismo enseñado en los caminos y sometido a la enseñanza. La obra de enseñanza ha de hacerse en el espíritu del Pastor. Ha de haber interés en conocer las ovejas, en ejercer autoridad verdadera sobre ellas, defenderlas a toda costa, y procurarles alimento a su sazón. La medida en que esto puede hacerse es la medida en que el maestro es un pastor, tan íntimamente en comunión con el corazón de Pastor del Señor, como capaz de alimentar a los corderos, guiar a las ovejas, alimentarlos a todos.

El lugar de la idea en el Nuevo Testamento está asegurado. La figura del pastor como la verdadera naturaleza de la autoridad y régimen se halla en el Antiguo Testamento, pero es llevada al Nuevo; y es aquí que se halla la interpretación final en la persona y obra de Cristo mismo. El empleo que hace Pablo de la palabra «pastores» aquí es la única ocasión en que la palabra pastor figura en el Nuevo Testamento para una persona distinta de Cristo. Lucas emplea la palabra cuatro veces en su Evangelio; no en el sentido directamente espiritual, sino en el de pastores que guardan sus ovejas por la noche en la vecindad de Belén. Mateo, Marcos y Juan lo usan sólo de Cristo. Al describir la actitud del Señor hacia las multitudes cuando ve que van siguiéndole de un lado a otro, allí donde Él se encuentra predicando o curando, Mateo dice: «Y Él fue movido a compasión por ellos, porque estaban afligidos y esparcidos como ovejas que no tenían pastor.» La afirmación implica claramente el hecho de que Él era el verdadero Pastor que necesitaban. Nuestro Señor, según Juan, afirmó que Él era «el buen Pastor». El escritor de Hebreos le llama «el gran Pastor». Pedro escribió de él «el Príncipe de los Pastores». Todo esto hace que la palabra «pastor» describa un cargo en el ministerio de la Palabra, muy sugerente y sagrado.

La palabra maestro es usada constantemente en los Evangelios acerca de Cristo mismo; y en los días de su carne la usaron de Él los amigos y los enemigos. Su obra de enseñanza es constantemente mencionada, y en el pasaje de Mateo que hemos citado previamente se afirma que era cuando Él iba enseñando de un sitio a otro que fue movido a compasión por las multitudes. Las verdades que pronunció son descritas constantemente como su enseñanza. Cuando llegamos a las epístolas hallamos esta idea de enseñanza presente de modo constante en relación a la obra del ministerio. En el pasaje a que nos hemos referido antes, en que Pablo está hablando de la unidad, espíritu y organización de la iglesia cristiana, usa la palabra «maestros» sola, para describir la tercera clase de los que Dios ha puesto en la Iglesia para cumplir su ministerio. Es de la mayor importancia, cuando pasamos a considerar la función de pastores y maestros, que estas dos ideas nos queden bien claras, ya que revelan el método y manera de la obra. Es la de supervisar e instruir a los miembros del rebaño.

Al considerar la función pastoral podemos cambiar la figura y emplear una común en los escritos del Nuevo Testamento, la de edificación. La obra de los pastores y maestros es la de edificación. En esta palabra hay valores

especiales en la interpretación de este tema. Nos viene de las palabras latinas *aedis*, un edificio, y *jicare*, hacer. Así coincide exactamente con la palabra griega que está compuesta de dos palabras, *oikos*, una casa, y *demo*, edificar. La idea de edificación es simplemente la de construir un edificio, con materiales adecuados. Este amplio concepto va siempre incluido. Se haga lo que se haga con el material, se hace en interés de todo el edificio. En la casa de Dios, cada individuo tiene que ser perfeccionado a fin de perfeccionar el conjunto. Los que son atraídos por el profeta, o enrolados por el evangelista, constituyen la primera materia. La obra del pastor y maestro es la de edificarlos en la Cabeza, que es Cristo, y así en el Cuerpo, que es la Iglesia. Es concedido a un grupo de personas que han oído, creído, obedecido, habiendo nacido de nuevo; por el acto del Espíritu Santo son ya miembros de Cristo, y por tanto miembros de la Iglesia; pero su vida es inmadura, su servicio es imperfecto. Volviendo a la figura que ya hemos usado, constituyen la materia prima, la misma materia necesaria, pero sin pulimentar. Necesitan mucha labor para adaptarlos al verdadero lugar y función en la casa de Dios. Ésta es la obra del Pastor y maestro. Esta obra puede ser descrita como la de pastorearles y enseñarles, de modo que vengan a la completa subordinación a Cristo, y de esta manera a la perfecta coordinación con la Iglesia.

Esta obra es importante, así que vale la pena considerarla cuidadosamente en ambos aspectos, recordando su conexión vital. Ni uno ni otra pueden darse separadamente. La perfección del individuo es con miras al perfeccionamiento de la Iglesia. El perfeccionamiento de la Iglesia sólo puede realizarse con el perfeccionamiento del individuo.

La subordinación del alma individual a Cristo exige tres cosas: Cristo ha de ser aprehendido de modo inteligente, adorado emocionalmente, y obedecido voluntariamente; y, como veremos, éste es el orden verdadero.

Cuando consideramos la obra del evangelista hablamos del contenido del Evangelio como revelado en las Palabras de Cristo en los mensajes pascuales. El mensaje del Espíritu se refiere al pecado, la justicia y el juicio, ya que estas cosas —fundamentales en la consciencia del alma despertada espiritualmente— son tratadas por Cristo. La visión del Señor al cual el alma se entrega por la fe, puede ser la de su suficiencia en todas estas cosas. O bien puede ser un aspecto sólo el que es captado. Puede ser que Él sea visto como Salvador del pecado primero. Puede que sea su poder para realizar la justicia que atraiga al alma. Puede que sea la gloria de su gobierno la que haga apelación al corazón. Hay un Salvador; y cualquiera que sea el aspecto de la llamada de la verdad al alma, sólo hay una fe, la de confiar en Él; y esta fe lleva a un bautismo en el Espíritu, por el cual el alma recibe el don de vida.

Ahora bien, en cada visión de Cristo va implicada toda la verdad; pero lo implicado nunca se ve inmediatamente. Esto es una experiencia progresiva y los resultados del pastorear y enseñar. A fin de llegar a una subordinación perfecta, esta aprehensión intelectual es necesaria; y la misión del pastor y maestro es guiar a este recién nacido a ella. Sin detenernos sobre este punto ahora, podemos recordar el deseo expresado constantemente por Pablo, especialmente en sus últimas cartas, de que los hijos de Dios tengan un conocimiento pleno de Cristo; y también el mandato de Pedro de que crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Esta aprehensión intelectual creciente resulta siempre en una adoración más profunda emocional. Cuando más perfectamente se le conoce, más asombrada queda el alma ante las sobrecogedoras maravillas de su gracia y su gloria; cuanto más profundo es el amor, más completa es la adoración. Si es verdad, como cantamos con frecuencia: «Algunos han perdido el amor que tenían», entonces es porque tienen que haber fallado, por alguna razón, en «seguir aumentando en el conocimiento del Señor».

Este amor profundizado inevitablemente se vuelve la inspiración de una entrega más completa a la voluntad del Señor, una lealtad más perfecta a su servicio. «Si alguien me ama, guardará mi palabra», dijo el mismo Señor.

De modo que es evidente que a fin de llegar a la subordinación completa de los creyentes individuales al Señor, lo que es de primera importancia es que le conozcan a Él. El darle a conocer a los miembros es la tarea suprema del maestro, y éste tiene que hacer su obra como un pastor, sabiendo, rigiendo, defendiendo, alimentando. Toda la concepción de esta responsabilidad individual es presentada de modo perfecto por Pablo en las palabras: «Amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre.» (Colosenses 1:28.)

Estas palabras respiran el verdadero espíritu y pasión del pastor y maestro. Se preocupa de modo preeminente de cada alma individual. Observemos este «todo hombre» que se repite tres veces. El pastor-maestro tiene que hacer mucho más que predicar a la congregación. Esto lo ha de hacer, sin duda, y su predicación ha de ser del tipo de la enseñanza. Pero «todo hombre» nunca es alcanzado en la enseñanza general. El pastor-maestro tiene necesidad de conocer personalmente a los individuos que forman su rebaño. Tiene que conocerlos uno a uno. Cada persona tiene sus propias inclinaciones, peculiaridades, problemas, tentaciones, capacidades. Por tanto, si cada persona ha de ser presentada perfecta a Cristo, hay que considerar a cada persona, orar a la luz de esta consideración, amonestar y enseñar en sabiduría en formas que se adapten a las necesidades particulares.

Todo esto proyecta luz muy clara y escrutadora sobre este tema de la obra pastoral, corrigiendo mucho de superfluidad moderna en ella. El verdadero pastor hará mucho más que visitas sociales a los miembros de su rebaño. Esto lo hará, también. Realmente, procuraré intervenir en los intereses de las vidas de su gente' para saber de ellos, no con miras inquisitoriales, sino por simpatía. Pero lo hará, no olvidando nunca que su obra particular es la de perfeccionarlos en Cristo, al amonestarlos cuando sea necesario, y siempre enseñándoles.

Pero de nuevo, todo esto hay que hacerlo con miras a traer al individuo y coordinarlo con la Iglesia. Puede decirse que la obra de perfeccionar a todo hombre en Cristo es, en sí misma, la de llevar a todo hombre a coordinarse con la Iglesia. Aunque esto es verdad, es, sin embargo, de la mayor importancia que este principio más amplio sea tenido en cuenta. En relación con esto, Pablo insistió, como el primer deber para andar como es digno de la vocación, que nos esforcemos con «diligencia para guardar la unidad del Espíritu» (Efesios 4:3). Esta idea entra en toda la enseñanza sobre el ministerio en su epístola. El objetivo del ministerio es el de «edificar el cuerpo de Cristo» (4:12); el propósito de toda articulación dentro del cuerpo de Cristo es el de «edificarse en amor» (4:16), y el objetivo de todo es «la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (4:13); que sólo puede ser realizada en toda la Iglesia. Sólo cuando se ve esto puede comprenderse la importancia real del crecimiento individual. El pastor y maestro, pues, ha de revelar a las almas bajo su cuidado el propósito para el cual existe la Iglesia; la importancia consiguiente de que sea un organismo perfecto; y la necesidad, por tanto, de que el miembro individual sea completo. En proporción al punto en que esto es captado se comprenderá la gloria de lo trivial, la responsabilidad de lo pequeño, la importancia de lo oscuro.

Quizá no hay nada en que la Iglesia haya fallado de modo más conspicuo que en la realización de esta unidad espiritual. Algunas veces se ha perdido totalmente de vista; y otras ha sido captada de modo falso. Con todo, es a la vez la gloria suprema de la Iglesia, y el secreto del poder de su misión, el que sea un organismo, en el cual ningún miembro puede fallar, sin que en la medida de este fallo se dañe el cuerpo y se impida el verdadero cumplimiento de su función en el mundo. Cuando una ruedecita no funciona en una maquinaria compleja, todo deja de funcionar de modo perfecto; como un eslabón débil en una cadena, hace la cadena débil; como un punto no protegido en una fortaleza, hace la fortaleza expulnable; lo mismo un miembro de la Iglesia que falle en comprender en visión y realizar en virtud su responsabilidad en la Iglesia, detiene el proceso de la misma. La ruedecita es para la máquina, y su perfección final es la de su relación al todo. Lo mismo el eslabón en la cadena. Igualmente, cada punto de una fortaleza. Lo mismo cada miembro de la Iglesia en la vida y el servicio es para la Iglesia. La obra del pastor, pues, siempre es la de coordinar cada miembro dentro del conjunto del cuerpo de creyentes.

En todo el ministerio de la Palabra no hay obra más importante que la de pastor y maestro y ninguna que requiera más consagración, celo y paciencia. El fallar aquí es abortar toda la labor apostólica, profética y evangelística. Es con esta convicción que he procurado tratar con mayor detalle el don y la función que en los casos anteriores; y es también porque en el orden natural de las cosas, en la historia de la Iglesia hay más que han recibido este don que cualquiera de los otros dones.

El título seleccionado para esta conferencia es el de la Palabra como la sabiduría del pastor y maestro. Una razón para emplear la palabra sabiduría en este sentido es la de su uso apostólico; especialmente la enseñanza de Pablo respecto a la misma, en su primera carta a los Corintios; y su declaración ya citada de la carta a los Colosenses de que la responsabilidad del ministerio es la de «amonestar a todo hombre y enseñar a todo hombre en toda sabiduría». La palabra *sofia* era perfectamente familiar en la edad apostólica, y las personas que leían estos escritos tenían un concepto claro de lo que quería decir. Aristóteles definió *sofia* como «excelencia mental en su sentido más alto y pleno». La sabiduría es inteligencia amplia y plena; no es meramente capacidad, sino conocimiento. La sabiduría es en realidad la suma total de la verdad. Fue en este sentido que Pablo usa la palabra cuando escribe a los Corintios diciendo: «Hablamos sabiduría de entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este mundo, ni de los príncipes de este mundo, que van desapareciendo, sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio.» (1.<sup>a</sup> Corintios 2:6.) A esta sabiduría, pues, se refiere cuando habla de «enseñar a todo hombre en toda sabiduría». Inmediatamente después de esta declaración tenemos una definición clara de esta sabiduría en la cual debe ser enseñado todo hombre en las palabras: «... el misterio de Dios, el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2:2, 3); y de nuevo en este mandato: «La palabra de Cristo habite ricamente en vosotros... en toda sabiduría.» (Colosenses 3:16.)

La sabiduría en la cual el pastor y maestro ha de instruir al rebaño de Dios es la de la Palabra de Cristo, porque en Él hay todos los tesoros de sabiduría y conocimiento. Para volver a una frase que consideramos en un estudio previo: «Como la verdad está en Jesús»; la sabiduría de la iglesia cristiana es la suma total de la verdad en cuanto esta verdad tiene su exposición en Jesús. Los valores prácticos de esta sabiduría son sugeridos en las familiares palabras: «Cristo

Jesús, hecho por nosotros sabiduría de Dios; para justicia, santificación y redención» (1.<sup>a</sup> Corintios 1:30). La sabiduría de Dios es una frase completa, el análisis práctico de la cual se da en las palabras «justicia, santificación y redención». La justicia es lo que es imputado al hombre, cuando se le quita su pecado; la santificación es la comunicación al hombre de la vida por la cual la justicia pasa a ser el principio victorioso de conducta; la redención es la implantación final de la enseñanza de Cristo en su venida, por la cual el juicio o gobierno de Cristo vendrá en su victoria plena y perfecta. Ésta es, pues, la sabiduría que el pastor y maestro tiene que impartir; y éstos son los propósitos por los que ha de ser enseñada.

Esta sabiduría está contenida en las Sagradas Escrituras, porque sólo en ellas tenemos los datos o literatura de Cristo. Esto es un hecho de gran importancia. No hay literatura cristiana que no sea el resultado de estos escritos del Nuevo Testamento, porque sólo en ellos tenemos la historia de Cristo. Por referencias y alusiones, Él está colocado en las historias del mundo; pero nosotros no sabemos nada de ellas sobre o quién fue Él, lo que enseñó, o lo que hizo. Para todo esto tenemos que acudir al Nuevo Testamento. El negar su exactitud es quedarse sin ningún conocimiento cierto de Él. Todos los triunfos espirituales y morales de los últimos dos mil años han sido ganados por creer en Cristo, tal como es presentado en estos escritos. Este asunto, sin embargo, no tiene por qué discutirse aquí. Tenemos la verdad sobre Cristo en estos escritos en germen y en norma. Está en ellos en germen. Es decir, que para su plena comprensión es necesaria una interpretación progresiva del Espíritu Santo. El significado de Cristo, de su Persona, de su enseñanza, de su obra, era mucho más profundo y más abarcativo de lo que sabían los hombres que escribieron los relatos. Incluso hoy, «todos los tesoros de sabiduría y conocimiento» escondidos en Él no han sido descubiertos. Hay ciertamente mucha más luz y verdad que ha de brotar de la Palabra de Dios.

Pero es necesario recordar que en estos escritos tenemos la verdad respecto a Cristo como norma. Es decir, que esta interpretación tiene que ser, por la naturaleza del caso, la exposición de sus propias afirmaciones; y no el añadir o quitar. Toda acción de la mente en sus intentos de captar el significado de la revelación tiene que ser vitalizado y corregido por la revelación. Si una interpretación hace necesaria la negación de alguna afirmación de los escritos, con esto basta para demostrar que es falsa. Una vez estamos de acuerdo en estas cosas, afirmamos que la sabiduría del pastor y maestro es la Palabra de Dios en su totalidad, tal como está contenida en las Escrituras de la verdad. Su objetivo, en el espíritu del verdadero pastor, es comprender, explicar, aplicar y poner en vigor esta verdad.

Así que concluimos nuestra consideración del ideal Primitivo llamando la atención sobre el hecho que en el otro ejercicio del ministerio de la palabra, sea apostólica, profética, evangelística o pastoral, se realiza la cuarta fase de la Palabra.

Ésta es la de la interpretación de la Palabra, primero en la preparación de los anales o testimonio; luego en su desarrollo progresivo; y en el instar insistente sobre sus derechos; de modo que en Cristo y por Cristo, la Palabra eterna, la vida, pueda ser puesta en armonía con la voluntad de Dios. Para esto, como para todas las revelaciones, se necesita el Espíritu de Dios, que es el único que conoce las profundidades de Dios, y Él siempre es un guía dispuesto para todos los que, llamados a la obra, se entregan a su iluminación.

Una vez dicho esto hay que añadir que el Espíritu de Dios en la interpretación, sólo actúa a través de esfuerzo penoso de aquellos que son llamados a interpretar la sabiduría de perfección para aquellos que han de ser presentados «perfectos en Cristo». Las palabras de Ruskin deberían ser consideradas cuidadosamente por aquellos que son llamados a su santo servicio: «La Palabra de Dios... no puede ser relegada a otro encuadernada en piel.» O de otra forma, lo que él escribió de «la mejor sabiduría del hombre» es más que verdadero de esta sabiduría: «Cuando consideras un buen libro has de preguntarte: ¿Estoy dispuesto a trabajar con estos pensamientos como un minero australiano? ¿Tengo el pico y la pala aguzados y estoy yo mismo en forma, con las mangas hasta el codo, y con buen ánimo?»

Cuando el pastor y maestro emprende su obra en este espíritu de dedicación completa, entonces el Espíritu Santo de consagración va a trabajar con él, y en su caso nunca será verdad que

*«Las ovejas hambrientas miran, pero no son alimentadas.»*

## Capítulo 3 LA APLICACIÓN MODERNA

### A

#### LAS CONDICIONES CAMBIADAS

Hasta ahora nuestro estudio ha sido bíblico en un sentido estrecho. El uso de la palabra estrecho no quiere decir que tratamos de dar excusas por lo que hemos hecho. Es más bien un reconocer los hechos. La estrechez ha sido intencional y vital. En este asunto, como en todos los demás: «Estrecha es la puerta, y angosto el camino, que lleva a la vida.»

Hemos visto el comienzo del ministerio cristiano de la Palabra, los tiempos de Jesús, los tiempos de los apóstoles. Hemos tratado del ideal primitivo. Algunas veces hay la sospecha de desprecio en el uso de la palabra primitivo. No hay justificación para este desprecio. La palabra significa simplemente primero o más temprano en su clase. Así que nos hemos preocupado de los comienzos, de los orígenes. Hemos estado en el manantial de los grandes ríos.

George Borrow, en su *Gales salvaje*, nos habla de cuando ascendió el Plynlimmon para ver las fuentes de los ríos Severn, Wye y Rheidol, le dijo a su guía:

«No sólo es necesario que vea las fuentes de los ríos, sino que beba de ellos, a fin de que más adelante pueda hablar de ellos en un tono de confianza y de autoridad.» Este raro orgullo del errático genio tiene su valor definido cuando se aplica a nuestros estudios. Hemos estado —he dicho— en las fuentes de los grandes ríos, y confío que hemos hecho más que mirarlos; que hemos bebido de ellos.

Las fuentes entre las gloriosas colinas de Gales, sin embargo, son sólo conocidas en toda su gloria, hermosura y fuerza en los ríos resultantes; y finalmente en su regreso al gran mar, del cual vinieron antes, a través del ministerio de nubes y nieblas, todo creado por el sol. Del mismo modo, para nosotros, la interpretación de estas cosas primeras tiene que buscarse, en último término, en todo el crecimiento y gloria que resulta de los ríos de gracia y poder.

Es de (la mayor importancia, pues, que recordemos la ley del desarrollo. La hemos visto ya operando en los tiempos primitivos, presentada en las referencias apostólicas al ministerio. No hay nada más patente en el libro de los Hechos que la revelación de la operación de esta ley en la empresa cristiana. En este libro vemos claramente que la iglesia primitiva estaba completamente libre de obstáculos en cuanto a la naturaleza de una política o método estereotipados. Cuando el Espíritu del Señor está en un punto, allí hay libertad; y entre otras cosas, esto significa ciertamente libertad para adaptar métodos a condiciones que cambian.

Es importante también, sin embargo, que recordemos que desarrollar no es destruir. Si lo captamos debidamente, la evolución siempre significa involución. No es una verdadera evolución que destruye la intención original o subvierte su orden. Por tanto, es apropiado que inquiramos hasta qué punto los ideales primitivos son practicables en las condiciones modernas.

Al tratar de este tema me propongo hacer dos afirmaciones (o hipótesis si se quiere) y después de cada una, haré una pregunta. La primera es que las condiciones han cambiado. La segunda es que las condiciones no han cambiado. La pregunta en cada caso puede expresarse con una palabra. ¿Cómo? A lo largo de estas líneas de consideración y de investigación podemos llegar a una comprensión de nuestro tiempo y de nuestra responsabilidad.

Al considerar el tema de las condiciones cambiadas estamos limitados, naturalmente, a lo que generalmente describimos como civilización. Hay todavía regiones en que las condiciones no han cambiado, lugares en que la civilización no está más avanzada que en los tiempos de Cristo y de los apóstoles; como hay todavía lugares en que el hombre vive en estado salvaje y en las tinieblas. Lo que nos importa aquí es las condiciones de civilización moderna, en cuanto ha avanzado desde los tiempos de Cristo y de los primeros predicadores de la Palabra. Nos limitaremos en nuestra búsqueda a tres puntos, a saber, la filosofía, la ciencia y el gobierno. Ni que decir tiene que sólo podemos dar una mirada muy general a estos puntos.

El estudio de la filosofía se puede decir que empezó casi seis siglos antes de Cristo. Platón declaró que la filosofía nacía de la oscuridad, y ésta es una definición apropiada, una reivindicación perfecta. El hombre empezó a estar descontento con las explicaciones tradicionales y míticas sobre la naturaleza y origen de las cosas y a buscar y descubrir la verdad. No es inexacto decir que la filosofía fue desde el principio un intento para contestar la misma pregunta que Pilato hizo a Jesús: «¿Qué es la verdad?» No es necesario para nosotros aquí intentar seguir la historia de los esfuerzos hechos para contestarla ni sería en realidad posible. Es una historia fascinante, la historia de la actividad más maravillosa del hombre, que sobrepasa todos sus inventos materiales, y aun la inspiración de ellos en sus logros más altos.

Empezando con preguntas que surgieron de la visión de las cosas tal como aparecían, esto es, los hechos físicos y manifiestos, pasaron a preguntas respecto a misterios internos, las cosas que no se ven, excepto en el sentido que las cosas materiales son expresión de ellas. El gran período de pensamiento creador terminó con la muerte de Aristóteles, unos trescientos años antes de Cristo. Éste fue seguido de casi dos mil años de relativa esterilidad. Los primeros ocho siglos de este período suelen describirse como el período de la filosofía grecorromana. Fue mucho más práctica que especulativa. Los principales movimientos fueron el epicureísmo, el estoicismo y el neoplatonismo; de los cuales, los dos primeros son principalmente éticos, en tanto que el tercero era más distintamente religioso.

Antes de la venida de Cristo se produjeron cuatro filosofías de vida principales: la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica. De éstas, la primera resultó en un ideal de ética ascético; la segunda, subordinando al individuo, intentaba realización de tipo social; la tercera, se volvió egoísta en su búsqueda del placer personal y el olvido de toda obligación relativa; en tanto que la última exigía un dominio propio que era en sí egoísta y se hizo fría y dura.

En la atmósfera intelectual influida en gran parte por estas ideas, Jesús y sus apóstoles ejercieron su ministerio; sólo que hay que recordar que era una temporada muerta y estéril incluso en estas cosas. Cuando Pablo predicó en Atenas, no estaba hablando a pensadores originales y activos, sino a hombres que estaban discutiendo palabras, y teorías de los pensadores muertos. Era un tiempo en que la mano muerta de un gran pasado descansaba sobre el pensamiento humano, y la filosofía se hallaba en estado decadente.

La ciencia, en nuestro sentido moderno, no había nacido todavía. Era un departamento de la filosofía. Bacon fue el padre de la ciencia moderna, con la introducción de su método inductivo, la aplicación de la facultad de la lógica a la consideración de los hechos. En los días de Jesús y sus apóstoles, los hebreos creían con toda simplicidad en la revelación de sus Escrituras respecto a la relación del mundo con Dios, interpretando esta revelación, con mayor o menor exactitud de la luz de las ideas de la época en que vivían. Estas ideas eran en gran parte nebulosas, y ciertamente distaban mucho de ser exactas, como la ciencia moderna ha demostrado. El concepto del universo era estrecho y su comprensión de la tierra, en comparación con la de hoy, infantil y pobre.

En cuanto al gobierno, baste decir que Cristo vivió en el período de la Pax Romana, la paz establecida entre las naciones bajo el régimen de Roma. En otras palabras, era un tiempo en que el mundo conocido había sido sometido por la fuerza y pacificado por un despotismo militar, que había usurpado todo gobierno, y pretendía una autoridad divina para sus emperadores. Era un período en que la humanidad se hallaba bajo la fuerza bruta. No había verdadera libertad bajo las cadenas, hacía carreteras, dirigían empresas comerciales, y sin darse cuenta de ello preparaban la nueva Era que había de amanecer. Era, sin embargo, un período de extrema crueldad, en el que la vasta mayoría de seres humanos eran realmente esclavos, y los que los gobernaban, a su vez, se veían obligados a vivir bajo el terror, hasta donde alcanzaba la mano del emperador. Era el día de un despotismo triunfante y de una revolución incipiente.

La filosofía era una discusión fútil de los grandes pensadores del pasado, sin un rayo de nueva luz, o un aliento de verdadera inspiración. La ciencia yacía informe en el seno de la filosofía moribunda, satisfecha de momento con suposiciones a base de un pensamiento imperfecto. El gobierno se había hundido en la impiedad y había pasado a ser un despotismo destructivo.

Bajo estas condiciones, irrumpieron en el mundo de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros de la iglesia cristiana. Sus métodos ya los hemos considerado, y también el contenido de su mensaje; los apóstoles declaraban la Palabra como verdad de Jesús; los profetas llevaban la carga de la Palabra de Dios; los evangelistas eran heraldos del gran Evangelio; los pastores y maestros recogían las almas ganadas de las tinieblas y muertas circundantes y las pastoreaban e instruían en la sabiduría de Dios. Con qué celeridad y "ué triunfos prosiguieron su ministerio ya lo sabemos. Pero las condiciones han cambiado mucho más de lo que pensamos como resultado de su labor. Vamos a considerar el cambio.

Primero, en cuanto a la filosofía El doctor Elias Compton, profesor de filosofía del College Wooster, ha dicho: «Aparte de Cristo, el mundo occidental no ha producido ninguna otra filosofía de vida que las cuatro: la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica. Los sistemas modernos son variantes de éstas, con injertos del cristianismo.» Ésta es una afirmación atrevida, pero no hay duda que es literalmente verdadera. Todo estudioso atento de estas filosofías del pasado descubrirá que todo lo que era excelente en ellas quedaba incluido dentro del alcance de la verdad cristiana, purificado de la escoria, y amalgamado en un todo completo, de lo que Cristo era en su personalidad, la Encarnación, y en su ética, el exponente. El largo período estéril en la filosofía humana duró desde la muerte de Aristóteles en 322 a. de J. hasta el tiempo de Bacon y Descartes, en el siglo xv de la Era cristiana. No era del todo estéril, porque en la enseñanza cristiana era activa, y estaba preparando el período moderno de actividad en que empezó hace trescientos años. Después del período estrictamente apostólico llegó el patrístico, con sus discusiones de lo apostólico. Éste fue seguido por el escolástico, que tuvo mil años de actividad.

Luego vino el período en que Bacon incitó la era de la ciencia; y bajo Descartes, la filosofía nació otra vez, y entró en su segundo período de actividad. La marcha del pensamiento filosófico durante estos trescientos años puede indicarse con los nombres de los hombres cuyas filosofías han contribuido algo a la suma total de los conocimientos humanos, y luego han pasado, cuando otras las han sustituido con más luz. Descartes, Hobbes, Spinoza y Leibnitz dirigieron el camino, como racionalistas puros, renunciando a creer otra cosa que lo que ellos consideraban axiomático, esto es, que no podía ser puesto en duda. Luego vino el período de los empiristas: Locke, Berkeley, Hume, renunciaron a aceptar nada como verdadero que no hallara ratificación en la experiencia conocida. Intimamente aliado con éstos se hallaba Kant, el crítico, cuya influencia creó un período en sí mismo, por su insistencia en las verdades puras, *a priori*, y finalmente en la piedra angular de la razón moral, la conciencia. Luego siguió el gran período del idealismo alemán, cuyos exponentes fueron Fichte, Schelling, Schopenhauer, y el último y mayor de todos, Hegel. Comte siguió a Hegel con el positivismo, declarando que el conocimiento sólo puede ser de hechos y de sus relaciones entre sí, con ello volviendo hacia atrás, el empirismo de Hume. Lotze volvió el pensamiento al reino del idealismo, al declarar que por fin el universo podía ser interpretado en términos de lo espiritual. Más recientemente tenemos la filosofía pragmática, de James y Dewey, los cuales declaran que el único modo de conocer es poniendo a prueba, por la experiencia.

De modo que puede verse que desde los días de Cristo y sus apóstoles, y como hemos dicho, en gran parte bajo su influencia, directa o indirectamente, la filosofía ha ido muy lejos, pero no ha alcanzado respuestas definitivas. Está todavía en un estado de flujo.

En cuanto a la ciencia, sólo tenemos que decir que durante los últimos trescientos años en que ha sido realmente una sección separada del pensamiento humano, ha hecho progresos maravillosos y ha dado a los hombres el conocimiento de un universo más vasto y mucho más maravilloso.

La ciencia y la filosofía durante una generación han estado en gran parte bajo la influencia de la teoría evolucionista, la cual se ha aplicado hacia atrás, a los comienzos de las cosas, y hacia adelante, a la inclusión de la realización última del destino. Que hay un proceso evolutivo en obra en el universo es algo admitido universalmente. Que basta con esto para explicarlo todo, lo niega de modo explícito la revelación divina y es puesto en duda por muchísimos. Sin embargo, las condiciones modernas son dominadas en gran parte por la teoría.

En cuanto al gobierno hallamos un cambio notable en las condiciones. A pesar del paso hacia atrás en la última generación, que culminó en la tragedia de la guerra mundial, y el intento de dominar el mundo por la fuerza bruta, nos damos cuenta de hasta qué punto el hombre ha avanzado hacia la realización de la supremacía de la autoridad de las ideas, y de las más elevadas: la verdad, la justicia y la compasión. Además, hoy los hombres se dan cuenta de la importancia de la libertad para todos, más bien que para unos pocos; con el corolario inevitable de la necesaria servidumbre a los principios de verdad, justicia y compasión para todos, a fin de que haya libertad para todos. Es bueno recordarnos que estas cosas más elevadas han sido claramente manifestadas en esta guerra mundial como se han visto las inferiores. Es por éstas que millones sufrieron y murieron. Aquí la influencia cristiana ha sido directa e inmediata. Todos estos conceptos más elevados son el resultado directo de la verdad cristiana.

En cuanto al intento de imponer la fuerza bruta sobre la humanidad como base del gobierno, hemos visto que ha sido derrotado en los campos de batalla con sangre y agonía. Esto no fue así hace dos mil años, bajo Roma, pero la última aventura no dio resultado. La victoria ha sido ganada con el poder de los conceptos del pensamiento humano que proceden de la Palabra encarnada, y fueron proclamados por los primeros ministros de la Palabra.

Pero la victoria no es completa. La batalla pasa al reino de las ideas y de su aplicación a las realidades de la vida. Ahora se está haciendo. Éste es el significado de las discusiones en el reino de la reconstrucción. Si la fuerza bruta pierde el cetro, podemos preguntarnos, ¿a cuyas manos ha de pasar? Si los impulsos desordenados de los hombres no han de ser controlados con los puños, ¿cómo han de serlo? Éstos son los problemas creados por las condiciones bajo las cuales ha de ser ejercido ahora el ministerio de la Palabra.

El predicador de hoy tiene que hacer frente a una edad de mayor iluminación, mayor conocimiento, y unos conceptos de la vida más altos, todo ello como resultado de la predicación de la Palabra según el ideal primitivo pero todavía tiene que hacer frente a un mundo que espera una autoridad perfecta y verdadera a fin de que realice el orden perfecto. Nos dirigimos, pues, a nuestro segundo punto, que era que las condiciones no habían cambiado. Aquí empezamos con una afirmación general. Es bíblica, pero es demostrada por toda la experiencia y es que la humanidad es esencialmente una y que en este sentido no ha cambiado. Es la misma en todos los siglos; y en todas las divisiones de razas, castas y credos; a pesar de esta variedad de costumbres, hábitos y maneras y de sus cambios constantes. La unidad esencial del hombre es la de su naturaleza espiritual.

De esta unidad siempre ha habido y hay todavía dos expresiones universales, a saber, la búsqueda de la verdad y el sentimiento de pecado. Éstas pueden ser descritas por otras frases, pero se hallan en todos los seres vivos, llámense como se llamen.

La búsqueda de la verdad es la inspiración de la educación en el niño, en el adulto, en la raza. Es simple, elemental, fundamental. En un niño se expresa mediante un eterno ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Qué? Es el deseo de saber. Se puede llamar curiosidad, espíritu inquisitivo, lo que se quiera, pero está presente; constantemente exigiendo, rehusando ser puesto en silencio. Es un hacer preguntas perpetuo, buscando entender secretos, llamando a puertas cerradas. Persiste en la edad adulta, y en todos los progresos del pensamiento y el poder, resultado de una decisión insistente a hallar cosas desconocidas y escondidas.

Esta pasión inveterada de la humanidad se expresa en revueltas y en investigación. Se rebela contra las costumbres, contra las tradiciones. Está decidida a hallar razón para las mismas; si no hay razón suficiente, se abre camino a espacios más amplios, a mayor libertad. Rehusa la servidumbre, a menos que la servidumbre se demuestre que es una condición para la libertad. Por tanto, desafía todas las sanciones, y exige que se reivindicquen a sí mismas en términos de la verdad, que son los únicos términos de las respuestas definitivas. No hay tolerancia para la filosofía, la ciencia ni la religión sin rehusan contestar a este preguntar, inquirir, llamar del alma humana.

Este espíritu universal del hombre va a considerar las sugerencias, examinar las hipótesis, averiguar acerca de las pretensiones, hasta que se prohíbe inquirir

más. Cuando ocurre esto, el alma se niega a someterse y echa a rodar la barrera como una impertinencia y un enemigo. Todo esto es para empujar el alma humana hacia los hechos, y finalmente, si sabemos cómo dirigirlo es para empujar el alma humana hacia Dios. La actividad del alma es la de investigar, y en ello a veces aparece inflexible; pero el alma nunca está en tanto peligro como cuando cesa el proceso, y se contenta con no saber, deja de preguntar, abandona la búsqueda.

Algunos dicen que este cesar en el esfuerzo es la condición moral de la humanidad. Sólo puedo contestar que no lo creo. Es posible que los hombres sigan luces falsas y busquen descubrir por métodos equivocados y desastrosos, pero en el fondo de la naturaleza espiritual del hombre esta búsqueda es poderosa y persistente.

Hay que añadir, sin embargo, que esta búsqueda de la verdad no es en sí misma el hallazgo de la verdad. Todo descubrimiento crea nuevos problemas, más complejos que los que han sido resueltos por la investigación. Más allá del alcance de la mente finita hay espacios vastos que no pueden ser descubiertos, y en los que sólo se puede entrar por la revelación, la entrega de los secretos ha de ser desde dentro. Sólo son cedidos como respuesta a la investigación cuando se sigue la línea verdadera; pero incluso entonces, tienen que ser dados desde dentro, o no se pueden encontrar. Cuanto más sincera la búsqueda de la verdad, más apta para aprender es el alma. Cuando no se puede enseñar a un alma es porque ha cesado en la investigación. Se ha detenido a mitad del camino del hogar, lo que quizá se llame agnosticismo. El contentarse con la ignorancia, esto es, con el agnosticismo, es la parálisis del espíritu. Con todo, incluso cuando el hombre se ha detenido así, permanece la capacidad. ¿Pueden vivir estos huesos?, puede ser nuestra pregunta al mirar a estos hombres; pero la respuesta de la Biblia, y la respuesta de la experiencia es que por el aliento del Señor pueden vivir. Ésta es una fase de los hechos que no han cambiado ni pueden cambiar en las condiciones humanas.

El dejar las afirmaciones aquí sería reconocer un hecho, pero no haber comprendido todo el hecho. Al lado de esta búsqueda de la verdad hay el sentido del sentimiento de pecado. Esto puede también describirse por medio de cualquier otra frase. El hecho permanece. Es el hecho de la servidumbre permanente de la humanidad, su parálisis persistente. El hombre que desea una verdad cede a una mentira; esforzándose por el bien, no está a la altura de realizarlo. Este sentimiento tiene muchos métodos de expresión, a veces extraños. Algunas veces se expresa por medio de una negativa vehemente. Una negativa así es válida cuando opera en el reino de la teoría y de la terminología formulada. Un hombre puede negar el pecado, pero admitirá que se desvía de la veracidad estricta, se aparta del reino de lo más alto, o por lo menos confesará que no ha sido capaz de realizar su propio ideal de la vida humana. Puede intentar consolarse diciendo que nadie ha realizado el ideal, pero esto no cambia la naturaleza de su admisión. Algunas veces el sentimiento de pecado se expresa en los intentos de excusarlo. Esto puede hacerse achacando la culpa a otros —un método humano muy viejo— o declarando que es una parte necesaria del proceso de desarrollo, un método más moderno. Estas excusas no eliminan el hecho. Con mucha más frecuencia de lo que nos imaginamos, el sentimiento de pecado se expresa dentro del alma en una agonía dolo-rosa, nacida de la conciencia de la contaminación, y de la consiguiente incapacidad. Sea la que sea la expresión, permanece el hecho a que Pablo dio expresión de una grande y elemental conciencia humana cuando escribe: «Cuando quiero hacer lo bueno, el mal está en mí.»

Es posible que alguno se burle de la cosa; o puede ser tolerado como inevitable; es posible que cause una agonía perpetua; está ahí, un darse cuenta persistente de la humanidad, en todas las edades, todas las condiciones, a pesar de todos los intentos humanos de resolverlo y eliminarlo.

¿Qué efecto tienen los cambios que hemos considerado sobre estas cosas no cambiadas de la experiencia humana? Toda la luz aumentada en que vivimos, filosófica, científica y gubernamental sólo ha servido para revelar nuestra ignorancia de modo más profundo.

La filosofía no nos ha dado el secreto final, la ciencia no ha resuelto el enigma del universo. Los hombres se hallan todavía, tan lejos como siempre, con su sabiduría sin ayuda, del conocimiento que trae descanso porque ilumina la mente y da descanso en medio de los problemas no resueltos. Realmente, es dudoso si ha habido nunca tanta inquietud en el reino del pensamiento humano como hoy. Los hombres están llenos de angustia mortal, porque son menos ignorantes de lo que eran, debido a que su acceso al conocimiento ha significado el descubrimiento de misterios más vastos de lo que el hombre había imaginado.

La luz más clara en el gobierno humano, individual, social, nacional, sólo ha servido para hacer al hombre más consciente del terrible poder del pecado y la borrosa corrupción de la vida humana. Las cosas que han cambiado son después de todo cosas accidentales en la vida. Lo esencial no ha cambiado, y nos recuerda constantemente que el ideal primitivo de predicación era fundamentalmente el que tenía que ver con estas cosas esenciales. Se puede decir con confianza que nuestro Señor y sus apóstoles, profetas, evangelistas, no profesaban tener tratos con la filosofía, la ciencia o el gobierno. Todos éstos estaban incluidos en su mensaje; todos han sido afectados por su ministerio; pero los apóstoles y sus seguidores han tratado directamente, invariablemente, con estas cosas esenciales del alma. Salieron para dar respuesta a esta búsqueda para hallar la verdad, mediante la revelación del Dios de la verdad; y para entenderse con el sentimiento de pecado proclamando el Evangelio como medio de liberación. El resolver estos puntos esenciales es controlar los accidentales; y éste era el objetivo del ideal primitivo en el ministerio de la Palabra.

No hay nada que sea más evidente por sí mismo en ninguna consideración de la historia del ministerio cristiano de la Palabra, que el efecto que ha producido en las condiciones humanas. Ha inundado de luz todo el reino de la búsqueda filosófica, introduciendo nuevos elementos, que ha sido imposible que los filósofos pasaran por alto; y que han asegurado un avance en la inteligencia humana que es una de las cosas más maravillosas de la historia humana. Ha ganado para los hombres la libertad de investigación que ha sido el secreto de toda actividad y descubrimiento científico. Ha tocado el espíritu humano con este sentido de su propia grandeza inherente, que ha dado por resultado la protesta contra toda forma de tiranía que retiene esclavos a los hombres.

Así, el ministerio de la Palabra ha de ser ejercido hoy en condiciones cambiadas, que son los resultados de este mismo ministerio, tal como empezó con Cristo, fue continuado por los primeros apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros; y ha sido mantenido con eficacia y fuerza variable, por la sucesión larga e inspirada de los que han sido llamados a la obra sagrada hasta ahora.

## B

### LA OBLIGACIÓN NO CAMBIADA

En este estudio volvemos a la posición bíblica más estricta, esto es, la del cristiano Reconociendo la persistencia en la experiencia humana de una búsqueda de la verdad, y de un sentimiento de pecado, nacemos frente al tema de la obligación.

Si estos hechos de la experiencia permanecen y no tenemos que discutir esto ya; y si el depósito de la iglesia cristiana es el de la Palabra de Dios, que satisface estos hechos de experiencia y ésta es la suposición en que está basado el ministerio cristiano, entonces el hecho de la obligación es patente. Nuestra obligación final es la de predicar la Palabra. Pienso ir a la consideración de este asunto, por medio de una breve discusión de las obligaciones más amplias humanas que hacen necesaria esta predicación.

De éstas, la fundamental es que el hombre esté justificado delante de Dios. Ésta, para el cristiano, es la filosofía básica de la vida. Está basada en dos puntos que constituyen las cosas más simples y básicas de nuestra creencia, y son la naturaleza del hombre y el carácter de Dios.

La doctrina bíblica del hombre es que es la creación de Dios; que su creación fue un acto separado, por medio del cual —aunque relacionado con todo lo que hay debajo de él en la escala terrena de ser— ha sido colocado a una distancia infinita de estas formas inferiores, y se le ha dado el derecho y el poder de reinar sobre ellas como representante ante ellas del Dios de quien todos proceden; que la naturaleza de este acto fue el de darle el aliento de vida, por el cual el hombre desciende de Dios en la imagen y semejanza divinas.

Este concepto del hombre implica por necesidad la convicción de que en el hecho más profundo de su personalidad, que es espiritual, tiene en su misma naturaleza la relación más íntima con Dios; una relación que ha de ser mantenida si el hombre ha de realizar su propia vida, cumplir su destino, hacerse en la experiencia lo que es potencialmente. Esta necesidad permanece sea la que sea la condición en que se encuentra. No hay nada que pueda reemplazar en la vida espiritual del hombre su acceso directo a Dios, y tratos con Él, sin que el desastre de la peor clase acaezca en su experiencia. Además, donde el desastre de este tipo ha tenido lugar, no hay nada que pueda restablecer al hombre a esta relación con Dios que ha perdido. Todo esto, como hemos dicho, no está basado en una ley impuesta sobre el hombre aparte de los hechos de su naturaleza; es inherente en su naturaleza. El estar separado de la vida de Dios es ser destruido.

La doctrina bíblica en cuanto a la naturaleza de Dios es que Él es amor. Ésta es la verdad final y definitiva. Aunque ésta es la revelación final de la Biblia respecto a Dios, necesitamos la interpretación bíblica del amor, o de lo contrario nos desviamos del camino en nuestra exposición de la verdad. Dios es santo y justo, lo mismo que es misericordioso y lleno de compasión. Todas estas cosas son así debido a su amor. Siendo así, el hecho que la primera obligación de hombres es establecer una relación recta con Él es todavía más patente. El ser justo delante de Él es realmente el ser conformado a su semejanza, participar de su naturaleza; es ser amor, y un amor que sea santo y justo, misericordioso y lleno de compasión. Éstas son las cosas que hacen la vida personal realmente fuerte y hermosa, y aparte de las cuales la compañía humana nunca puede ser llevada a la perfección de la realización.

En sus *Gifford Lectures* sobre «Las variedades de la experiencia religiosa», el profesor James dio su conclusión final con estas palabras:

«Nosotros y Dios tenemos asuntos de qué tratar, y al abrirnos a su influencia se cumple nuestro destino más profundo.»

Esta conclusión del filósofo moderno es el punto de partida de la creencia cristiana revelado en las primeras páginas de la Biblia.

La obligación fundamental que descansa sobre el ministerio cristiano de la Palabra, es, pues, el de traer a los hombres al sentido de este hecho, y a la voluntad de rendirse a él. Lo que pasó casi a ser el lema de un movimiento evanélístico reciente, y que causó enojo a algunos y del que se burlaron otros: «Pon tus cosas en orden con Dios», es una breve declaración del secreto más profundo de la vida humana.

Este asunto tiene aplicaciones individuales y sociales. El tener las cosas en orden con Dios significa la realización de todas las capacidades esenciales de la personalidad. Dejando por un momento la cuestión del pecado totalmente, decimos que un ser humano que vive en la relación recta con Dios es aquel en quien no hay poder natural alguno atrofiado, ni capacidad natural abortiva ni propósito natural sin cumplir. Es un poco difícil pensar en esto así en el reino del ideal, porque no tenemos conocimiento de qué condiciones serían las que prevalecerían si no hubiera habido ningún fallo. La única indicación que tenemos de ello son las condiciones primitivas del jardín. Allí, sin embargo, el hombre falló. El único Hombre que vivió su vida en una relación recta con Dios desde el principio al fin fue el Hombre que vivió en las condiciones imperfectas resultantes del pecado. Si el primer Adán hubiera vivido espiritualmente como vivió el último Adán, toda potencia de su ser habría sido realizado y gobernado por la perfecta voluntad de Dios, todo lo que había bajo él habría sido perfeccionado en ser y uso por el hecho sagrado y deleitable de poner toda su energía en la obra de comunión con Dios. Éste es el objetivo de oro, el suceso divino distante, hacia el cual se dirige toda la creación a medida que va girando en sus ciclos en el tiempo concedido por Dios. Hoy hay que recordar a todo hombre que el tener una relación recta con Dios significa esto. El último Adán, nuestro Señor y Salvador realizó esto a la perfección en su propia vida personal. Hubo limitaciones, vaciamientos, impuestos por Él mismo en su humanidad, como resultado de su vida en un mundo en ruinas; pero en lo que fue posible dentro de estas condiciones, su vida humana fue rica, plena y perfecta.

Al pensar en los hombres de hoy, es necesario hablar de saldar cuentas con Dios, antes de hablar de ser justo ante Él. Además, hay sentido en los cuales este saldar cuentas va a continuar a lo largo de todo el peregrinaje de la vida. El entrar en una relación recta con Dios, pues, significa la realización de nuestras capacidades a pesar del pecado. Esto es para el hombre de hoy una obligación personal fundamental, pero es también la imposibilidad final, aparte de la actividad de la gracia divina, por la que el hombre nace de nuevo, y así es capacitado al final para la realización de su personalidad en la relación recta con Dios.

En todas estas consideraciones, el propósito de Dios para la raza no debe perderse de vista. En el propósito divino, la humanidad no es un agregado de personas que viven vidas separadas e independientes. Es una familia, una comunidad, por medio de la cual Él realiza sus fines, que nosotros no podemos ver o conocer todavía, pero que son ciertamente más amplios que esta tierra, y más extensos de lo que nosotros hablamos como tiempo. La obligación

fundamental sobre la que el ministro de la Palabra ha de insistir, y para cuya realización ha de indicar el camino, incluye la regulación de la vida humana en sus relaciones sociales. Esto empieza dentro del círculo familiar y se extiende en círculos concéntricos, hasta que toda la raza humana queda incluida en su influencia. Esto es a la vez la primera idea que hay que recordar, y el resultado final que hay que conseguir.

Esto nos lleva a la segunda fase de la obligación, que podemos describir como «procesional», es decir, que afecta a los procesos por medio de los cuales ha de ser realizado el propósito divino de poner a la humanidad en su relación recta con Él mismo.

En conjunto, podemos decir que, para esta edad, es el de crear y condicionar una sociedad en la cual esta rectitud de relación se realice y se revele. Se verá al instante que ésta es la exacta descripción del mismo propósito por el que existe la Iglesia de Dios en este mundo. La Iglesia es la casa de Dios, la Iglesia del Dios vivo, y como tal, es una columna y base de la verdad; esto es, es el instrumento por medio del cual la luz de la verdad brilla en el mundo. Ha de ser el ejemplo, y es de esta manera el testigo de la posibilidad de que los hombres que fallan pueden estar en la relación recta con Dios, y hallar su camino a la relación recta consigo mismos.

Aquí también, por necesidad, la obligación empieza en el individuo y sigue a la sociedad, o sea, la Iglesia. Los miembros de la sociedad tienen que ser todos los que conocen a Dios y así están en perfecto reposo. Tienen que ser los que están en comunión con Dios, y por tanto no cesan en su trabajo. Por tanto, los que constituyen la membresía de la Iglesia, la nación santa, deben ser los que han sido redimidos de la contaminación y parálisis del pecado, y los que participan de la vida de Dios por medio de Aquel que vino para dar su vida para los hombres y para que la tengan en abundancia.

Además, el mero congregar individuos, el multiplicar su número no es bastante. Hay que entrenarlos en toda la experiencia de una sumisión así al Señor, tal que dé como resultado la manifestación de la gloriosa libertad del Reino de Dios.

Todo este asunto de la obligación en cuanto al proceso es de la mayor importancia, y no podríamos exagerarla. El principio implicado es que la Palabra de Dios sólo puede ser aprehendida por el hombre en tanto que es encarnada. Ésta es la razón de la encarnación. Sólo cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre los hombres, éstos contemplaron su gloria y llegaron a una verdadera aprehensión de su mensaje. Fue cuando el Señor abrió el entendimiento de sus discípulos después de Pentecostés, mostrándoles la relación de sus Sagrados Escritos consigo mismo que comprendieron las Escrituras. El valor del Nuevo Testamento es el crear una presencia de Cristo que, proyectándose sobre los escritos, los ilumina. La exposición más poderosa y prevaleciente de estos escritos no es nunca la interpretación escrita o hablada. Es la del testigo viviente. Es en proporción al punto en que el Cristo del Nuevo Testamento ha sido formado en las almas individuales, y manifestado por la comunidad que participa de su vida, que Él puede llevar a cabo el propósito de su corazón y guiar a otros hombres a la relación recta con Dios, y con ello exhibir en la historia humana la gloria real del ideal divino para la humanidad. La fuerza de la sociedad divina es la fuerza del testimonio divino; y la fuerza del testimonio divino es el proceso del propósito y obra divinos.

Si la primera obligación es que el hombre se ponga en la relación recta con Dios; y la obligación en cuanto a procesos es que haya una sociedad en la cual se realice y se revele esta rectitud, se sigue que la obligación última se refiere a todo el mundo. Puede ser expresado en las palabras de nuestro mismo Señor en su oración intercesoria, cuando oró por la unidad de su Iglesia y dijo: «Que el mundo pueda creer» y «que el mundo pueda conocer» (Juan 17:21, 23)

Éste es el propósito inmutable de Dios, y éste es un propósito que significa santificación perfecta para las necesidades del mundo, en el hombre y por el hombre. La palabra que empleó nuestro Señor en cada caso fue la palabra *Kosmos*, que muestra que aunque su obra es de modo preeminente en favor del hombre, obraría por medio del hombre y en favor de toda la creación. Esta frase, «toda la creación», es el equivalente de Pablo por *Kosmos*, en la carta a los Romanos, cuando habla de los gemidos y anhelos en espera de la revelación de los hijos de Dios. Ha sido para satisfacer esta amplia necesidad que Dios ha actuado en la revelación de sí mismo, sea en las diversas maneras en que habló en el pasado, o por medio de la palabra final a través del Hijo en estos días. Sólo cuando se tiene a la vista el mundo, y se recuerda el propósito de Dios la Palabra de Dios podrá ser viva y poderosa en cualquiera de sus formas. En este asunto, no hay hombre ni comunidad que pueda comerse su pedazo a solas.

Si consideramos este propósito mundial un poco más plenamente tal como se expresa en estas palabras sublimes y simples a la vez de nuestro Señor, descubriremos de qué modo tan exacto cubre las necesidades humanas, como descubrimos cuando tratamos de las condiciones no cambiadas. Entonces dijimos que persiste en la historia y experiencia humana un hecho espiritual doble, que describimos como la búsqueda de la verdad, y el sentimiento de pecado. Las palabras de nuestro Señor indicaron el propósito divino en cada uno de éstos, pero en el otro orden. El sentimiento de pecado es resuelto mediante la creencia; la búsqueda de la verdad es contestada mediante el

conocimiento. Éste es el orden necesario en la experiencia humana, porque el hombre sólo puede entrar en el conocimiento en su plenitud cuando es quitado de en medio el pecado.

El sentimiento de pecado es un sentimiento de contaminación y parálisis, como hemos visto. La palabra del Evangelio es una palabra que promete perdón y vida. Esto en cada caso es una promesa que sólo es posible creer si viene de Dios. Cuando los críticos de nuestro Señor dijeron: «Nadie puede perdonar pecados sino sólo Dios», dijeron una verdad perfecta. Cuando nuestro Señor afirmó que el don de vida ha de ser un don de Dios, nadie pudo disputárselo. La cuestión para el hombre es, pues, si Aquel que trajo el mensaje había sido enviado por Dios. El traer el mundo a esta creencia es el propósito último de Dios, porque por medio de esta fe el hombre puede tener el sentimiento del perdón y la experiencia de la vida plena y poderosa. El único pecado para el cual no hay perdón, y que es un pecado que persiste, es el de rehusar creer en Aquel a quien el Padre envió. A éste ,sus palabras le dan testimonio: «De pecado, porque no quieren creer en mí.»

La búsqueda de la verdad es una búsqueda de conocimiento. Es una rebeldía en contra de toda autoridad y limitación que no sea final e inevitable. Es, como hemos dicho, en último análisis, lo que empuja el alma hacia Dios. La afirmación de Jesús de que era la Verdad era su afirmación de que en Él los hombre pueden hallar a Dios. Esta afirmación sabemos que la hizo constantemente y con tal énfasis y claridad que no podemos equivocarnos en su significado. La cuestión para el hombre, entonces, es si Aquel que hizo esta afirmación era realmente de Dios. El traer el mundo a este conocimiento es el propósito definitivo de Dios; porque en este conocimiento los hombres pueden encontrar la respuesta a todas sus preguntas sobre el significado de la vida, su origen, su desarrollo y su destino. El conocer a Dios tal como ha sido revelado en su Hijo es haber hallado el secreto del conocimiento. El crecimiento en Él ha de ser gradual, y lo es, pero no hay puertas cerradas, no hay vallas ni barreras. A partir de este conocimiento y en su luz, el hombre puede seguir adelante para perfeccionar sus logros intelectuales. De esto nos dan también testimonio las palabras del Señor: «Ésta es la vida eterna, que te conozcan, el único Dios verdadero y Aquel a quien tú has enviado, a saber, a Jesucristo.» (Juan 17:3.)

Implicado con todas estas cosas está el hecho de que la obligación inmediata de la Iglesia es que la Palabra sea predicada para estos fines; para que el hombre pueda estar en relación recta con Dios; a fin de que pueda ser creada la «sociedad» a través de la cual sea revelada la naturaleza de esta rectitud; y a fin de que el mundo pueda creer y conocer.

Apenas es necesario que entre en detalle en esta serie de estudios argumentando sobre la importancia de la predicación en sí, como método que hace dar a conocer la Palabra. Éste no ha sido nuestro tema. Se ha tenido como un hecho desde el principio. Sin embargo, es una cosa tan vital que por lo menos podemos dedicarle unos momentos.

Todo el tema, en conjunto, y podríamos decir de modo exhaustivo, es tratado en un pasaje de la carta de Pablo a los Romanos (10:13-15), en el cual la dependencia del hombre de la predicación es afirmada de modo absoluto; el método y el valor son revelados; y se declara lo que es esencial para el éxito en la predicación. Es tan importante que voy a citarlo entero:

«Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no han sido enviados?»

En la afirmación inicial se sugiere la primera necesidad del hombre y se declara la forma en que ha de ser cubierta. La necesidad es la salvación. Esto es, el dar respuesta al sentimiento de pecado y la búsqueda de la verdad, que lleva al hombre por medio del perdón y la vida al conocimiento. La declaración es que los hombres reciben esta salvación cuando invocan el nombre del Señor.

Esta afirmación va seguida de cuatro preguntas sucesivas. La primera muestra que los hombres invocarán sólo al Señor si creen en Él. Naturalmente, esto califica la idea de invocar el nombre del Señor, y muestra que es mucho más que un asentimiento intelectual o formal. Es el invocar el nombre de Jesús como Señor, que implica el entregar el alma a Él y que, en su carta a los Corintios, Pablo dice que nadie puede hacerlo de no ser por el Espíritu Santo.

La segunda pregunta muestra que el nombre no puede creer en alguno de quien no haya oído. Luego viene la pregunta que revela la suprema importancia de la predicación, ya que hace depender de la predicación el oír del Señor. La palabra usada por predicador y predicar aquí es *kerusso*, que significa la obra del heraldo, la del que entrega el mensaje del Rey con autoridad.

La pregunta final reconoce la importancia de predicar y revela el secreto de la predicación con éxito. El predicador cristiano ha de ser llamado y enviado por el hecho que ha de ser equipado para su obra con el don, de lo cual diremos más en nuestro próximo estudio.

El valor de este pasaje para nosotros ahora es su revelación de la importancia de predicar y la luz que proyecta sobre la obligación inmediata de aquellos que están en el ministerio de la Palabra.

La Palabra ha de ser proclamada apostólicamente, en cuanto a su sistema, equilibrio y proporción; evangelísticamente, en cuanto a sus gloriosas nuevas, y la afirmación que hace respecto a la salvación; proféticamente, en cuanto a su relación con todo los asuntos, y pastoralmente, en cuanto a su sostenimiento de vida, y el consiguiente crecimiento del alma en Aquel que es la Cabeza y por tanto en su lugar propio en la Iglesia.

No ha habido cambio en las condiciones accidentales del pensamiento humano, y las circunstancias no han cambiado tampoco en los hechos esenciales de la naturaleza humana. Por tanto, la obligación de predicar la Palabra permanece, y es tan urgente como lo fue siempre. El poner a los hombres en su relación recta con Dios, el edificar a la sociedad cristiana, el alcanzar el mundo con el Evangelio, y el dar a conocer la verdad; éstas son las cosas importantes de la vida humana, y para hacer esta obra hoy todavía son enviados dones por la Cabeza de la Iglesia, y los que los des-cuidan y dejan de usarlos habiéndolos recibido lo hacen bajo su propio riesgo.

El valor de la Palabra escrita para esta obra es patente; y lo mismo su adecuación perfecta. Hay momentos en que nos sentimos tentados a desear instrucciones más explícitas ante la presencia de problemas; pero una consideración más cuidadosa nos mostrará que es mejor el método divino que el humano. Si en las Sagradas Escrituras hubiera meramente aplicaciones detalladas de la Palabra de Dios para una edad, inevitablemente habrían caducado cuando esta edad hubiera pasado. En vez de esto tenemos la afirmación de verdades y principios eternos, con aplicaciones ilustrativas. Estas cosas permanecen y tienen una nueva aplicación en cada edad. Así citamos las palabras de nuestro Señor: «Todo escriba que ha sido hecho un discípulo del Reino del Cielo es como el padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.» El hacer esto es la obligación permanente de todo hombre llamado al ministerio de la Palabra.

La realización de esta obligación ha de dejar resueltas muchas preguntas que indudablemente aparecen en el ejercicio de este ministerio sagrado. Todo lo que podemos decir de las condiciones cambiantes en medio de las cuales predicamos la Palabra hoy, reconocen que lo hacemos en medio de problemas nuevos constantemente y en situaciones que varían.

El nuevo vigor de la investigación filosófica está creando nuevas actitudes mentales y dando lugar a la aparición de nuevos problemas en cada uno de los sectores de la vida humana. ¿Cuál ha de ser, pues, la actitud del predicador de la Palabra hacia ellos? Ha de ser consciente de ellos. Le confrontarán en todas sus lecturas, tanto las serias como las efímeras. Él sabe que sus miembros están leyendo las mismas cosas, y son influidos por ellas. ¿Ha de rehusar el considerarlas? En modo alguno. Su primer deber es hacer todo lo que hay en su poder para familiarizarse con ellas. En este sentido ha de seguir el paso de las cosas. Pero no ha de cambiar su mensaje a fin de ponerlo en conformidad con estos cambios y corrientes fluctuantes de la opinión humana. Ha de dedicarse con diligencia, sin embargo, al estudio del mensaje, a fin de aprehenderlo y proclamar lo que en él afecta a estos movimientos del alma humana.

En este proceso no tiene que temer. La Palabra de Dios vive y permanece para siempre. Trata no de puntos accidentales del pensamiento sino de la verdad esencial, y por tanto tiene una aplicación persistente y correctiva sobre el pensamiento humano. La obligación del ministro de la Palabra es la de descubrir y proclamar esta relación. En el proceso quizá tenga que cambiar de parecer, pero nunca su mensaje. Es decir, que puede descubrir que su captación del mensaje ha sido deficiente. Entonces debe decírselo francamente y sin temor. El mantenerse aferrado a la convicción sincera de ayer puede ser la esencia de deshonestidad. La lealtad a la autoridad de la Palabra en sí es la esencia de la obligación que pesa sobre el ministro de la misma.

Así que la misma inquietud del hombre en materias sociales y económicas está creando nuevas situaciones. Éstas son también de suprema importancia en el bienestar humano. El predicador ha de darse cuenta de ellas. No puede por menos. El vivir pasándolas por alto es no poder aplicar a ellas el testimonio de la Palabra de Dios. Ésta es su obra. No es llamado a unirse a comités y discutir estas situaciones, a fin de ayudar a los hombres a descubrir alguna solución suya propia. Tiene que poder aportar a sus discusiones el faro de la ley divina y la guía de la voluntad de Dios. Ésta es su obligación.

He de repetir que no tiene que temer. No se ha presentado ninguna situación, en la vida individual, social o nacional, que esté más allá de los intereses divinos; y dentro del alcance de la verdad, tal como ha sido revelada en Cristo hay explicación y dirección, y si los hombres la aceptan, serán guiados a las condiciones de vida más elevadas. La obligación que tenemos es seria, pero está llena de gracia, porque tiene que ver con las cosas que el mundo está esperando, y sin las cuales no puede hallar ni justicia, ni paz, ni gozo.

## C LA PREPARACIÓN PARA EL MINISTERIO

Cuando tratamos del concepto fundamental del ministerio y también en nuestro último estudio, nos referimos al hecho que en cada caso el don concedido por la Cabeza de la Iglesia es potencialmente la calificación necesaria para hacer la obra. Esto hemos de considerarlo con un poco más de detalle, porque es vital en la consideración del tema de la preparación de los ministros.

La preparación es para aquellos que han recibido dones. Aparte del don, el entrenamiento o preparación nunca puede preparar a los hombres para el ministerio de la Palabra. He deseado con frecuencia que nuestras iglesias protestantes, especialmente las que son libres, no perdieran la palabra vocación, con respecto al ministerio; y esto, en el sentido en el cual lo emplea la iglesia de Roma. Los hombres no pueden decidir por sí mismos el hacerse ministros de la Palabra. Esta llamada se diferencia de todas las otras por este mismo hecho. En tanto que, como veremos pronto, la adecuación natural es importante, no basta. Aun cuando un hombre puede, a base de su habilidad y capacidad natural, hacerse médico, abogado u hombre de negocios, no puede de la misma manera decidir ser ministro. Las palabras de nuestro Señor son de aplicación permanente, y deben ser tomadas en su sentido pleno. «No me habéis escogido vosotros a mí, sino yo os he escogido a vosotros.» Estoy tan convencido de esto que nunca hago invitaciones para que nadie entre en el ministerio cristiano. He tenido ocasión en el ejercicio del cargo pastoral de preguntar a algunos que me parecían aptos de modo especial para la obra del ministerio, si habían considerado cuidadosamente lo que el Señor quería para ellos en la materia. Esto, sin embargo, es muy diferente de la práctica de apelar, sea de modo particular o general, que parece sugerir que los hombres pueden elegir el ministerio de la Palabra como una vocación. El único hombre que realmente entra en este ministerio es aquel a quien el Señor escoge, llama, equipa y le concede los dones según la sabiduría de su voluntad.

Al considerar este tema inicial de los dones, hay dos elementos que han de ser reconocidos, y los cuales podemos describir como el sobrenatural y el natural. Confieso que ésta es una distinción que en último término me desagrada, pero que tiene su uso y emplearé los términos en el sentido generalmente aceptado.

Para la obra del ministerio de la Palabra, el don que describimos como sobrenatural es supremo. Éste es el don que se concede de modo definido en el hombre por la Cabeza de la Iglesia, por medio del Espíritu, y que le da el equipo que necesita para el ejercicio del ministerio, sea de apóstol, profeta, evangelista o pastor y maestro.

En el pasaje de los Efesios que hemos considerado en las diferentes fases del ministerio de la Palabra tenemos la declaración central respecto a este asunto. Del pasaje vamos a tomar un extracto, que nos capacitará para ver esta declaración de modo simple:

«Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres... Y él mismo dio: unos los apóstoles, otros los profetas, otros los evangelistas, y otros, los pastores y maestros.» (Efesios 4:8 y 11.)

Éste es el verdadero orden en tanto que se refiere al objeto de los dones. En esta afirmación se repite dos veces el verbo «dio» (*didomi*), y el nombre «dones» (*doma*), están relacionados, y se refieren a dones en la manera más simple, como una concesión, el énfasis puesto en el ser dado con libertad por Él. La palabra «don» en un versículo previo, «la medida del don de Cristo» (v. 7), también significa concesión, pero en su uso lleva la idea de un sacrificio u oferta. Ahora bien, todo el contexto muestra que estos dones para el ejercicio del ministerio de la Palabra, son concedidos libremente por la Cabeza de la Iglesia, en virtud de su ascenso victorioso al lugar de la autoridad plena y final; un ascenso que fue hecho posible por su descenso a las partes inferiores de la tierra y todo lo que había realizado allí. Los dones han de ser concedidos por la gracia infinita y la autoridad absoluta.

Hay otra palabra en el Nuevo Testamento, sin embargo, que hemos de considerar si hemos de captar el pleno valor de estos dones. Es la palabra «carisma». Ésta es la palabra empleada por Pablo en su carta a los Corintios, cuando trata del mismo tema. También lo usa en la carta a los Romanos, y al escribir a Timoteo sobre la obra del ministerio, Pedro también la usa una vez (1.<sup>a</sup> Pedro 4:10). Ésta es la única vez que ocurre en el Nuevo Testamento aparte de los escritos de Pablo. Thayer destaca lo que él llama el «sentido técnico Paulino» del término en estas palabras:

«Los carismata (dones) denotan poderes extraordinarios, que distinguen a ciertos cristianos y les capacitan para servir a la Iglesia de Cristo, la recepción de los cuales es debida al poder de la divina gracia que opera en sus almas por medio del Espíritu Santo.»

Naturalmente, esta definición se refiere también a otros dones distintos de los concedidos para el ministerio de la Palabra, pero también incluye a éstos. Así, un don es una concesión de gracia, que es una calificación, una facultad o

capacitación. En la posesión de un don el hombre es potencialmente preparado para el ejercicio de una función. Aparte de su posesión no puede hacer la obra que corresponde a esta capacitación.

El segundo elemento es el que podemos describir como natural, aunque los dones naturales son también sobrenaturales en el sentido que son implantados divinamente. Cualquier capacitación natural especial o aptitud natural que tenga el hombre la posee porque Dios, el Padre de los espíritus, se la ha dado en su creación. Estos dones naturales siempre constituyen los instrumentos de los dones sobrenaturales en la economía de Dios.

El don de apóstol es concedido a hombres con variedad de poder mental, pero siempre han de ser hombres que sean de modo supremo de capacidad intelectual aptos para analizar y sintetizar la verdad. El valor permanente del don apostólico es que la verdad siempre necesita ser puesta en su propio equilibrio y proporción; en cada nueva edad del pensamiento humano exige los términos exactos de expresión para su captación precisa. De ahí la obra de los traductores y teólogos.

El don de profeta ha sido concedido a hombres de capacidad de visión política y con oratoria. Así que el valor constante del don profético es que la verdad siempre necesita aplicación a todas las nuevas circunstancias que aparecen en la vida.

El don de evangelista es concedido a hombres que de modo natural poseen capacidad oratoria y de persuasión. El valor persistente del don evangelístico es que bajo todas las circunstancias y para todas las clases de hombres, debe ser proclamada la llamada del Evangelio.

El don de pastor y maestro es concedido a hombres que tienen de modo supremo la aptitud de enseñar y están llenos de paciencia. El valor perpetuo del don pastoral y didáctico es que hay hombres y mujeres que son llevados a la experiencia cristiana, y que necesitan quien los guía y entrene.

Todo esto lo defiendo con firmeza. Gran parte de lo que se ha dicho de haber sido concedido el don que hace un predicador de alguien que no tiene capacidad natural es pura tontería. Los mundo espiritual y natural de Dios no están desquiciados. Sin embargo, la verdad final es que ninguna capacidad natural califica a un hombre para la obra del ministerio de la Palabra, aparte de que le sea concedido el don de gracia que es una calificación espiritual. No puede haber entrenamiento de un ministro hasta que ha recibido este don.

Haríamos bien en decir ya que el ser consciente de la recepción de un don, que es una llamada al ministerio, puede venir de muchas formas, y que puede variar de muy distintas maneras. A uno le viene de modo súbito, como un relámpago; una llamada como un trompetazo. A otros les viene lentamente, como la aurora que se encarama por las colinas o el murmullo de una voz distante. A algunos les viene como un gran gozo, que llena su alma de esperanza y éxtasis. A otros les llega como con trabajos de parto, casi con dolor y aflicción. Uno se siente llenado de un sentimiento de confianza y fuerza; otro tiembla y se retrae, y es consciente de una debilidad espantosa.

Estas experiencias diferentes son naturales, y son debidas en gran parte al temperamento. El hecho espiritual es la certidumbre, de la cual nadie puede escapar, de que se ha recibido el don, y se siente su calor sagrado. Hasta que el hombre tiene la convicción y certidumbre más profunda sobre esta materia no debe intentarse entrenamiento ninguno. Es aquí que la importancia y valor del reconocimiento de la Iglesia se manifiesta primero. No creo que ningún College o Seminario Teológico debiera aceptar a un hombre para su preparación cuyo sentido de vocación no ha sido corroborado por el reconocimiento y aprobación de la Iglesia.

Por necesidad, esto abre un tema muy amplio, el cual no queda dentro del terreno de estas conferencias, a saber, cuál es la organización de la iglesia cristiana y su mantenimiento en plena fuerza. Gran parte de la vida de nuestra iglesia moderna carece de la experiencia del contacto y la comunión interna en un grado bastante elevado —incluso cuando se la reconoce en teoría— para poder ejercer esta función de cooperación en la obra de poner aparte a un hombre para la obra del ministerio. El hombre que recibe la llamada divina puede, de modo relativo, y en realidad con frecuencia, de modo completo, ser desconocido por la mayoría de los miembros de la iglesia. Es imposible, pues, que puedan llegar a una conclusión de tipo espiritual sobre este punto. Además, con frecuencia, incluso cuando el hombre es conocido, nuestros métodos modernos de trabajar y las organizaciones relacionadas con ello no ofrecen la oportunidad a nuestros jóvenes de ejercer su don bajo la observación benévola de la Iglesia. Estos dos hechos obran en desventaja —para no decirlo de modo más enfático— de los intereses del ministerio. Cada iglesia local, especialmente, debería constituir una verdadera comunidad, en la cual la vida del conjunto fuera fortalecida por el conocimiento de cada uno, y la contribución en la oración y contacto se hiciera por parte de todos en favor de cada uno y de cada uno en favor de todos. Toda iglesia debería además tener oportunidades para que los jóvenes pudieran entrenarse en dar mensajes cristianos, y esto no relegados a una sociedad apartada de la corriente principal de su vida, sino nutridos en medio de ella.

Una vez vistas estas cosas, podemos considerar ahora cómo han de recibir su preparación estos hombres para sus dones. Ni el hombre mismo ni el que es responsable de su preparación puede, a primeras, tener ninguna convicción definida en cuanto a la naturaleza particular de su don. Esto va a aparecer en el curso de su entrenamiento y le calificará para ulteriores estadios de modo especial. A veces, un hombre desde el principio es consciente de un don peculiar que le ha sido concedido. Cuando es así, la preparación debería dirigirse desde el principio con miras a su desarrollo. Estas aplicaciones particulares, sin embargo, deben demorarse. No es una tarea difícil. La naturaleza del don sugiere el tratamiento especial necesario para su cultivo en cada caso. Tengo intención de tratar de este tema de un modo muy general.

Hay cuatro fases de entrenamiento que es necesario tener en cuenta, y que se pueden definir con los términos de académica, teológica, práctica y espiritual. Voy a decir en seguida que las dos primeras deberían ser tomadas en este orden: primero, la académica, y luego la teológica; en cuanto a las otras dos, la práctica y la espiritual, deben hacerse simultáneamente durante los estudios.

El entrenamiento que he llamado académico es realmente una preparación de la mente. Es esto lo que en nuestro sistema universitario presente suele describirse como el curso de Filosofía y Letras. Esto debería ser, a mi modo de ver, de la naturaleza más amplia y más a conciencia posible. Su valor es doble. Primero, de nuevo, según mi punto de vista, principalmente, por el hecho que este curso de disciplina mental entrena y perfecciona el instrumento. No hay nada más importante que el hecho que los hombres aprendan a pensar por su cuenta, y a pensar a fondo, hasta el fin. Ahora bien, afirmo, y ésta es una convicción sólida, que los hombres no pueden conseguir esto sin una disciplina seria. En el reino de la predicación cristiana es verdad como en cualquier otra, que el mal se realiza tanto por falta de pensar como de sentir. Hay que recordar que la Palabra de Dios no es una menudencia. Podemos hacer daños incalculables al hablar sobre el simple Evangelio. Hay una simplicidad en el Evangelio como la hay en Cristo, de la cual hemos de esforzarnos en no apartarnos. Pero ésta no es la simplicidad de lo superficial. Hay las mayores profundidades de la verdad, como las hay en Aquel, en quien el Padre se ha complacido que toda la plenitud de la divinidad habite corporalmente; no debemos olvidar este hecho. Para corporalmente; y no debemos olvidar este hecho. Para tratar de estas cosas es de gran valor que la mente se halle perfectamente entrenada, a fin de que en su modo de ver y enfocar la verdad no haga un trabajo torpe. Es verdad que el apóstol es llamado a hacer clara la verdad a los otros; el profeta a aplicarla a la vida; el evangelista ha de hacer su mensaje simple; el pastor y maestro ponerlo a la disposición del discípulo joven y débil; pero cuanto más completo es el conocimiento del predicador en cada caso, más éxito tendrá en realizar su propósito. La plenitud del conocimiento del predicador depende en gran parte de que haya perfeccionado el instrumento de su mente. De ahí el valor de primer orden del entrenamiento académico.

El segundo valor es el de la adquisición de conocimiento en sí mismo. No hay nada que no tenga algo de valor en la obra de predicación. El hombre que, en el sentido más delicado de la palabra, es un hombre culto, con ello ha enriquecido en gran manera su capacidad para la obra del ministerio; y ello por dos razones. Primero, porque sobre todo el reino del conocimiento Cristo es Rey, todo sector de este territorio que domine el hombre es parte de los dominios sobre los que se extiende su autoridad. En segundo lugar, porque en todos los reinos del conocimiento se pueden recoger ilustraciones que serán de la máxima fuerza para la elucidación y aplicación a la verdad que ha de proclamar. Naturalmente, el reino del conocimiento es tan vasto que ningún hombre en toda su vida puede cubrirlo todo, y los hombres que se preparan para el ministerio han de tener un objeto específico sobre el que han de especializarse. Por tanto, hay que seleccionar en interés de la obra especial.

En general, insisto en el estudio de la lengua en primer lugar; especialmente en las lenguas en que fueron escritas las Sagradas Escrituras. Un estudio cuidadoso de la propia lengua vernácula, la lengua en que ha de predicar es de la mayor importancia. Algunos hebraístas y helenistas dejan mucho que desear en cuanto a la forma en que se expresan en su propia lengua.

Luego la historia tiene un valor enorme. No es sin un significado profundo que los hebreos incluían los libros históricos en la clase de los escritos proféticos. Entendían primero que la verdad sobre la profecía, que es el presentar de modo supremo la Palabra del Señor, y que el elemento predictivo es sólo una parte de ello. Luego se daban cuenta de que el verdadero valor de la historia es creado por el hecho que nos revela los caminos de Dios en el gobierno pasado, y por ello enseña al hombre cosas fundamentales respecto a sus acciones presentes. Esto es tan verdad fuera de la literatura bíblica como dentro, como dice Pablo en el Campo de Marte, Dios, «de una misma sangre ha hecho toda la nación de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra, y les ha prefijado el orden de las estaciones, y las fronteras de su residencia». De ahí la importancia de su estudio.

La importancia del estudio de los sistemas humanos de filosofía no puede nunca ponderarse bastante.

Esta necesidad ha sido indicada en la conferencia anterior.

La ciencia de la psicología está quizás en su infancia, pero es un niño muy bien nutrido y lleno de vigor, por lo menos a mí me lo parece. Los que son llamados al ministerio de la Palabra no se pueden permitir el descuidarla. No sugiero que intenten hacerse peritos en la ciencia, ni que tengan que dar conferencias sobre la misma; pero el entender el modo de trabajar la mente del hombre, en cuanto esto se conoce «tiene que ser de inmenso valor para los que se dedican a tratar con la verdad. Se concede de modo unánime que este conocimiento es importante en la obra educativa. No es bastante conocer el material que hay que enseñar. Es necesario conocer la mente de aquellos a los que se ha de enseñar.

Personalmente, además, haría obligatorio para el hombre que ha de ir a predicar tomar un curso de teoría y práctica de pedagogía y de elocución u oratoria. El valor de saber cómo impartir el conocimiento, que es la misma esencia de la enseñanza, es fundamental en la obra de proclamar la verdad, y la de toda fase de la obra del ministerio. Un hombre puede escribir bien, y recitar un tratado, y esto es algo excelente; pero es un servicio mucho mayor para los hombres y la causa de Cristo si se puede impartir el conocimiento para que otros lo reciban. Es posible que la predicación de esta naturaleza deje algo que desear en cuanto a acabado literario pero no importa sacrificar algo en interés de la claridad. La elocución, a este respecto, no tiene que ser descuidada. Todo lo que es forzado, artificial, teatral, hay que evitarlo con sumo cuidado; pero la articulación, la enunciación, los matices, esto ha de ser cultivado.

Estoy dispuesto a dar excusas por mis ilustraciones, pero no por el punto básico que el ministro de la Palabra tiene que tener amplios conocimientos y poseer una preparación académica.

Todo esto es preliminar, sin embargo, y por ser preliminar estoy convencido que debe ser lo primero en cuanto al tiempo. Siempre que esto sea posible hay que evitar que se acerque al estudio de la teología sistemática un hombre cuyo conocimiento académico no ha sido completado. Estoy convencido que el llevar una mente que no esté entrenada suficientemente a este estudio es un error serio, y lleva a juicios precipitados que con frecuencia se toman por pensamiento maduro. Por necesidad en este entrenamiento académico, el estudiante tiene que seguir con su lectura y estudio diligente de las Escrituras. Esto con el propósito devocional y también para darle la base de conocimiento de ellas, que va a serle de valor cuando empiece el estudio más sistemático de teología.

Cuando la mente ha sido entrenada, empieza la gran obra, esto es, la instrucción en su objeto especial, que ahora definimos con el término general de teología. No tengo objeción al término, siempre que se recuerde que significa más que lo que dice la palabra por su significado etimológico. Técnicamente, la teología es la ciencia de Dios, y esto es el conocimiento de Dios. Según nuestro mismo Señor, esto es la vida eterna. Es, por ton, la Palabra de Dios en toda su plenitud.

No tengo nada que ver aquí con ningún método o sistema particular de teología, y sólo voy a hacer un par de comentarios. El primero es que hay necesidad absoluta de preparar a todo hombre que entre en el ministerio en teología, en su sentido más amplio. Aquí un hombre hace más que especializarse en un sector. Ha de ver el todo, para comprender el valor de las partes. No hay nada más peligroso que el énfasis intenso sobre una verdad. Toda fase de la verdad no sólo es completada por otras fases, sino que también es corregida. Pueden citarse aquí las palabras de George Herbert como muy apropiadas al tema de la teología:

*¡Oh, si supiera combinar todas las luces y configuraciones de su gloria! Viendo no sólo el brillo de un punto. Mas todas las constelaciones de la historia.»*

Ha habido muchos sistemas de teología. Todavía están surgiendo otros. Sin duda, habrá muchos más.

Todos están a disposición, pequeños sistemas, que están de moda un día y luego cesan en el favor de que gozan. Son valiosos, tanto en su día como en el hecho de caducar; puesto que ayudan al hombre a entender de modo inmediato, y luego dejan paso libre para nuevas afirmaciones adaptadas mejor a la nueva época. El único sistema que es para cada día, y que nunca cesa en su existencia, es el que tenemos en la Biblia.

De más importancia que el entrenamiento teológico es el bíblico, y hay que dar la máxima atención a la Biblia misma. Debe tener el lugar supremo en el entrenamiento teológico. Que el método de todos los sistemas humanos sea ecléctico. Cuantos más se puedan examinar, mejor, siempre que se permita ponerlos a prueba con los estándares bíblicos y no se intente ajustar el sistema bíblico en una de sus fórmulas estrechas. Esto es todo lo que deseo decir sobre el tema.

Veamos ahora las dos fases del entrenamiento que deben seguirse durante todo el curso de los estudios, es decir, la práctica y la espiritual.

Desde el comienzo de los estudios, los hombres deben tener práctica en la predicación bajo una supervisión sabia y simpatizante. Es bueno si pueden tener práctica pastoral, también con supervisión apostólica. Se puede objetar después de lo que he dicho sobre la necesidad de cursos académicos que el estudiante no tiene preparación para hacerlo. A esto voy a replicar: primero, que todo hombre que es un creyente cristiano y es consciente de su llamada a

predicar, ya tiene bastante conocimiento de la palabra; y segundo, que ni el hombre ni la congregación pueden esperar que su predicación sea más que una simple exposición de las cosas que cree. Creo que no hay peor equivocación que el descuidar la predicación durante unos años.

Aquí aprovecho la oportunidad para protestar contra las típicas clases de sermones, en las que el estudiante es llamado a predicar ante sus compañeros de clase y sus profesores. Este método corta de raíz la verdadera idea de la predicación. El estudiante prepara su sermón por un motivo falso. El sermón va a ser criticado, con amabilidad, o con dureza. ¿Qué puede significar un sermón a esta audiencia? Predica delante de ellos, pero esto no es predicar en el sentido bíblico. Lo que hay que hacer es enviar a estos hombres de dos en dos a los pueblos y a las ciudades, especialmente a los lugares difíciles y que prediquen la verdad, tal como la conocen, al pueblo. Que lo hagan en un espíritu de sana comunión espiritual; que se ayuden el uno al otro. Con ello harán dos cosas. Ayudarán a los demás y crecerán en su capacidad para tratar con los hombres, a medida que predicán, ayudándose mutuamente a verse los defectos, si son amigos íntimos y no competidores.

Durante todo el curso de la preparación, la predicación debe estar bajo la guía de personas competentes, tanto en cuanto al método como al contenido. En cuanto al contenido, los sermones escritos deben ser sometidos a la crítica del maestro, para que muestre las faltas de razonamiento o los fallos en las ilustraciones; así como para estimular la habilidad mostrada en ciertas direcciones según se manifieste. Hay que animar al estudiante a predicar sin notas, y hacer lo mismo con las notas. En cuanto al método, sería excelente que el profesor de homilética fuera el mismo uno de los dos que van juntos a predicar, y así le oirá él mismo. Esto daría innumerables oportunidades para hacer indicación de los fallos y excelencias que ha notado.

El asunto final es el de la formación espiritual. En ciertos sentidos esto es supremo. La primera experiencia que ha de tener el hombre que se sabe llamado al ministerio de la Palabra es de modo inevitable el de la grandeza y solemnidad de la obra. Se enfrenta con ella con un sentido de gozo, mezclado con temor y temblor.

Los peligros del período de preparación existen y son claros. De modo inevitable, la obra necesaria de investigación crítica le va a parecer que pone dudas en todo lo que hasta ahora ha tenido como más sagrado. No hay manera de evitar esto, y me inclino a decir que el hombre que lo evita pierde uno de los métodos más seguros de hallar una fe más firme y más amplia. Sin embargo, el proceso es penoso muchas veces.

Luego hay el peligro especial de la comunidad de propósito y de fe. Los jóvenes cristianos de otros ambientes sociales tienen la ventaja del contacto diario con otros que no son cristianos. Los estudiantes para el ministerio, durante un período, carecen de esto. Con frecuencia, un falso temor de que su actitud sea tomada por santurronería puede impedir el intercambio espiritual con otros que es realmente necesario para el desarrollo de una vida espiritual fuerte. Hay también el peligro que aparece cuando se adquieren nuevos conocimientos. Un hombre siempre se ve por lo menos amenazado con imaginaciones vanas de que conoce mucho, cuando en realidad lo que está descubriendo es lo profundo de su ignorancia.

Todas estas cosas y muchas otras peculiares al período de formación sólo pueden ser evitadas con el cultivo cuidadoso de hábitos de verdadera vida religiosa. Hábitos, digo, recordando que deben ser formados, lo mismo ocurre con los malos hábitos. Los estudiantes teológicos necesitan supervisión pastoral, como cualquier otro cristiano, y de un carácter especial.

Dichoso el hombre que, llamado al ministerio, tiene el privilegio de una preparación cuidadoso y plena; y altamente privilegiados son aquellos a quienes se encomienda esta sagrada labor.

## D

### EL EJERCICIO DE LA VOCACIÓN

El día en que el hombre se halla en el umbral de su obra real en el ministerio de la Palabra, listo, ceñidos los lomos, en la expresión bíblica, es un día lleno de maravillas místicas. Por su mente pasan luces y sombras extrañas, de gozo y de temor, de esperanza y casi de desespero. Las oportunidades en el servicio se ven como tan vastas, tan llenas de solemnidad que se apodera de él un sentimiento de incapacidad y de indignidad propia. Siente en su propia alma lo que el apóstol sentía cuando preguntó: «¿Quién es suficiente para estas cosas?» Sin embargo, es consciente una vez más del hecho que su llamada es de Dios, y que los recursos divinos están siempre a disposición de aquellos que son llamados al servicio divino; y así, junto al sentido de dependencia hay un sentimiento de confianza. Estas emociones aparentemente conflictivas llenan su alma de un gran temor y reverencia. Quizás el desastre más común en la vida ministerial es el de perder este mismo sentido de temor reverencial. La gloria pasa, la luz se nubla, el asombro cesa, la obra se vuelve rutina y el predicar una molestia. ¿Cómo es posible evitar que esto ocurra y que la primera gloria se

mantenga resplandeciente? Ésta es realmente una pregunta importante, que exige consideración seria. Me propongo tratar de ella en cuanto me sea posible, estrictamente desde el lado positivo. Hay cuatro asuntos que me parecen de capital importancia en el ejercicio de la vocación del ministerio de la Palabra. Son, primero, el cultivo de la oración en la vida espiritual; segundo, el estudio persistente de la Palabra; tercero, la práctica de la predicación intencional, y finalmente el pastoreo paciente del rebaño.

Siempre que un hombre se entrega de corazón y mente a estas cosas, nunca va a cesar la alegre novedad y sorpresa ni la gloria mística de su obra. Vendrán días oscuros, cansados, sin duda; pero esto también le ocurrió a su Señor. No obstante, nunca falló la luz para Él, y aquellos caminos penosos le llevaron a su meta gloriosa. Lo mismo será con aquellos a quienes Él llama, envía y acompaña, si le son fieles en el servicio. Pensemos un poco sobre estas cosas.

El punto de primera importancia es el del cultivo de la vida espiritual, o para ponerlo de otra manera, el mantener la vida en el Espíritu. El ministro de la Palabra tiene que recordar que éste es un acto o misión que se refiere a cosas espirituales. Esto no significa que ha de separar la verdad del ser, de las cosas mentales y materiales, como si fueran abstracciones en algún sentido y no tuvieran relación viva con estos asuntos. Pero es de absoluta necesidad a fin de ejercer su verdadera función, que recuerde que no es llamado y equipado con el don celestial para tratar de lo mental y material aparte de lo espiritual. Su negocio está en el reino del pensamiento, es para aplicarlo a la luz de la sabiduría eterna; y su responsabilidad en el reino de la acción es buscar el modo de inspirarla con principios y pasión espiritual. La obra del predicador cristiano es la de aplicar a las palabras, opiniones y enseñanzas humanas la guía y luz de la Palabra del Dios vivo. La obra del predicador cristiano es la de relacionar toda acción humana, en cualquier reino, al propósito y empresa divina, a fin de que pueda ser verdadera, fuerte y duradera.

Se sigue que un hombre llamado a ser el instrumento de tal servicio debe vivir, él mismo, en la atmósfera espiritual. Esto significa que debe practicar la presencia de Dios. Esto es mucho más que aceptar la teoría de la inmanencia divina. Es en relacionar de modo persistente y perpetuo todo pensamiento y acción personal a esta presencia. Esto requiere, ante todo, el ejercicio de las facultades espirituales. Hay que inquirir de Dios cuál es el camino y la voluntad de Dios, con respecto a todo, lo grande y lo pequeño, lo pequeño con la misma fervorosa sinceridad que lo grande. La prisa que no puede esperar en el Señor ha de ser desechada. Si no queda tiempo para buscar al Señor, no hay tiempo para hacer nada más. Los actos que empiezan sin haber descubierto la voluntad divina son muertos, y el obrar así es mortal. Todo esto, a su vez, implica la necesidad de responder a las exigencias que resultan de estas preguntas y este esperar. Tiene que haber el ceder en el juicio, que es la renovación de la mente; el consentimiento del corazón, que es la dedicación del afecto; la obediencia implícita, que es el renunciar de la voluntad. Esta vida, vivida activamente en el mundo espiritual debe ser resuelta y continua. Nadie puede cumplir su ministerio en las cosas espirituales a menos que él mismo viva en relación recta con las cosas espirituales. Cuando la Palabra deja de ser luz, fuego, gozo para el hombre en su propia vida, escudriñándole, activándole, corroborándole, su predicación se vuelve rutina y molestia para su propia alma, y es totalmente inefectivo en las vidas de los otros.

Hay una doble condición y prueba en el reino de lo material, de la vida espiritual para el ministro de la Palabra, así como para los otros. No es posible el divorcio entre el cuerpo y el espíritu en esta vida. El cuerpo es el instrumento del espíritu. No hay separación entre los asuntos humanos corrientes, y las cosas del espíritu en este mundo. Las cosas de la vida diaria son las oportunidades para las realizaciones y expresión espiritual. La condición para la espiritualidad personal es que el cuerpo sea apto. La prueba de la espiritualidad es el uso que el hombre hace de su cuerpo. No se demuestran logros espirituales por medio de su destrucción, sino en su posesión y uso. Las oportunidades para el servicio espiritual son las cosas comunes de la vida cotidiana. La prueba de la espiritualidad es el uso que hace el hombre de estas oportunidades. No es escapándose de ellas que se demuestra su espiritualidad, sino por medio de su santificación y su heroseamiento. Para ministrar la Palabra, de modo que se produzcan estos resultados en las vidas de los otros, hay que vivir la palabra en este mismo sentido. No hay ministro de la Palabra que pueda descuidar los hábitos de la vida espiritual sin cortejar el desastre para su propia alma, y para su obra, como consecuencia.

El segundo punto de importancia es el estudio persistente de la Palabra por parte del ministro. Esto parece tan evidente que no hay necesidad de hacer hincapié en ello, pero me temo que éste es un punto en el que muchos han fallado tristemente. En los años de preparación se ha hecho mucho por la necesidad inevitable; y todo lo que se ha hecho es de inmenso valor. Realmente, el verdadero valor de la obra académica de estos años empezará ahora a ser conocido. No obstante, todo esto ha sido sólo preparatorio. Con esto no quiero decir preparatorio para predicar meramente, aunque esto es verdad. Quiero decir preparatorio para el estudio particular de la Palabra que hay que emprender cuando se empieza la obra definida del ministerio.

El ministro debe ahora dirigirse a la Palabra como acompañamiento de su obra, y ha de hacer su obra en compañía de la Palabra. Esto es decir que no va ahora a la Biblia para descubrir su enseñanza en el sentido abstracto meramente.

Va a ella agobiado por las cargas, los problemas, sí, las agonías de los hombres; a fin de hallar la luz sobre estas cosas, de modo que su ministerio pueda ser un servicio de dirección, de curación, de ayuda. El sentarse en feliz apartamiento, separado de los hombres y los asuntos, a fin de conocer las Escrituras es una cosa placentera y que produce deleite. Pero el buscar la soledad es otra cosa cuando uno lleva consigo los pecados y aflicciones de las almas, a fin de hallar la salvación y consolación divinas. Dichoso es el hombre que ha tenido una sólida preparación en el primer método. Esto será para él de inestimable valor ahora. Pero no puede depender totalmente de ello. Tiene que volver a un estudio diligente y devoto aún más intenso. Usando nuestra gran frase: «La Palabra de Dios», como referida a las Sagradas Escrituras, declaro que sus tonos más profundos no se oyen nunca, ni tampoco se conocen maravillosas revelaciones hasta que la necesidad humana apela a ella. El ministerio de la Palabra debe hacer esta llamada en favor de otros, aquellos a quienes es llamado a servir en el ministerio.

¿Quién que haya estado en la obra durante años no conoce las agonías y el triunfo de esta experiencia? Es algo tremendo y glorioso el ser portador del pecado, la vergüenza, los sufrimientos de las almas humanas; el llevar estas cosas a la luz de la revelación divina; el escuchar su mensaje de poder, de esperanza, de consuelo; y luego ministrar a aquellos que están en necesidad. El hombre que no continúa de esta forma estudiando la Palabra va a fallar en el ejercicio de su ministerio, por más talento que pueda tener en otros sentidos.

Aquí hay, pues, un peligro con el que se enfrenta el hombre que deja sus estudios formales y empieza su obra. Tenemos tendencia a pensar que en los días de preparación ya hemos hecho la obra, y que conocemos la Biblia. Somos tentados a volver a las opiniones humanas, a enamorarnos de lo que llamamos «pensamiento actual» algo ilusorio, efímero, anémico. Vigilemos caer en la tentación desde el comienzo y continuamente. En el relativamente pequeño alcance de nuestras Biblias hallaremos todo lo que el alma humana necesita. Aunque podemos recibir mucha ayuda de otra literatura como ilustraciones e interpretación, no olvidemos nunca que todos los otros escritos, en comparación con la Biblia «son sólo luces fragmentadas junto a ti».

Por tanto, estudiemos diligentemente la Palabra.

Estas conferencias no tienen por objeto el dar detalles técnicos, pero, con tono, puedo dar algunas sugerencias respecto al método del ministro. Primero, que su biblioteca sea escogida cuidadosamente, y que sea buena, más bien que copiosa. Puedo decir estas palabras a todo el que empieza a edificar su biblioteca: exégesis, exposición, todo. El orden ha de ser éste. Nunca hay que hacer el gran disparate de empezar por todo. Y tampoco poner la exposición por delante de la exégesis. Lo primero es, a lo sumo, la opinión de otros. Lo último, en proporción a la calidad intrínseca de lo escogido, nos va a ayudar a conocer lo que dice realmente la Palabra.

Luego insto a todo ministro que comienza su obra a que adquiera una nueva Biblia, y empiece de nuevo, dando atención especial a dos cosas. Primero, que se dirija a los libros que cree conocer mejor, a fin de ver cuánto hay en ellos que no había descubierto. Luego, que resueltamente empiece con las partes menos conocidas, más descuidadas, decidido a conocerla. Como he dicho antes, doy excusas por las ilustraciones que escojo, si es preciso, pero nunca por lo que defiendo como básico. Nadie puede ser un ministro de la Palabra con éxito —y uso la palabra en el sentido propio— si deja de ser un estudioso de la Biblia. Quiero añadir que nadie puede pensar que ha agotado sus tesoros.

El tercer punto de importancia es el de la predicación intencional. Toda predicación, sea apostólica, profética, evangelística o pastoral tiene un objetivo, a saber, la captura de la ciudadela central del alma del hombre, la voluntad. El intelecto y las emociones son las avenidas para llegar a ella, y hay que usar las dos. Tenemos que recordar siempre que nunca realizamos el verdadero objeto de la predicación hasta que llegamos a la voluntad y la constreñimos hacia las decisiones que están en armonía con la verdad que proclamamos. Digo «constreñimos» hacia estas decisiones, en vez de «obligamos» a ellas porque esto último no lo podemos hacer nunca. Lo primero sí podemos, y es nuestro deber hacerlo, pero como un medio hacia un fin, no como un fin. La última palabra del predicador ha de ser de este tipo: «Si conocéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis.» Es a fin de que se pueda hacer la voluntad de Dios que hay que darla a conocer. El tocar e impulsar las emociones está bien del todo, pero ha de ser también un medio hacia un fin, más bien que un fin. La última palabra del predicador en este sentido ha de ser siempre la del Señor: «Si me amáis, guardad mis pensamientos.» El hombre que instruido en las cosas de Dios e inspirado por el amor de Dios, puede asaltar la ciudadela de la voluntad humana, por las avenidas de la inteligencia y la emoción, y capturarla para su Señor y constreñir a la obediencia a su Palabra, este hombre es bienaventurado.

El ministro de la Palabra tiene dos preguntas que ha de irse haciendo constantemente con respecto a su predicación: primero, ¿a qué necesidad me dirijo? Segundo, ¿cuál es el mensaje que he de entregar? La respuesta a la primera la conocemos en lo fundamental y esencial. Este ministro habla siempre a las cosas más profundas en la vida humana, las cosas del espíritu, las cosas que son de importancia permanente, y que tocan e influyen finalmente todas las cosas secundarias. Pero estas cosas tienen casi una variedad infinita de expresión incidental; y el hombre que quiere predicar

la Palabra con poder a sus prójimos tiene que vivir entre ellos; tiene que conocer el espíritu humano tan bien como la Palabra de Dios Su obligación es conocer a aquellos a quienes se dirige.

Sabiendo esto ha de buscar su mensaje. Aquí, de nuevo, en general, nunca está sin datos. Aquello por lo que el hombre vive, en el sentido profundo de su vida, es la Palabra de Dios. Pero esta aplicación incidental tiene que ser tan variada como es la expresión incidental, y el que quiere predicar la Palabra con poder tiene que vivir con la Palabra, tiene que conocer la Palabra de Dios como el espíritu humano. Su obligación es conocer el remedio para la necesidad a que se dirige.

Aparte de éstas dos, no hay preguntas realmente importantes. El predicador no ha de preguntar si van a escucharle, o si van a aceptarle; aunque la pasión de su alma ha de ser el persuadirlos a obedecer. Nunca vacilará antes de entregar el mensaje pensando en si será recibido con agrado o más bien perturbará. Ninguna de estas cosas es imperiosa, y esto debe recordarlo el predicador. Para algunos siempre hay la tentación de pensar que lo desagradable es lo verdadero y lo poderoso. Otros se sienten tentados a imaginarse que lo sosegado y apacible es lo único de valor. Las dos ideas son falsas igualmente. La Palabra de Dios a veces va a sacudir hasta los cimientos y perturbar el espíritu hasta las entrañas; en tanto que a otros les llegará como paz y sosiego, cambiando toda su tempestad en calma Los efectos pasajeros de la Palabra no cuentan La victoria final se halla en la santificación del hombre o de la mujer a la voluntad de Dios.

El predicador, por tanto, siempre tiene dos deberes supremos, al predicar, más allá de la proclamación del mensaje. Son los de la aplicación y la apelación. La Palabra declarada ha de ser aplicada a la necesidad tal como es conocida. Esto debe ser hecho con conocimiento y discreción; pero tiene que ser hecho, o la predicación va a fallar en realizar su intención y propósitos más altos. Además, ha de apelar a la voluntad, llamándola para que se rinda en el nombre del Señor. Esta apelación ha de ser hecha con convicción así como con pasión. La pasión caracterizada por lo irreal no sirve; es peor que la convicción sin pasión. El fuego pintado no quema. Pero la convicción sin pasión con frecuencia no alcanza su objetivo. El fuego que no se enciende no arde nunca.

Que los ministros de la Palabra prediquen las cosas de las cuales ellos mismos conocen el poder y las prediquen con la sinceridad fervorosa de que estas cosas son dignas, y el ministro será un triunfo constante y un gozo perpetuo, incluso si ha de estar constantemente con ansia, y en perpetua comunión con los sufrimientos del Señor.

La materia final en el ejercicio de la vocación es el pastorear pacientemente a aquellos que han sido congregados en el rebaño como resultado de la predicación. La palabra pastorear se aplica principalmente al cargo pastoral específico, pero los principios implicados se aplican en cada tipo de predicación. En el ministerio apostólico hay necesidad de esta detallada interpretación, ya que puede ser necesario para algunos casos individuales En el ministerio profético, su administración así como su aplicación será constantemente requerida. En el ministerio evangelístico la dirección personal será necesaria de modo inevitable. En cada caso se exigirá mucho más que conocimiento superficial, tanto del mensaje como de los hombres que hay que instruir, guiar y dirigir.

Tengo intención de limitarme a la fase más estrictamente pastoral. Aquí ha de haber primero el perpetuo alimentar el rebaño por medio de una predicación sistemática de la Palabra. La obra del pastor a este respecto no se hace de modo completo predicando de textos aislados. Ni que decir tiene que no se hace en modo alguno predicando sobre tópicos, a menos que sean tratados a la luz de la Palabra. La tarea del pastor y maestro es guiar al pueblo bajo su cuidado y en estudio inteligente de las Sagradas Escrituras. Cada iglesia debería ser una escuela bíblica, y su ministro debería supervisar toda la enseñanza bíblica, desde el departamento elemental de la Escuela Dominical, hasta los miembros más antiguos de su iglesia. Tiene que delegar a otros gran parte del trabajo de detalle, pero no debe haber nada fuera de su conocimiento y dirección. Su deber es alimentar a los corderos y a las ovejas.

Me abstengo de discutir los métodos en detalle, y me contento con esta afirmación del principio general, que yo considero que es de gran importancia.

Aparte de esto, sin embargo, el pastor tiene un deber doble. Ha de supervisar el rebaño, y ha de guiarlo. Lo que John Ruskin dice de los obispos en *Sésamo y lirios* es verdad de los pastores del rebaño. Si no conocen a su gente, y sus necesidades no son obispos. Aquí está el verdadero lugar de la visitación pastoral. Esto, sin embargo, no es todo el tema, y en algunos sentidos es un tema separado. Me refiero a ello porque debería estar en íntima relación con el ministro de la Palabra. Es por este método que el verdadero pastor descubre las necesidades del pueblo, y así sabe cómo sacar cosas viejas y nuevas de su tesoro. Como es natural, el decir que la visitación pastoral es mucho más que ir a las casas, beber té y pasar el tiempo en una conversación intrascendente y sin provecho.

La guía del rebaño es también un deber sagrado. Algunas veces el pastor tiene el deber de indicar una línea apropiada de conducta, incluso cuando no se le solicita el consejo. Esto no es siempre fácil; a veces éste no se recibe con agradecimiento, sino con resentimiento; pero si el pastor es fiel a su deber, tiene que hacerlo, y es maravilloso ver la

forma en que responde el alma humana a esta guía. Esta guía es buscada constantemente, y los métodos usados por profesionales en estas tareas pueden serle de gran valor en el pastoreo de las ovejas.

Hay todavía otra cosa que el Pastor tiene que hacer. A veces tiene que luchar. El mal está presente todavía; hay intereses del lobo y de seres humanos que merodean alrededor procurando devorar ovejas, y con éstos el pastor tiene que estar en guerra.

En vista de estas responsabilidades, que son privilegios también porque son compartidas con el Buen Pastor, el Gran Pastor y el Príncipe de los Pastores, es importante siempre que el pastor defina su relación espiritual con los suyos claramente. Debe procurar que no se establezca ninguna relación con ellos de carácter político o social, que pudiera impedir el cumplimiento en sus vidas de esta función espiritual.

Para realizar este ideal del ejercicio de la vocación del Ministerio de la Palabra, el ministro no va a ahorrar tiempo alguno. Sin embargo, su trabajo requerirá intervalos de recreo, en los cuales escapará enteramente del trabajo particular de su sagrado oficio, y dedicará a la recuperación física. Estos intervalos deben ser marcados como sagrados, y no debe haber presión del trabajo que interfiera con ellos. El decir esto es tener que añadir: «Señor, ten misericordia de nosotros, ofensores miserables, e inclina nuestros corazones a guardar tu ley aun en este ejercicio físico.»

Pero este concepto como la meta del esfuerzo va a preservar al ministro de todo sentimiento de decaer en su interés. Casi le será una carga que sus oportunidades sean tan vastas, nunca que sean demasiado limitadas. A medida que pasen los años, La Palabra a la cual se entrega para poder entregarla a otros, va a crecer en fuerza y hermosura, y el gozo de proclamarla será su fuerza así como su deber.

## EPILOGO

En nuestro estudio introductorio consideramos el marco de la frase que ha constituido nuestro tema. En la conclusión volvemos al mismo marco. En la afirmación de que forma parte la frase hallamos que se refiere a dos actividades, las dos calificadas por una actitud de mente, y una correspondiente descarga de energía: «Nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la Palabra.» Las actividades eran «la oración» v «el ministerio de la Palabra»; la actitud es la de «continuaremos asiduamente».

La actitud indicada era la de toda la Iglesia. En aquellos días extrañamente misteriosos entre la ascensión y Pentecostés, «continuaban asiduamente la oración». Después de Pentecostés, los apóstoles y los primeros discípulos, junto con aquellos que habían llegado a la compañía por la predicación de Pedro, «continuaban asiduamente en la enseñanza de los apóstoles, la comunión unos con otros y el partimiento del pan y la oración».

Ahora, en el caso de los doce, la actitud tiene especial aplicación a dos cosas: «la oración» v «el ministerio de la Palabra». Esto indica una limitación; pero esta limitación se hace para intensificar en la dirección indicada, y por tanto una limitación en el interés de toda la comunidad de la Iglesia y de su misión en el mundo. Todos los demás deberes de la comunidad son sagrados, pero de éstos se hacían cargo los otros. Estos hombres, en el espíritu de continuidad y firmeza, de asiduidad, que era el espíritu de todos, hacían dos cosas: habían de orar; habían de servir la Palabra.

Habiendo completado nuestra consideración del ministerio de la Palabra hacemos una pausa final, para recordar el trabajo que se nombra primero, la oración. Esta obra hay que nombrarla primero porque es preliminar, y está presentada como siendo continua. No hay nada más necesario en este punto que un examen de la idea de continuidad y firmeza en la oración.

La palabra usada para la oración en este pasaje es la más común en el uso, y la que más sugerencias incluye. Es la palabra *proseuchomai*, un verbo compuesto, hecho de la preposición *pros* y del verbo *euchomai*. La preposición sugiere movimiento hacia una meta; en tanto que el verbo indica simplemente desear. La idea más simple, pues, de la oración es la de deseo hacia Dios. La palabra se usa siempre en la oración a los dioses o a Dios. Incluye la actitud y actividades de postración en la adoración, del sentido de dependencia y la expresión de deseo.

La frase «asiduamente» es la traducción de una palabra griega *proskartereo*, y de nuevo es un compuesto de la misma preposición *pros* y del verbo *kartereo*, que significa fuerte, esto es, un esfuerzo determinado ecidido y tenaz. Así, toda la palabra indica persistencia, perseverancia poderosa.

Es así que los que son llamados al ministerio de la Palabra han de orar. La actitud de oración es la de un darse cuenta de la necesidad y dependencia de Dios; y de perfecta confianza en Dios. Aparte de esta actitud actividad, nadie puede realizar su ministerio de la Palabra. La pregunta: «¿Quién es capaz de estas cosas?», y su respuesta: «Nuestra

suficiencia en Dios» se combinan para inspirar una oración persistente y fervorosa, en el poder de la cual hay que ejercer el ministerio de la Palabra.

Es, pues, de importancia capital que desde el principio, el hombre llamado a este ministerio cultive el hábito de la oración. Esto es necesario hacerlo. Los hábitos de la vida religiosa no son más espontáneos que los de la vida impía. Es al hacer estas cosas de modo regular, sistemático, y con el propósito decidido, que llega el momento en que se hacen de modo habitual.

Los hábitos de la oración son de dos clases: que pueden ser descritas como la regular y la irregular. Los hábitos regulares son los que ponen períodos y lugares y formas establecidos. Éstos deben ser establecidos según el temperamento y la oportunidad, y hay que seguirlos rígidamente. El estudio del ministro debe ser ante todo un oratorio; el lugar en el cual puede ir, cerrar la puerta contra todo intruso, y que no sólo es para estudiar, sino antes bien para orar.

Los hábitos irregulares de oración son los de aquel cuya alma está entrenada a una actitud perpetua hacia Dios en pensamiento, propósito y actividad. Con ello la oración será de tipo jaculatorio, o sea, sin pronunciar las palabras, o incluso formuladas en el pensamiento; el deseo hacia Dios operando perpetuamente, y con ello influyendo todo el pensamiento, afectos y actos. No hay nada que sea más importante que esto o que tenga mayor potencial. Es así que podemos orar sin cesar.

Para continuar asiduamente predicando, es necesario también continuar en oración. Ha de haber oración en la preparación, para que muestre la verdadera luz sobre cada página santa, para la interpretación del verdadero Intérprete. Tiene que haber oración en la predicación, para la cooperación con este Espíritu, solamente por medio del cual las cosas son demostradas o aclaradas en la mente de los oyentes. Tiene que haber oración en toda la obra pastoral que sigue a la predicación, pidiendo verdadera sabiduría para tratar con aquellos que han de ser no sólo instruidos en la verdad, sino guiados a la obediencia de lo que ella requiere en toda clase de conducta. Si tenemos a un hombre dotado, preparado y que ore asiduamente, el ministerio de la Palabra por medio de él va a ser poderoso y prevaeciente. Esto es poner fin a un tema de importancia abrumadora, de una forma casi descortés por la brevedad.

Si lo hago no es por falta del sentido de su importancia, sino debido a las limitaciones de mi tema presente. Bajo otras condiciones no hay nada que pudiera considerar como mayor privilegio que hablar en detalle de la relación vital entre la oración y la predicación. Aquí y ahora debo contentarme con esta referencia breve y condensada a esta relación. Si hay una cosa que la experiencia me ha demostrado de modo más seguro que otras es la de que no puede haber ministerio de la Palabra fructífero y victorioso que no está condicionado desde el principio al fin, no sólo en el sentimiento de la dependencia de Dios, sino también en la expresión activa del mismo, que tenemos disponible en el privilegio sagrado de la oración.

Esta breve mirada de repaso sobre el tema que hemos recorrido va a ilustrar y hacer énfasis sobre esta materia. El servicio o ministerio sólo puede ser efectuado de modo inteligente cuando los siervos o ministros de la Palabra sostienen una conversación constante con Aquel de quien la Palabra es la expresión; a través de la Palabra, que es su perfecta exégesis. La Palabra sólo puede ser captada rectamente cuando se busca la interpretación del Espíritu, y esto de modo persistente. El apóstol que ha de hacerla disponible a los hombres por medio de su traducción o sistematización necesita pedir constantemente guía y dirección. El profeta, que la proclama a su esposa, necesita recordar que sólo pasa a ser potencia cuando es entregada en el poder del Espíritu, y va acompañada en su entrega de su demostración; y para esta cooperación necesita la oración. El evangelista sólo puede combinar las notas de aviso y atracción en la armonía de su mensaje si gana en la oración la preparación del espíritu necesario para una tarea tan delicada y gloriosa. El pastor y maestro se verá impulsado constantemente por la gran variedad de requerimientos que se le hacen a buscar en el lugar secreto la dirección del Gran Pastor de las ovejas.

Para hacer frente a las condiciones cambiadas hoy con lealtad a las obligaciones no cambiadas de su ministerio, todo predicador necesita guardar su mente, corazón y voluntad mediante el cultivo diligente de la comunión con Dios en la oración.

A través de todos los procesos peligrosos de su preparación, los hombres necesitan oración, oración y más oración. Cuando pasados de la preparación al ejercicio de la sagrada vocación, es quizás aún más cierto que nosotros, más que los demás hombres, «hemos de orar siempre, sin desmayar».

Quizá la palabra final sobre el asunto, que ha de decirse con reverente reticencia, y, con todo, sin la menor vacilación, es que el Verbo de Dios, en días de limitación, resultante de su infinito vaciarse a sí mismo, halló necesarios los períodos de comunión quieta con Dios, solo, en los montes; e interrumpía constantemente incluso sus mensajes públicos para ofrecer alabanza y oración a su Padre. Sin duda, pues, para nosotros el ministerio de la Palabra en su mandato y exhortación final debería ser: Oremos sin cesar.